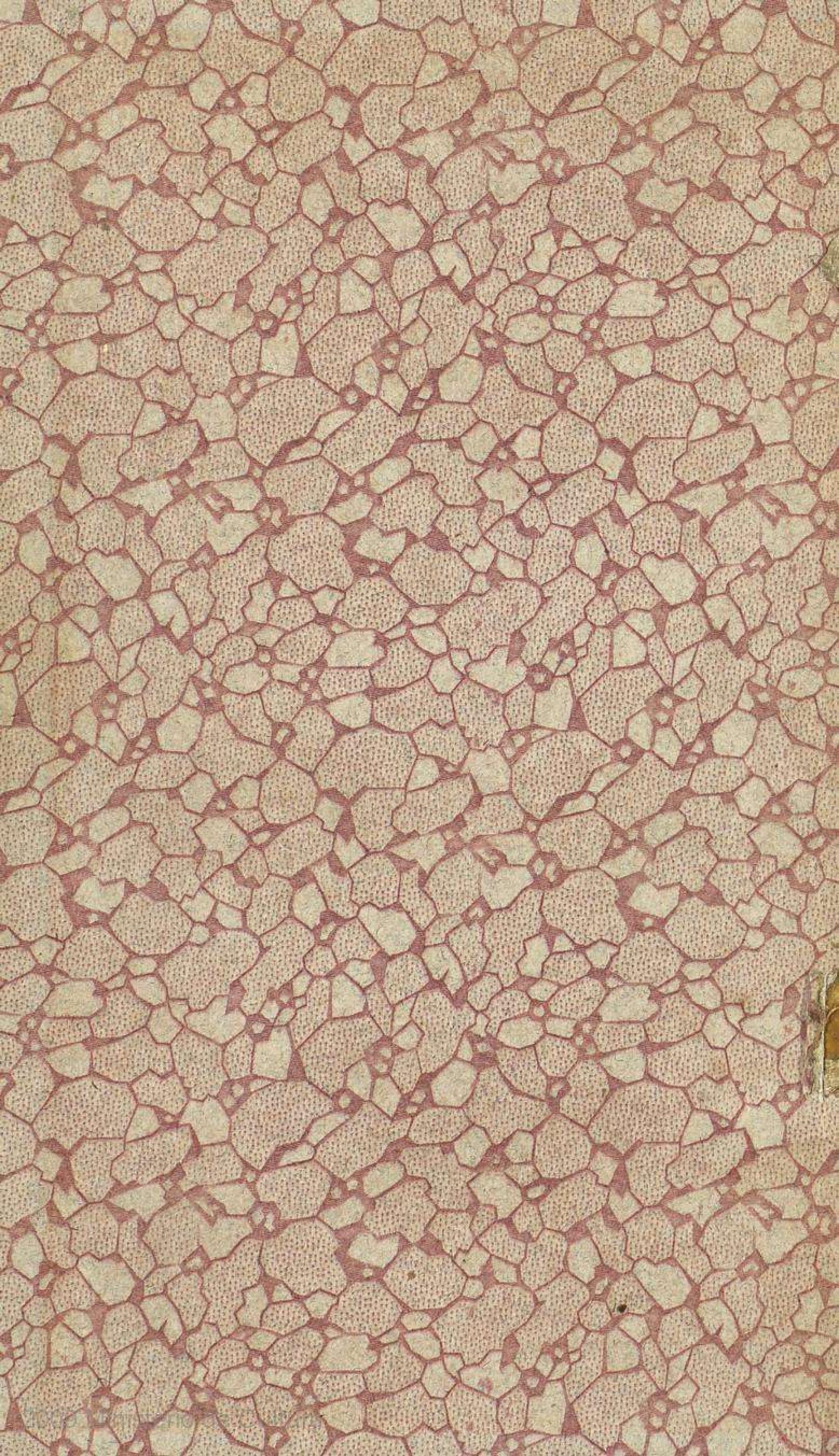
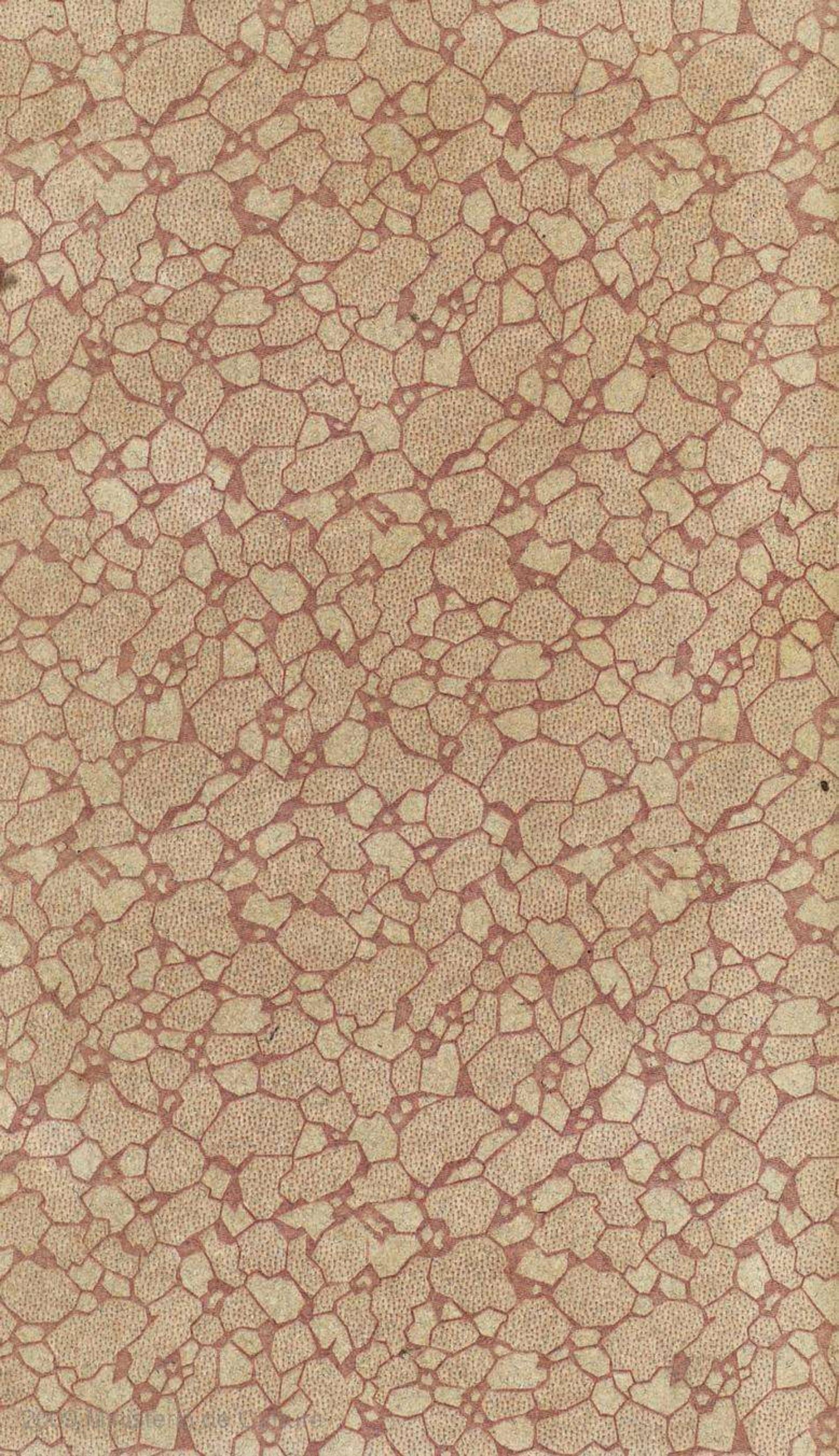


CONQUESTA
DEL
PERU





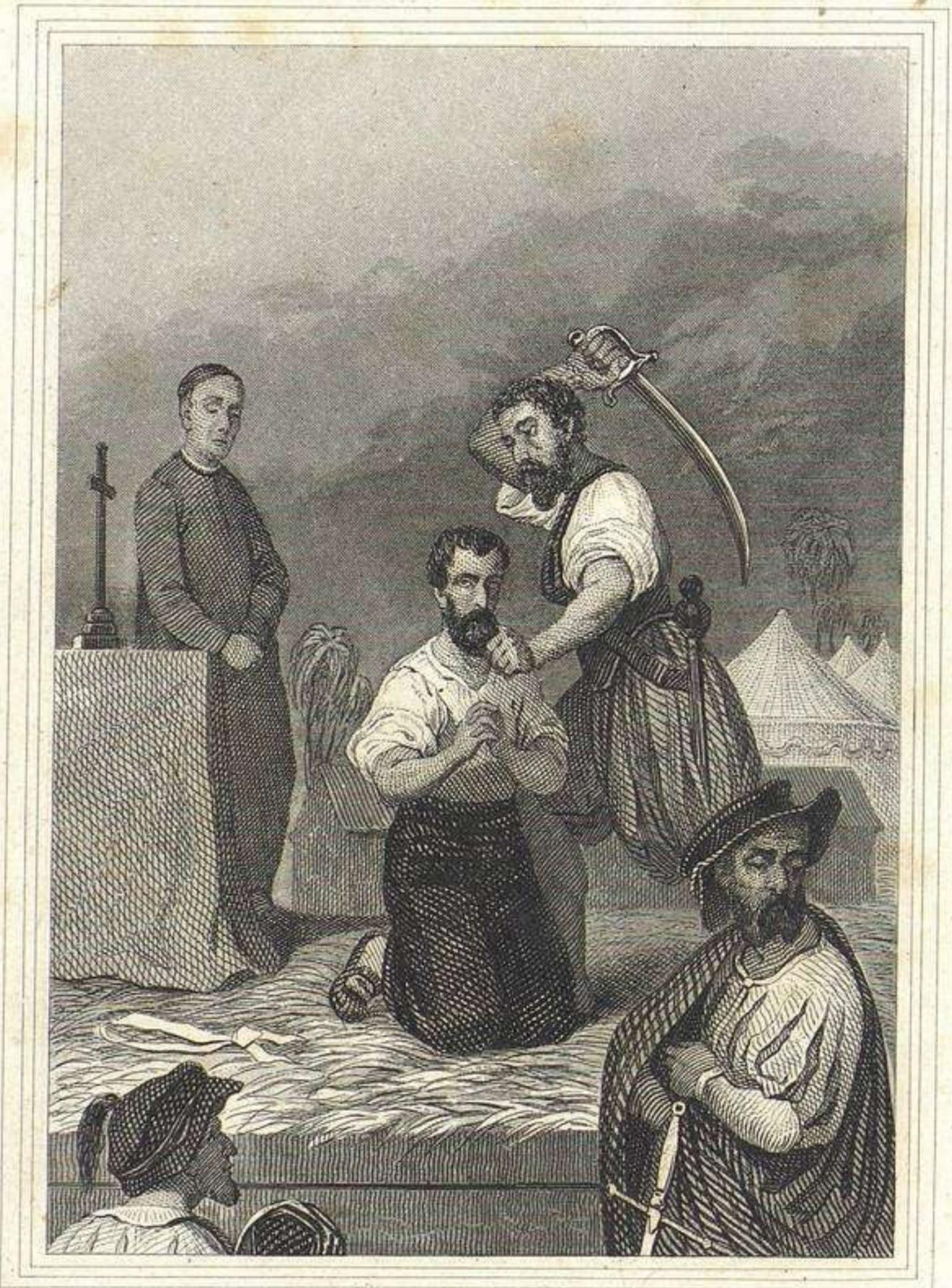
91

BIBLIOTECA ESCOGIDA

DE LA JUVENTUD.

VI.

ADVERTENCIA
DE LA LEY



Ejecucion de Gonzalo Pizarro. A. Fajó, g.

Spds

HISTORIA
DE LA
Conquista del Perú
Y DE
PIZARRO
por Enrique Lebrun



Atahualpa hecho prisionero
Barcelona.
J. Subirana Editor.

H 985
LEB

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DEL PERÚ

Y DE

PIZARRO,

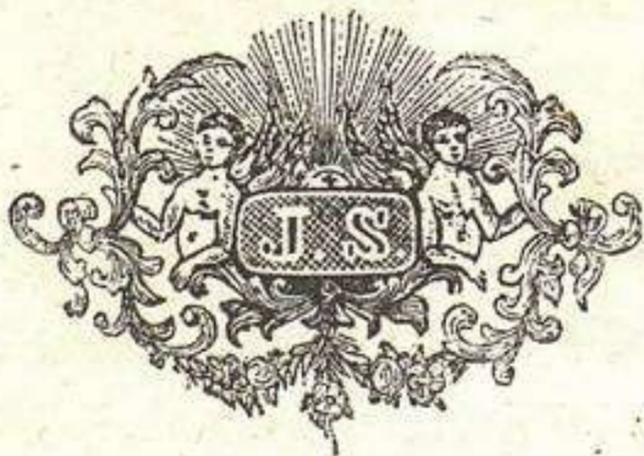
— POR

ENRIQUE LEBRUN,

TRADUCIDA DE LA QUINTA EDICION FRANCESA,

POR J. R.

R-4521



BARCELONA.

LIBRERIA DE J. SUBIRANA, EDITOR,

Calle de la Puerta Ferrisa, n.º 16.

1862.

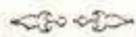
(Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.)



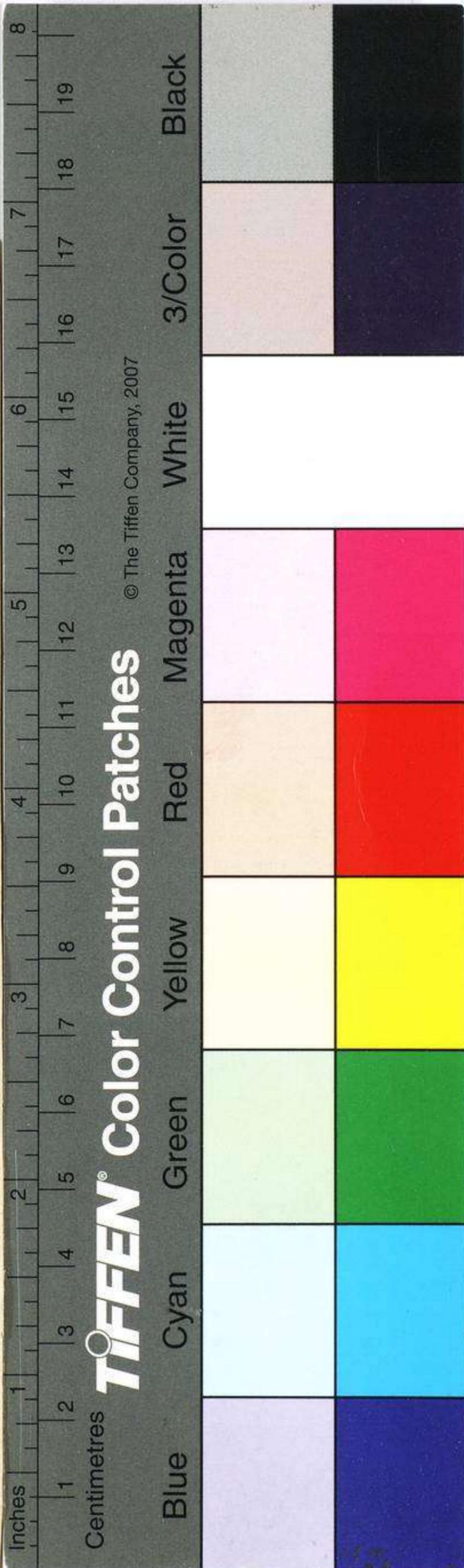
Esta traduccion es propiedad del Editor.

Imprenta de Magriñá y Subirana, calle Ferlandina, 47. — 1862.

INTRODUCCION.



El imperio del Perú, en tiempo de su invasion por los españoles, abrazaba un territorio cuya estension sorprende, puesto que no bajaba de mil quinientas millas de norte á sur á lo largo del Océano Pacífico; su anchura de Este á Oeste era mucho ménos considerable, sirviéndole de límites las grandes cordilleras de los Andes, que se prolongan del uno al otro de sus extremos en toda su longitud. Como las demas comarcas del Nuevo Mundo, el Perú estaba en su principio habitado por numerosas tribus errantes de groseros salvajes, para quienes eran desconocidos los mas sencillos procedimientos de la industria. Sus primeros habitantes, si hemos de dar crédito á las tradiciones que han llegado hasta nosotros, debieron haber sido uno de los pueblos mas bárbaros de América. Iban errantes en un estado de desnudez completa por los bosques y selvas impenetrables que cubrian el suelo, puesto que no sabian servirse de las pro-



ducciones del país sino para satisfacer sus necesidades del momento, y carecian de toda nocion de los principios que sirven para distinguir el bien del mal. Los goces de la vida animal eran los únicos objetos de sus pensamientos, y su mayor ambicion consistia en procurarse los víveres que necesitaban. Transcurrieron muchos siglos sin que cambiase en nada este deplorable estado: ni los sufrimientos continuos, ni las privaciones extraordinarias á que estaban sujetos pudieron hacer nacer en su espíritu la idea de mejorar su situacion.

¿Cómo empezó pues á establecerse allí la civilizacion? Ignórase completamente, debiendo atenernos para saberlo á los datos por la tradicion transmitidos. Segun ella una de sus hordas errantes fué visitada en las orillas del lago Titiaca por dos séres de distinto sexo, de majestuoso continente y con decencia vestidos. Aquellos personajes singulares se anunciaron como hijos del sol, encargados por el poder celestial de instruir y civilizar á los hombres. Declararon que el grande astro del dia veía con dolor el estado miserable á que estaban los naturales por su ignorancia condenados, y añadieron que si querian seguir exactamente sus lecciones, aumentarían considerablemente los goces de su existencia. Los salvajes en su sencillez, escucharon con profundo respeto las palabras de aquellos supuestos enviados del sol, y prometieron facilmente obedecer unos consejos que tan grandes ventajas debian proporcionarles. Comenzaron á reunirse en gran número y pasaron con sus guias á Cuzco, donde fundaron el primer establecimiento del país. La naciente colonia, gracias á los esfuerzos de los nuevos

legisladores, eficazmente secundados por los habitantes que de buen grado se habian sometido á su gobierno, empezó á tomar un aspecto próspero, y adquirió sucesivamente bastante estension é importancia para formar una gran ciudad. Segun Garcilaso de la Vega pasaban estos hechos unos cuatro siglos antes de la llegada de los españoles.

Manco-Capac y Mama-Ocollo (que así se llamaban aquellos supuestos hijos del sol), alentados por el buen éxito obtenido, prosiguieron en la tarea con tan buenos auspicios empezada. Llegaron nuevos habitantes de todas partes, y como cada uno de ellos experimentaba las ventajas de ese nuevo orden de cosas, no fué difícil persuadir á aquellos sencillos y confiados salvajes que se sometiesen con una obediencia ciega á los que les instruían. Manco-Capac enseñó á los indios las artes útiles, y en especial la agricultura, y Mama-Ocollo adiestró á las mujeres en el arte de hilar y hacer tejidos. Gracias al trabajo de los primeros la subsistencia fué menos precaria, al paso que la industria de las últimas hacia mas agradable la vida. Despues de haber atendido á los objetos de primera necesidad para una sociedad naciente, ó lo que es lo mismo, despues de haber asegurado al pueblo grosero que tenia bajo su direccion los medios de alimentarse, y de haberle proporcionado vestidos y moradas, Manco-Capac se ocupó en asegurar su felicidad estableciendo una policia y leyes, de suerte que su colonia ofreció pronto la imágen de un estado gobernado con regularidad. Multitud de tribus nómadas se reunieron á las que de tal grado de prosperidad disfrutaban; no tar-

dó en hacerse sentir la necesidad de edificar nuevas ciudades , y viéronse levantar en poco tiempo hasta trece al oriente y treinta al occidente de Cuzco.

Tal fué el origen del imperio de los Incas ó señores del Perú. Manco-Capac reinó de treinta á cuarenta años, constantemente respetado y ciegamente obedecido por sus súbditos, que le miraban como un sér celestial. Cuando vió acercarse su muerte , reunió en torno suyo á los principales habitantes , y les hizo un largo razonamiento rogándoles que siguiesen con escrupuloso esmero las instrucciones que les diera y las leyes que habia establecido para su bienestar y prosperidad. Mandó llamar á su hijo, que debia sucederle, y le dió sabios y prudentes consejos sobre el modo como debia conducirse para asegurar su propia felicidad y la de sus pueblos. El anciano Inca murió llorado de todo su pueblo, y tuvo por sucesor su hijo Sinchi-Roca, príncipe de carácter belicoso, que estendió considerablemente el primitivo territorio del imperio.

El reino fundado por Manco-Capac continuó prosperando bajo una serie de doce monarcas respetados no solamente como tales , sino como divinidades : su sangre era mirada como sagrada , y no fué manchada jamás por ninguna mezcla , pues estaba prohibido todo matrimonio entre los pueblos y la raza de los Incas. Los hijos de Manco-Capac se casaban con sus propias hermanas , y no podian subir al trono sin probar ántes que no tenian mas antepasados que los *hijos del sol*. Tal era el título de todos los descendientes del primer Inca , y el pueblo estaba acostumbrado á mirarlos con la veneracion debida

á séres de una gerarquía mas elevada. Creíase que estaban bajo la proteccion inmediata de la divinidad, de quien traían su origen, y que todas las voluntades del Inca eran las de su padre el sol. Huama-Capac, el duodécimo Inca despues de la fundacion del imperio, fué un príncipe de grande habilidad, y no menos distinguido por sus virtudes en la paz, que por los talentos militares que desplegó durante la guerra. Apoderóse del vasto imperio de Quito; mas esta conquista, si bien gloriosa, puede considerarse como la causa de la ruína del Perú, puesto que la guerra civil que entre ambos países estalló despues de su muerte, facilitó no poco el triunfo de los españoles.

El carácter, la religion y las costumbres de los peruanos ofrecian un contraste notable con las de los mejicanos. Mientras que los primeros se distinguian por la dulzura y la bondad, mostrábanse los segundos belicosos y sanguinarios. Desde el establecimiento de la monarquía de los Incas habíase verificado una revolucion completa en aquellos lugares por groseros salvajes habitados. Segun el P. Valdera, los naturales de aquellas comarcas eran, en su estado primitivo, tan crueles y bárbaros como los de las demas partes del Nuevo Mundo. Su idolatría era tan absurda y grosera como la de los mejicanos. Una roca ó una montaña gigantesca, el mar ó un rio, animales feroces, un árbol ó una flor eran sucesivamente objetos de su adoracion. Las tribus de la costa adoraban el mar y la ballena, sin duda á causa de su enorme grandor; al paso que las del interior tributaban culto á las fieras. Habia tambien en las

fronteras del Perú algunas hordas que no tenían forma alguna de culto, que parecían no conocer la influencia ni del temor, ni de la esperanza, y que, en ese punto, vivían como brutos. La mitología empero de los peruanos, aunque monstruosa, no tenía el carácter marcial que distinguía á la de los mejicanos; y sin embargo manifestaban en sus sacrificios y en la elección de las víctimas igual grado de ferocidad. Los sacrificios humanos eran frecuentes y el modo de dar la muerte á la víctima era igualmente cruel y abominable. En las comarcas del Panamá y del Darien, que Valdera supone haber sido pobladas y colonizadas por tribus nómadas salidas de Méjico, los habitantes eran tal vez, en lo relativo á los sacrificios, los salvajes mas bárbaros de América. Cuando tenían que inmolar una víctima, la ataban completamente desnuda á un árbol, y luego los individuos y los amigos de la familia que había hecho el prisionero, se reunían en torno de él con sus hachas de piedra, cortaban las partes mas carnosas de su cuerpo y las comían con voracidad, mientras que el desgraciado contemplaba con sus propios ojos aquel espantoso banquete, hasta que venía la muerte á poner fin á sus tormentos. Las mujeres y los niños acostumbraban asistir á esos festines, de suerte que contraían desde sus primeros años los mas feroces instintos.

El modo como trataban los restos de las víctimas despues de terminado el sacrificio, merece fijar igualmente la atención. El que durante su suplicio había lanzado gritos de dolor ó dejado escapar alguna queja, era entregado al desprecio: sus huesos eran sembrados por

los campos ó arrojados al rio. Mas si por el contrario habia soportado sus sufrimientos con valor, sus huesos eran llevados á un sitio elevado á fin de que el sol los secase siendo despues objeto de un culto especial. Tales prácticas estaban muy distantes de merecer el nombre de religion, y puede decirse que bajo este punto de vista los Peruanos eran muy inferiores á los mejicanos, quienes en medio de su barbarie, observaban ceremonias y fiestas religiosas, y poseían un cuerpo de sacerdotes de los falsos dioses.

Bajo el gobierno paternal de los Incas los peruanos se hicieron mas humanos y mas cultos; establecióse una forma de culto tan suave y natural, como horribles habian sido las antiguas costumbres, trayendo para el país los mas felices resultados. Los Incas fundaron desde el principio su gobierno mas bien sobre principios de bondad que sobre el miedo. Representaron al sol y á la luna como divinidades bienhechoras, que deseaban la prosperidad de la raza humana, y se alegraban de su felicidad: enseñaron que esas divinidades, léjos de dejarse ganar por la efusion de sangre y los sacrificios bárbaros que los naturales acostumbraban ofrecer á los objetos de su adoracion, odiaban tan repugnantes prácticas. Las ofrendas al sol debian estar en armonía con la dulzura paternal de aquellos nuevos principios; así fué que se declaró que los sacrificios mas agradables á la divinidad eran los primeros frutos de la tierra producidos por su vivificadora influencia: constituía la mayor parte de las ofrendas, plantas, frutos, leche y una bebida llamada *anca*, y si algunos seres vivientes se sacrificaban, eran

animales domésticos, notables por su mansedumbre. Abolióse completamente el uso de los sacrificios humanos; si bien muchos historiadores pretenden que subsistieron aun despues del establecimiento del imperio de los Incas. Quizas continuaron tales abominaciones en los distritos mas apartados de la vista del soberano y donde no habia penetrado la civilizacion; mas, segun observa Garcilaso de la Vega, no fueron jamas ni sancionadas ni autorizadas por los Incas.

El templo del sol en Cuzco era servido por un cuerpo regular de sacerdotes, que debian ser todos de sangre real, y el gran sacerdote tio ó hermano del monarca. Al unir el poder civil al religioso, el legislador habia tenido por objeto aumentar la fuerza de la monarquía, y á fin de que los Incas, considerados como descendientes del sol y de la luna, tuviesen con esto un doble derecho á la veneracion religiosa y al respeto de sus súbditos. Los sacerdotes no se distinguian ni por el traje, ni por ningun signo particular, sino que vestian como el resto de la poblacion. En las demas provincias del imperio las personas consagradas al servicio de la divinidad no debian ser de sangre real; bastaba que perteneciesen á las principales familias; pero su gefe debia ser un Inca. Todas las vírgenes de real prosapia estaban reunidas en un edificio especial, y formaban una especie de comunidad consagrada al sol.

Estraños á las prácticas bárbaras que manchaban los altares de las divinidades de los otros países de América, y á consecuencia de la supersticion llena de dulzura que habian adoptado, los peruanos llegaron á ser el pueblo

mas pacífico del Nuevo Mundo. Hasta en las guerras los Incas mostraban un espíritu diferente del que reinaba en las demas comarcas: combatian, hacian conquistas, mas no para destruir á sus enemigos, sino para civilizarlos. Los vencidos no eran tratados como miserables esclavos destinados á ser sacrificados y condenados á una innoble servidumbre, sino que eran admitidos á participar de las mismas ventajas, y colocados, bajos todos los respetos, en la misma categoría que los vencedores.

El carácter de los peruanos no era belicoso, y su amor á la paz les fué fatal, en cuanto contribuyó á favorecer los triunfos de los españoles. En casi todas las demas regiones del Nuevo Mundo los naturales opusieron una tenaz resistencia á los extranjeros que invadian su país, y se defendieron con valor y obstinacion. Si Cortés logró someter á los mejicanos, debiólo á un esfuerzo extraordinario de resolucion y de perseverancia, mientras que en el Perú, por el contrario, las armas españolas encontraron tan solo una débil resistencia. Apesar del escaso número de soldados de Pizarro y Almagro; apesar de la inmensa poblacion que obedecia á Atahualpa (1), la conquista del Perú se hizo con mucha facilidad; y fuese debilidad ó temor, ni aun supieron aprovecharse de las ocasiones favorables que para defender su independendencia les dieron con sus disenciones los españoles.

Apesar de la dulzura de su carácter los peruanos conservaban todavía una costumbre bárbara que remontaba á

(1) Jerez le llama Atabalipa; Zárate y Gomara Atabaliba.
N. del T.

una grande antigüedad; tal era el inmolar sobre su tumba, á la muerte de un Inca ó de algun otro personaje de distincion, un gran número de individuos, á fin de que el ilustre finado hiciese su entrada en el otro mundo con el acompañamiento y el esplendor correspondientes á su rango. Observábase esta costumbre con escrupulosa exactitud, y se asegura que á la muerte de un Inca poderoso no bajaban de mil las víctimas que se inmolaban. Era esto ciertamente un resto de barbarie en contradiccion con las nuevas costumbres de los peruanos; mas no el único rasgo que quedaba de su estado salvaje. Tenian otra costumbre, universalmente rechazada hasta por los pueblos que empiezan á civilizarse, á saber, el comer sin cocerlos la carne y el pescado, sin embargo de que conocian el uso del fuego, puesto que se servian de él para preparar las legumbres y el maíz.

El derecho de propiedad no estaba establecido con tanta precision en el Perú como en Méjico. La tierra estaba allí dividida en tres partes, la una consagrada á la divinidad, la otra reservada á los Incas, y la tercera perteneciente en comun al pueblo. La primera servia para la construccion de los templos, el culto y la manutencion de los sacerdotes; los Incas empleaban la segunda para los gastos del gobierno, y la última, que era muy considerable, se distribuía entre todo el pueblo. La posesion empero no era ni hereditaria ni permanente, puesto que se verificaba una nueva division cada año, haciéndose la distribucion segun la categoría y las necesidades de las diferentes familias. Las tierras se cultivaban en comun: habia un empleado encargado de llamar el pueblo al trabajo, y

mientras que se ocupaba en él se le recreaba con el sonido de instrumentos. Este sistema daba felices resultados. La necesidad de ayudarse mutuamente y la comunidad de intereses engendraban naturalmente sentimientos de amistad y de afecto, que estrechaban mas y mas los lazos de la sociedad. Así pues los peruanos podian ser considerados como una gran familia, obrando por los mismos intereses y trabajando de consuno para llegar al mismo fin.

No debe deducirse de lo que antecede que existiera una igualdad perfecta entre todos los miembros de la comunidad; la diferencia de clases estaba por al contrario perfectamente marcada y se hallaba estendida en todo el imperio. Un gran número de individuos, conocidos con el nombre de *Jenoconas*, eran tenidos en estado de servidumbre; sus vestidos y habitaciones se diferenciaban de los vestidos y habitaciones de los hombres libres: se les empleaba en acarrear pesos y en todos los trabajos de fatiga. Superiores á ellos eran los hombres libres que no poseían ningun empleo y ninguna dignidad hereditaria. Seguian despues los que los españoles llamaban *Orejones*, á causa de los adornos que llevaban en las orejas. Estos formaban lo que se podria llamar el cuerpo de los nobles, y ejercian, tanto en tiempo de paz como en la guerra, los empleos importantes ó de mas responsabilidad. Al frente de la nacion estaban los hijos del sol, los cuales por su nacimiento y sus privilegios eran tan superiores á los orejones, como lo eran estos á los demas ciudadanos.

La agricultura era la ocupacion preferente de los peruanos, y habian hecho en ella grandes progresos. Ocupábanse en la misma con mucho esmero, y daban mas

importancia á la cultura de la tierra que ningun otro pueblo de América. Los trabajos agrícolas eran ejecutados por orden y bajo la vigilancia del gobierno, el cual por medio de sus agentes determinaba la cantidad de tierras que debian cultivarse, y el modo de hacerlo, sin dejar nada al capricho ó á la ignorancia de los particulares. A consecuencia de este sistema nunca se experimentaban las desgracias que siguen á un año estéril, porque la porcion puesta aparte para el sol y los Incas nunca se consumia del todo, y el sobrante, que era depositado en almacenes públicos, formaba un repuesto para los tiempos de carestía. Los peruanos no conocian el uso del arado, y en su lugar se servian de una especie de azadas, con las cuales removian la tierra. Este trabajo, aunque penoso y en apariencia servil, no era considerado como degradante: ocupábanse igualmente en él los dos sexos, y hasta los Incas, á fin de alentar la agricultura y darle importancia, cultivaban un pedazo de tierra por sus propias manos.

Si bien las faenas agrícolas eran las principales ocupaciones de los peruanos, aplicábase igualmente su industria á otros objetos. Estaban bastante adelantados en la arquitectura: en las provincias situadas en climas calurosos, sus habitaciones estaban construídas en la forma la mas lijera; al paso que en los distritos que no gozaban de las mismas ventajas, eran sus casas mas sólidas, de ladrillos cocidos al sol, de forma cuadrada, de ocho piés de alto y sin ninguna ventana. Mas en las construcciones de los templos del sol y de los palacios de los Incas mostraban los peruanos de cuanto eran capaces. Las ruínas que se

encuentran aun en las diferentes provincias prueban suficientemente que esos monumentos son obra de un pueblo que está muy distante del estado salvaje. Aquellos edificios sin embargo eran mas notables por su solidez y su estension que por su altura. El templo de Pachacamac, con el palacio del Inca y una fortaleza ocupaba mas de media legua de terreno, sin que su altura pasase de doce piés; mas nada tiene eso de extraño, puesto que no teniendo ningun conocimiento en mecánica, los peruanos debian hallar mucha dificultad en elevar grandes piedras mas arriba de cierta altura.

Pero lo que sobre todo atestigua la industria de este pueblo es la construccion de dos caminos de Cuzco á Quito, de mas de quinientas leguas de estension cada uno, el mayor de los cuales pasaba por los distritos montañosos y el otro por las llanuras inmediatas al mar. Los primeros historiadores del Perú que vieron estos caminos hablan de ellos con tanta admiracion y entusiasmo, que se siente uno inclinado á comparar los trabajos de los Incas á las antiguas vias militares, que subsisten aun como monumentos del poder romano. «Hemos quedado sorprendidos, dice el célebre viajero Humboldt, al encontrar en alturas que esceden de mucho á la de la cima del pico de Tenarife, los restos magníficos de un camino construído por los Incas del Perú. Aquella calzada, bordada de grandes sillares, puede compararse á los mas hermosos caminos romanos que he visto en Italia, Francia y España: está perfectamente trazada, y conserva la misma direccion en una longitud de seis ú ocho milímetros.» El mismo autor dice en otra parte: «El gran camino del Inca, una

de las obras mas útiles á la vez que mas gigantescas que los hombres hayan ejecutado , está todavía muy bien conservado en varios puntos.»

Abriendo caminos los peruanos se vieron naturalmente llevados á procurar á su país otra ventaja igualmente desconocida al resto de la América. El camino de los Incas en su direccion del sur al norte , se halla cortado por torrentes que salen de los Andes para perderse en el océano occidental. Su rapidez , unida á la frecuencia y á la violencia de las inundaciones que ocasionan , hacia su navegacion imposible : era preciso pues inventar algun espediente para atravesarlos. Los peruanos que ignoraban el arte de construir arcos y no sabian trabajar la madera , no podian hacer puentes ni de esta materia ni de piedra. La necesidad les sugirió un medio de suplir esta falta : hacian cables de mucha resistencia , entrelazando juntos el mimbre y los bejucos de que el país abunda : tendian de una á otra orilla seis cables paralelos entre sí y fuertemente atados por cada extremo : sujetábanlos unos á otros con otras cuerdas mas pequeñas , bastante juntas para formar una especie de red que , cubierta despues con ramas de árboles y tierra formaba un puente por el cual se podia pasar con bastante seguridad. Habia en cada puente personas encargadas de conservarlos y de ayudar á los viajeros. En los países llanos, donde los rios eran mas hondos y mas anchos, y tenian una corriente menos rápida , los pasaban en balsas que construían y guiaban con una destreza que prueba todavía su superioridad sobre los demas pueblos de América. Toda la industria de estos se limitaba al uso del remo , al paso que los perua-

nos se habian atrevido á arbolar sus pequeños buques y llevarlos á la vela , de suerte que no tan solo sabian aprovecharse del viento para navegar con mas velocidad , sino que hasta podian virar de bordo con una prontitud estremada.

La industria de los peruanos no estaba limitada á los objetos de mera utilidad , sino que habian hecho algunos progresos en las que se pueden llamar artes de lujo. Trabajaban los metales preciosos, que abundaban en su país, con una habilidad igual , sino superior, á la que empleaban los mejicanos para sus adornos ; y si bien los españoles estaban acostumbrados á admirar en Méjico este género de industria , quedaron sorprendidos de lo que vieron en el Perú , cuyos naturales fabricaban con un arte admirable , espejos por medio de una piedra brillante que les proporcionaba el suelo ; vasos de tierra de diferentes tamaños y forma , é instrumentos de muchas clases ; siendo mas de admirar la destreza que en la fabricacion de aquellos objetos manifestaban, cuanto que carecian de medios mecánicos y no conocian el hierro. Apesar de estas observaciones encaminadas á probar que los peruanos habian dado algunos pasos en la civilizacion , fuerza es convenir en que bajo otros respetos no habian hecho grandes progresos en la vida social. El imperio de los Incas, aunque de una inmensa estension y encerrando una poblacion numerosísima , carecia de grandes ciudades , indispensables para asegurar la prosperidad y la cultura de un pueblo. En la época de la invasion de Pizarro , Cuzco era el solo lugar que pudiese compararse á una ciudad ; todo lo demas era un inmenso desierto en el cual esta-

ban diseminadas aldeas y habitaciones aisladas. La falta de esos grandes centros de moradores era un obstáculo para que la poblacion pudiese desarrollarse. El perfeccionamiento de las costumbres y de las artes debió ser tan lento y difícil, que, como observa con razon Robertson, « debe estrañarse, no que los peruanos no hubiesen hecho mas progresos en la civilizacion, sino que hubiesen adelantado tanto.»

La distincion entre las profesiones y la variedad de los trabajos no eran ni tan completos, ni tan marcados como en Méjico: la única clase separada de la masa general era la de los operarios que trabajaban en objetos de adorno. Desconociáse tambien todo lo que se parecia á comercio, puesto que las mas simples operaciones de cambio solo empiezan á establecerse cuando los hombres se reunen en gran número. No habia en el Perú ni un solo mercado público, y el trabajo en comun hacia que hubiese pocas comunicaciones entre las provincias, á no ser en tiempo de guerra, ó cuando los Incas visitaban su inmenso imperio; en cuyo caso los príncipes y su acompañamiento hacian alto en los *tambos* ó almacenes colocados de distancia en distancia en todo el país, para atender á las necesidades del soberano y de su numerosa comitiva.

Si se examina la legislacion de los peruanos se ve que debia ser tan sencilla como sus costumbres. En efecto, el gobierno absoluto de los Incas estaba de tal suerte unido á sus dogmas religiosos, que todo delito era considerado como una transgresion de las leyes humanas á la vez que como una ofensa directa á la divinidad. Con tales ideas las reglas de legislacion eran sencillas y las penas severas.

Domínaba en ellas el rigor : las faltas lijeras y los mas grandes crímenes recibian el mismo castigo , que en casi todos los casos era la muerte. Pero al propio tiempo no se hacia recaer nunca en los hijos la pena del crimen cometido por los padres , dejándoles que conservasen sus bienes y sus dignidades. Por lo demas aquella severidad escesiva imponia á los peruanos un terror respetuoso , siendo en extremo limitado el número de los culpables.

La sumision de este pueblo á sus soberanos era ciega. Los mas poderosos y elevados entre sus súbditos miraban á los Incas como séres de una naturaleza superior ; y cuando eran admitidos á hablarles, se presentaban ante ellos con un hulto en las espaldas, como emblema de su servidumbre y de su disposicion á someterse á las voluntades del príncipe. El monarca no tenia necesidad de la fuerza para hacer ejecutar sus órdenes. Todo oficial encargado de ellas era objeto del respeto de todos , y segun Zárate, podia recorrer el imperio en toda su estension sin encontrar el menor obstáculo; puesto que con solo enseñar una franja del *borla*, adorno particular del Inca reinante, era dueño de la fortuna y de la vida de todos los ciudadanos.

Segun la tradicion peruana hacia cuatrocientos años que el imperio subsistia; pero nadie ha podido probar la certeza de esta antigüedad , porque ignorando este pueblo el arte de escribir, carecia del único medio por el cual se puede conservar con alguna exactitud la memoria de los acontecimientos. Algunos escritores han pretendido que los *quibos* ó nudos de cordones de diferentes colores usados en el Perú, fuesen los anales regulares del imperio;

mas como los nudos, de cualquier manera que estuviesen variados y combinados, no podian representar ninguna idea abstracta, tampoco podian dar á conocer ni las operaciones, ni las cualidades del espíritu. Eran de escasa utilidad para conservar la memoria así de los antiguos acontecimientos como de las instituciones políticas, y por otra parte, y esto es lo mas importante, ninguno de los que han tenido esos quibos entre las manos ha podido deducir de ellos el menor dato; así pues es una cuestion de pura curiosidad.

Reasumiendo lo que antecede dirémos, que el principio dominante en las instituciones, costumbres y carácter de los peruanos era la dulzura, y que causa estrañeza encontrar un pueblo cuyas disposiciones fuesen tan poco belicosas entre las tribus salvajes que poblaban el Nuevo Mundo. Salvo una circunstancia, no verémos en ninguna parte de esta historia á los peruanos oponerse á la conquista de los españoles, ni asistirémos, como en la conquista de Méjico, á los esfuerzos desesperados de los naturales para rechazar á los extranjeros que iban á reducirlos á la esclavitud. No nos faltarán sin embargo escenas de combate y sucesos militares, pero en todos los campos de batalla verémos españoles combatiendo contra españoles: sea cual fuere el vencedor, solo sangre castellana enrojecerá el suelo del Perú; y los peruanos permanecerán espectadores impasibles de esas luchas desastrosas, cuyo resultado será siempre el mismo para ellos: la pérdida de la libertad, los trabajos escesivos, los malos tratamientos y la muerte.

HISTORIA
DE LA
CONQUISTA DEL PERÚ
Y DE
PIZARRO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Primeros proyectos de la conquista del Perú. — Asociáanse Pizarro, Almagro y Luque. — Partida de Pizarro, y su navegacion en el mar del Sur. — Descubre el Perú.

Desde que Vasco Nuñez de Balboa, descubriendo el mar del Sur habia adquirido algunas nociones incompletas acerca las ricas comarcas cuyas costas baña, y adquirido algunas vagas noticias sobre el poderoso y rico imperio del Perú, los ambiciosos pensamientos de los españoles establecidos en las colonias de Darien y de Panamá se dirigian hácia aquellos países desconocidos. En aquel siglo en que

el espíritu aventurero arrastraba á tantos hombres emprendedores á esponer su fortuna y á despreciar los mayores peligros para intentar descubrimientos, de cuya posibilidad no se estaba aun seguro, el menor rayo de esperanza era acogido con ardor, y nunca faltaba quien por solos vagos informes se lanzase temerariamente á las expediciones mas peligrosas.

Balboa no habia querido ceder á nadie el derecho de conquistar un país que miraba como propiedad suya: habia preparado él mismo una armada para la cual no se habian perdonado afanes ni gastos, é iba á tomar el mando de ella cuando sucumbió, víctima de la envidia de Pedrarias. Después de su caída y su muerte otros aventureros quisieron realizar sus proyectos, y se hicieron muchas expediciones á fin de apoderarse de los países situados al este de Panamá. Mas estas empresas confiadas á gefes cuyos talentos y perseverancia eran inferiores á las dificultades que ofrecia el vencimiento, no tuvieron ningun resultado. Como aquellas escursiones no se estendian mas allá de los límites de la provincia llamada por los españoles *Tierra firme*, país montañoso, cubierto de bosques, poco poblado y mal sano, los aventureros, á su regreso, hacian una pintura desconsoladora de los males que habian sufrido y de las pocas esperanzas que ofrecian

los lugares que acababan de visitar. Esos relatos y los resultados negativos de todas las tentativas calmaron un poco el ardor de los españoles, y se empezó desde entónces á creer que Balboa se habia dejado engañar por algun indio ignorante, ó que le habia comprendido mal.

No bastaba sin embargo la opinion general que reinaba á la sazón en Panamá para demostrar á ciertos genios perseverantes que sus proyectos no eran mas que quimeras; y léjos de dejarse abatir por el éxito poco lisonjero de las primeras empresas, no faltaban intrépidos aventureros que desplegaran toda la energía de que se sentian animados, para preparar el resultado de las que debian seguirlas.

Entre esos hombres de resolucion habia tres que, ó porque tuviesen mas confianza en sí mismos, ó porque poseyesen mas conocimientos que sus compañeros, resolvieron tentar seriamente y por su propia cuenta una espedicion de descubrimientos y de conquistas, en el momento mismo en que todo el mundo miraba como quiméricas las noticias dadas por Balboa. En ese triunvirato fué donde nació la primera idea de la conquista del Perú. Hay algo que en la actualidad nos parece increíble y contrario á lo que dicta la razon en el hecho de tres simples particulares, establecidos en una colonia que data apenas de algunos años, que deliberan tranquila-

mente y toman á sangre fria la resolucion de descubrir y subyugar vastos y poderosos imperios.

El gefe y la principal esperanza de esta estraña confederacion era un soldado aventurero llamado *Francisco Pizarro*, que va á desempeñar un importante papel en esta historia. Pizarro era hijo ilegítimo de un gentilhombre de buena familia y de una mujer del pueblo. Nació en Trujillo, poblacion importante de Estremadura, donde pasó sus primeros años, completamente abandonado por sus padres, que ni siquiera le hicieron dar los primeros principios de la educacion mas comun. Esta ignorancia fué para el conquistador del Perú una causa siempre nueva de pesares y de mortificaciones. Sin duda su padre le creía poco capaz de elevarse sobre la condicion de su madre, puesto que desde que tuvo fuerzas para ello, le empleó en guardar los cerdos de sus haciendas. El jóven Pizarro no pudo sobrellevar las molestias de esta innoble ocupacion, tan poco en armonía con los sentimientos de ambicion que llenaban su alma, y aprovechando la primera ocasion para substraerse á la vigilancia paterna, se alistó en una compañía de infantería que pasaba á Italia. Sirvió por espacio de algunos años, y llegó á ser un buen soldado; mas hallándose sin apoyo, sin proteccion, sin fortuna, sin los conocimientos mas precisos, es probable que hubiera pa-

sado toda su vida en aquel humilde empleo, si el descubrimiento de la América no hubiese venido á abrir un vasto campo á su espíritu emprendedor y ambicioso.

Y en efecto, en aquel siglo, fecundo en fortunas rápidas, no habia aventurero que no deseara pasar al Nuevo Mundo, donde podia desplegar los talentos que de la naturaleza recibiera y adquirir fortuna y renombre. Por otra parte el carácter novelesco de las expediciones á América se hermanaba perfectamente con el genio impetuoso y la imaginacion ardiente de un aventurero. Así pues Pizarro siguió el ejemplo de un gran número de sus hermanos de armas, y se embarcó para el Nuevo Mundo, donde pronto llamó la atención de sus gefes por su carácter resuelto y por su inclinacion á lanzarse á las mas arriesgadas empresas. Acompañó al gobernador Alfonso de Ojeda en la conquista de Uraba, donde le dejaron al frente del establecimiento que allí se formó. Mas adelante siguió á Balboa en la famosa expedicion que tuvo por resultado el descubrimiento del mar del Sur, y hasta es probable que recogeria entónces informes especiales, que sirvieron para dirigir despues su conducta.

Cuando Pedrarias resolvió sacrificar á Balboa, Pizarro fué el encargado de prender á su antiguo comandante, y las circunstancias que acompañaron la

ejecucion de este encargo, prueban que Vasco Nuñez habia sabido apreciarle en lo que valia, lo propio que Pedrarias. Pizarro fué tambien uno de los compañeros de Hernan Cortés, quien parece haberle tenido en grande estima, distinguiéndose en muchas circunstancias, y en especial en la lucha contra Narvaez. En todas esas ocasiones dió notables pruebas de intrepidez y de vigor: su cuerpo era insensible al dolor y á la fatiga, y su ánimo ni decaía ante el riesgo, ni se dejaba abatir por los reveses. El primero siempre en los peligros, mostrábase infatigable siempre y de una paciencia á toda prueba. Apesar de ser ignorante hasta el punto de no saber leer, túvosele pronto por un hombre nacido para el mando. Salió airoso en todas las operaciones que se le confiaron, uniendo en su persona cualidades que se encuentran raras veces juntas: la perseverancia y el ardor; la audacia en la combinacion de sus planes y la prudencia para ejecutarlos. Lanzado muy pronto en medio de los campamentos y de los consejos, sin mas recursos que sus talentos y su habilidad, no podia contar mas que consigo mismo para salir de la oscuridad, y adquirir un conocimiento tan grande de los negocios y de los hombres, que se halló pronto en disposicion de dirigir los unos y gobernar á los otros. Nada tiene pues de extraño que Pizarro alcanzase de sus

conciudadanos una consideracion á la cual tantos derechos tenia, y que fuese mirado como uno de los principales colonos de Panamá, donde se habia retirado con una fortuna considerable adquirida con sus servicios: «Teniendo, como dice Francisco Jerez, su casa y hacienda y repartimiento de indios como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fué y se señaló en la conquista y poblacion en las cosas de los servicios de Su Majestad; estando en quietud y reposo, con celo de conseguir su buen propósito y hacer otros muchos señalados servicios á la corona real.»

Entónces fué cuando se asoció con dos hombres que gozaban de grande influencia en la colonia, Diego de Almagro y Fernando de Luque. El primero de origen todavía mas oscuro que el de su cólega, era un huérfano nacido en Almagro, de donde tomó el nombre, que no habia conocido jamás el de su familia. Como Pizarro, era un soldado de fortuna, educado en los campamentos, y avezado desde su infancia á las privaciones y á la miseria. No cedia á su compañero en virtudes militares, pero le era muy inferior en las cualidades del espíritu: como él tenia un valor intrépido, una actividad infatigable y una constancia á toda prueba; mas Pizarro unia á estas cualidades esa destreza y tino en hallar expedientes, tan necesarios

para formar un hábil político. Almagro sabia batiarse, suportar la adversidad; pero no tenía el conocimiento del mundo, ni ese talento de disimular sus designios, que hacía que Pizarro supiese, cuando así convenia á sus intereses, descubrir los pensamientos de los demas ocultando los suyos.

Fernando de Luque, el tercer asociado, era un eclesiástico, á la vez cura-párroco y maestro de escuela de la colonia: poseía grandes riquezas y deseaba concurrir con su fortuna al descubrimiento de nuevos países y al aumento de las posesiones de su soberano. Tales eran los tres personajes que concibieron el proyecto de conquistar las ricas comarcas cuya existencia habia sido revelada por Balboa. Sometieron su plan á Pedrarias, gobernador de Panamá, el cual lo aprobó, y obligáronse solemnemente á obrar de concierto para el buen éxito de la empresa. Pizarro, el menos rico de los tres, que no podia suministrar tantos recursos como los otros, tomó sobre sí la parte mayor de la fatiga y del peligro, encargándose de mandar en persona la hueste destinada al primer viaje y á las primeras tentativas de descubrimiento. Almagro debia conducir los refuerzos de hombres y provisiones que Pizarro necesitara, y Luque permanecer en el Panamá para entenderse con el gobernador y ocuparse en los intereses comunes. Terminados estos arre-

glos preliminares, los tres asociados, movidos por ese espíritu religioso que se aliaba en los conquistadores del Nuevo Mundo á todas las empresas importantes, ratificaron sus compromisos al pié de los altares.

En fin, segun Herrera y Jerez, Pizarro partió el 14 de noviembre de 1524, ó en 1525, segun Zárate y Garcilaso de la Vega. No llevaba mas que un solo buque, tripulado por ciento doce ó ciento catorce soldados. Los españoles desconocian completamente el mar del Sur, así que el tiempo elegido para la partida hallóse ser el menos favorable de todo el año, pues los vientos periódicos que entónces reinaban eran contrarios al camino que Pizarro debia seguir.

«Setenta dias despues que salieron de Panamá, dice Francisco de Jerez que hacia parte de la expedicion, saltaron en tierra en un puerto que despues se llamó de la Hambre; en muchos de los puertos que antes hallaron habian tomado tierra, y por no hallar poblaciones los dejaban; y en este puerto se quedó el capitan con ochenta hombres (que los demas ya eran muertos): y porque los mantenimientos se habian acabado, y en aquella tierra no los habia, envió el navío con los marineros y un capitan á las islas de las Perlas, que esta en el término de Panamá, para que trajese mantenimientos, porque

pensó que en el término de diez ó doce dias seria socorrido; y como la fortuna siempre ó las mas veces es adversa, el navío se detuvo en ir y volver cuarenta y siete dias, y en este tiempo se sustentaron el capitan y los que con él estaban con un marisco que cogian de la costa del mar con gran trabajo, y algunos por estar debilitados, cogiéndolo se morian. En este tiempo que el navío tardó en ir y volver murieron mas de veinte hombres; cuando el navío volvió con el socorro del bastimento, dijeron el capitan y los marineros que, como no habian llevado bastimentos, á la ida comieron un cuero de vaca curtido, que llevaban para zurriones de la bomba, y cocido lo repartieron. Con el bastimento que el navío trajo, que fué maiz y puercos, se reformó la gente que quedaba viva; y de allí partió el capitan en seguimiento de su viaje, y llegó á un pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque: allí fallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro dia vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados, y los cristianos estaban estenuados por el hambre y trabajos pasados, fueron desbaratados, y el capitan ferido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron; fueron feridos con él otros

diez y siete hombres, y cinco muertos; visto por el capitán este desbarato, y el poco remedio que allí había para curarse y reformar su gente, embarcóse y volvió á la tierra de Panamá, y desembarcó en un pueblo de indios cerca de la isla de las Perlas, que se llama Cuchama; de allí envió el navío á Panamá, porque ya no se podía sostener en el agua, de la mucha broma (1) que había cogido. Y hizo saber á Pedrarias todo lo sucedido, y quedóse curando á sí y á sus compañeros. Cuando este navío llegó á Panamá, pocos días ántes había salido en seguimiento y busca del capitán Pizarro el capitán Diego de Almagro, su compañero, con otro navío y con setenta hombres, y navegó hasta llegar al pueblo donde el capitán Pizarro fué desbaratado; y el capitán Almagro hubo otro reencuentro con los indios de aquel pueblo y le quebraron un ojo, y hirieron muchos cristianos; con todo esto, hicieron á los indios desamparar el pueblo y lo quemaron. De allí se embarcaron y siguieron la costa hasta llegar á un gran río que llamaron de san Juan, porque en su día llegaron allí.»

Obligados á abandonar aquella tierra inhospitalla-

(1) Dase este nombre á una especie de caracol de figura cilíndrica, el cual horada y penetra la madera tanto que á veces inutiliza la quilla de los navíos. — *N. del T.*

ria, desalentados, abrumados de fatigas, sin noticias de la suerte de Pizarro y de los suyos, los españoles navegaron durante algun tiempo sin direccion fija, hasta que por una feliz casualidad llegaron en fin á Cuchama. Este encuentro inesperado hizo olvidar los pesares comunes. Renacieron en unos y otros las esperanzas, y juntos pensaron en los medios de obtener en lo sucesivo mejores resultados. Despues de muchas deliberaciones se decidió que Almagro volveria á Panamá para reunir nuevos refuerzos. Era en efecto imposible continuar la expedicion con el escaso número de hombres que habian quedado, puesto que de los ciento ochenta y dos soldados de Pizarro y Almagro habian sucumbido ciento treinta. Solo quedaban pues cincuenta españoles, y aun estos estaban de tal suerte estenuados por la fatiga, que eran incapaces de hacer un servicio activo.

El abandono empero de una empresa en la cual estaba comprometida toda su fortuna, parecia á los gefes y á los mas animosos de sus compañeros un estremo mas humillante y penoso que todas las dificultades que reservarles pudiese su suerte. En su consecuencia Almagro regresó á Panamá, y ayudado de su amigo Luque, hizo lo posible para reclutar soldados: mas las cosas no marcharon segun sus deseos, y pasó mucho tiempo ántes que pudiera reunir un centenar de hombres. Dióse por fin á la

vela y fué á reunirse con Pizarro en Cuchama.

« Los dos capitanes, dice Jerez, partieron en sus dos navíos con ciento y setenta hombres, é iban costeando la tierra, y donde pensaban que habia poblado saltaban en tierra con tres canoas que llevaban, en las cuales remaban sesenta hombres; y así iban á buscar mantenimientos. De esta manera anduvieron tres años pasando grandes trabajos, hambres y frios; y murió de hambre la mayor parte de ellos, que no quedaron vivos cincuenta, sin descubrir hasta en fin de los tres años buena tierra, que toda era ciénagas y anegadizos inhabitables; y esta buena tierra que se descubrió fué desde el rio de san Juan, donde el capitan Pizarro se quedó con la poca gente que le quedó, y envió un capitan con el mas pequeño navío á descubrir alguna buena tierra la costa adelante, y el otro navío envió con el capitan Almagro á Panamá para traer mas gente, porque yendo los dos navíos juntos y con la gente no podian descubrir, y la gente se moria.»

Setenta dias despues el buque enviado á hacer descubrimientos volvió trayendo noticias las mas favorables para reanimar el ardor de los aventureros. El capitan habia reconocido comarcas riquísimas en oro y plata, y los españoles habian sido bien recibidos en todas partes por una poblacion que parecia mas culta que las conocidas hasta entónces. Así en

cuanto Almagro hubo juntado algunos hombres, las dos naves se dieron á la vela para aquel país con tanto ardor deseado. Despues de una serie de obstáculos y de contrariedades desembarcaron en Tacamez en la costa de Quito, y hallóse que los primeros exploradores no habian exagerado nada. El país era llano y fértil, y sus habitantes iban vestidos de telas de lana y algodón, y llevaban adornos de oro y plata. Sin embargo la actitud de los indígenas inspiró á los españoles temores justamente fundados: reuníanse por do quiera en grandes partidas, bien armados y dispuestos para la resistencia. Pizarro juzgó que seria tan imprudente como peligroso medirse con enemigos tan formidables. En efecto los pocos soldados que la muerte habia perdonado hallábanse debilitados por el cansancio y las enfermedades, y la prudencia ordenaba aplazar, siquiera por algun tiempo, todo proyecto de conquista. En su consecuencia Pizarro hizo abastecer los buques de vituallas y ganó la isla de Gallo, donde debia permanecer, en tanto que Almagro iria á dar cuenta de su descubrimiento y solicitar refuerzos, que mas que nunca eran indispensables.



CAPÍTULO II.

Apurada situacion de los españoles. — Resolucion heróica de Pizarro y de trece de sus compañeros. — Pizarro aborda en la costa del Perú. — Su viaje á España: es nombrado gobernador general. — Nueva expedicion de Pizarro. — Ocupacion de la ciudad de Coaco. — Disensiones civiles que agitaban el Perú.

—

A las dificultades provenientes de la salud de los soldados añadiéronse pronto otras de naturaleza mas grave, por cuanto nacian del desaliento causado por tantos trabajos y fatigas. La mayor parte de ellos quejábase de su situacion, no acertando á ver mas término á sus sufrimientos que una muerte inevitable. No se le ocultaba á Pizarro que si los descontentos lograban hacer llegar á la colonia la espresion de sus quejas, la expedicion fracasaria, porque en este caso seria imposible á Almagro determinar á nuevos aventureros á asociarse á una empresa que tan poco propicias esperanzas ofrecia. Así pues los dos gefes tomaron todas las precauciones imaginables para impedir que saliese ninguna carta

de la isla; pero apesar de su vigilancia, un tal Sarabia se encargó de hacer que fuesen conocidos en Panamá los sufrimientos de todos. Para lograrlo valiése de un medio sumamente ingenioso: escribió la reseña de las desgracias de la expedición, expresando el vivo deseo que tanto él como sus compañeros abrigaban de substraerse á la especie de esclavitud en que se les retenia; é hizo con el papel que contenia sus quejas un ovillo de hilo de algodón que envió á uno de sus amigos, so pretexto de que le mandase hacer un par de medias. El escrito terminaba con estos versos, citados por Gomara :

Pues, señor gobernador,
Mírelo bien por entero ;
Que allá va el recogedor (1),
Y acá queda el carnicero (2).

Llegado el escrito á su destino, fué entregado inmediatamente á Pedro de los Rios, que habia sucedido á Pedrarias, y cuando Almagro se presentó ante él, fué recibido con cierta frialdad y reserva. El gobernador acabó finalmente por decirle, que una expedición que ocasionaba la pérdida de tantos hombres no podia menos de ser funesta á una colonia

(1) Es decir, Almagro.

(2) Pizarro.

naciente y débil. Instado por otro lado por los amigos de los que querían abandonar á Pizarro, el gobernador no solo prohibió hacer nuevos alistamientos, sino que envió un buque á la isla de Gallo para que trajese á aquel y á sus compañeros. Descontentos Almagro y Luque de esas medidas que no habian podido prevenir y á las cuales no osaban oponerse, hallaron medio de hacer saber á Pizarro sus sentimientos, exhortándole á que no abandonara una empresa en la cual tenian puestas todas sus esperanzas, y que no destruyese el único recurso que para reponer su fortuna les quedaba. Con la inflexible obstinacion que hacia el fondo de su carácter, Pizarro no necesitaba que se le escitase á perseverar en la ejecucion de su proyecto. Negóse abiertamente á obedecer las órdenes del gobernador, y empleó toda su habilidad y elocuencia en inducir á sus compañeros á que no le abandonasen. Mas estaba tan reciente el recuerdo de los males sufridos, y presentábase por otra parte de una manera tan seductora á su espíritu la esperanza de volver á ver á sus familias y amigos despues de una separacion tan larga, que no atendieron ni á los discursos ni á las promesas de Pizarro, y dispusiéronse con afan á seguir al enviado del gobernador.

En aquel momento decisivo el comandante, que veía desvanecerse de una sola vez sus sueños de

gloria y de fortuna, recorrió á una de esas resoluciones que, hiriendo la imaginacion de los hombres, acaban muchas veces por arrastrarlos. Pizarro reunió á sus soldados, y sacando su espada trazó una línea en la arena, diciendo en tono firme y resuelto: «Españoles, esta línea es el emblema de las fatigas, de los peligros, de los innumerables sufrimientos que teneis que arrostrar para cumplir vuestra gloriosa empresa. Que los que se creen bastante animosos y magnánimos; que los que ambicionan la gloria de las conquistas pasen esta línea. Que los que no quieren sacrificar el bienestar presente al renombre y á la fortuna futuras vuelvan á Panamá. Yo permaneceré aquí, y con el auxilio de mis bravos compañeros, por pocos que sean, proseguiré mi comenzada empresa, convencido de que con la ayuda de Dios y una perseverancia infatigable, nuestros esfuerzos se verán coronados de un feliz resultado.»

Apenas hubo acabado de hablar cuando sus soldados, aprovechando el permiso que se les daba, corrieron á embarcarse al momento, temerosos de que el comandante cambiase de resolucion. Solo trece de ellos tuvieron el valor y noble energía de pasar la línea, protestando que unidos á su gefe le seguirian hasta la muerte. Los historiadores nos han transmitido los nombres de estos héroes. A ellos, á su invencible resolucion debiéronse el descubrimien-

to y la conquista del Perú. Pizarro manifestó con lágrimas en los ojos su agradecimiento á tan generosos y fieles compañeros, y prometiéndoles que serian dignamente recompensados si salian bien de su empresa. Con sus trece amigos y con el auxilio de una pequeña barca pasó á la isla de la Gorgona que, estando desierta y apartada de la costa, le pareció un asilo cual le convenia. Allí resolvió aguardar los refuerzos que no podian dejar sus asociados de enviarle en cuanto tuviesen noticia de su heróica resolución.

En efecto, no anduvieron Almagro y Luque remisos en servirle, y sus pretensiones fueron secundadas por la opinion de toda la colonia: decíase que era vergonzoso dejar perecer como criminales en una isla desierta á unos valientes empeñados en una empresa útil y gloriosa para la nacion, y á los cuales, si de algo podia acusárseles, era tan solo de un exceso de celo y de valor. Vencido por estas quejas é instancias el gobernador consintió en enviar un pequeño buque á la Gorgona; pero á fin de que no pareciese que alentaba á Pizarro á ninguna nueva empresa, no permitió que se embarcasen en ella mas que el número de hombres de mar necesarios para la maniobra.

Durante este tiempo Pizarro y sus compañeros de fortuna se consumian en aquella tierra inhospita-

talaria, conocida por el lugar mas insalubre de aquella parte de la América, y de la cual dice Herrera, que por ser tan desagradable su estancia en ella, á causa de lo mal sano del clima, de sus bosques impenetrables, de sus montañas escarpadas y de la multitud de sus insectos y reptiles, se la daba el epíteto de *infernal*, añadiendo que raras veces se ve el sol y que llueve en ella casi todo el año. Sin mas abrigo que los bosques que cubrian el suelo, sin mas víveres que raíces y mariscos, cuando eran bastante afortunados para procurárselos, los españoles pasaron cinco meses en una situacion horrible. Volvian continuamente los ojos hácia el lado de Panamá, mas cada dia que transcurria dejaba burlada su esperanza, y hasta el mismo Pizarro dejó ver por vez primera síntomas de desaliento. Cansados en fin de aguardar inutilmente resolvieron abandonarse en una balsa al Océano, ántes que permanecer por mas tiempo en aquella horrible morada, donde no podian esperar mas que sufrimientos espantosos y la muerte; pero en el momento en que iban á tomar este partido desesperado, mostróse á lo léjos el buque á su vista. En un instante quedaron olvidadas todas las penas y renacieron todas las esperanzas. Fuéle fácil á Pizarro determinar, no tan solo á sus propios compañeros, sino á la tripulacion del buque á que prosiguiesen con nuevo ardor su

primer proyecto. En vez de volver á Panamá dirigieronse al Sud-este, y mas afortunados esta vez que en sus tentativas anteriores, descubrieron la costa del Perú el vigésimo dia de su partida de la isla.

Limitáronse durante mucho tiempo á saltar en tierra y entrar en las aldeas únicamente para proporcionarse mantenimientos. Su existencia era difícil y precaria; pero los sufrimientos y las continuas fatigas no hacian ya mella en los cuerpos de aquellos hombres intrépidos, cuyo valor era sostenido y fortalecido por tan atrevidas esperanzas.

Pizarro llegó de esta suerte delante la rica poblacion de Tumbes, que encerraba un palacio y un gran templo. Allí se ofreció por primera vez á los españoles el espectáculo de la opulencia y de la civilizacion del imperio peruano, siendo lo que á sus ojos se presentaba mas que suficiente para enardecer su imaginacion y su sed de riquezas. No tan solo eran de oro los adornos del templo, sino hasta los utensilios mas comunes. Pizarro se limitó á entablar relaciones amistosas con los naturales, procurando sobre todo obtener informes útiles sobre el país. Proporcionóse muestras de los productos, algunos llamas (animales domésticos de que los habitantes sacaban mucho provecho), y sobre todo cierta cantidad de adornos de oro y plata, que espe-

raba manifestar como prueba material de las riquezas acumuladas en la comarca que acababa de descubrir; despues de lo cual decidióse á partir para Panamá. Quedaban todavía con él once de sus bravos compañeros, sin que nos sea conocida la suerte de los otros dos. Cuando despues de su larga ausencia aquellos aventureros desembarcaron en Panamá á fines de 1528, fueron recibidos con transportes de alegría por sus amigos, que les creían perdidos para siempre.

Las pomposas descripciones que hizo Pizarro de la opulencia casi increíble de los países que habia descubierto, y las quejas amargas que dejó oír sobre el llamamiento de sus soldados en una ocasion en que tan necesarios le eran para formar una colonia, no pudieron hacer que el gobernador de Panamá se separase de sus primeras resoluciones. Insistió siempre en que la colonia no se hallaba en estado de invadir un imperio tan poderoso, y se negó á autorizar una expedicion que no podia menos de arruinar la provincia confiada á sus cuidados, obligándola á hacer esfuerzos que no estaban en proporcion con los recursos con que contaba. Mas su oposicion sirvió tan solo para exaltar mas y mas el ardor de los tres asociados. Convencidos de que no podrian llevar adelante la ejecucion de su proyecto sin el apoyo de una autoridad superior,

resolvieron ir á solicitar del soberano el permiso que no podian alcanzar de su delegado. A este fin enviaron á España á Pizarro, que se habia encargado de sus comunes intereses. Hallábase de tal suerte agotada la fortuna de los tres socios por los gastos que llevaban hechos, que tuvieron no poca dificultad en procurarse la suma que necesitaban para los de aquel viaje. Segun Jerez, Pizarro pidió prestados á sus amigos algo mas de mil castellanos (unos cuarenta mil reales).

No desperdició este el tiempo: presentóse ante el emperador Cárlos V, sin turbarse y con una dignidad cual no debia esperarse de él, atendidos su nacimiento y su educacion, pero que justificaban el sentimiento que tenia de su mérito y los servicios hasta entónces prestados. El relato de sus padecimientos, y sus descripciones pomposas del Perú, confirmadas por los presentes que traía, hicieron una impresion tal sobre el monarca y sus ministros, que otorgaron sin vacilar su aprobacion al nuevo proyecto del intrépido aventurero. Aprovechóse de esas buenas disposiciones para hacerse conceder todos los títulos y toda la autoridad que podia hacerle desear la ambicion mas insaciable: fué nombrado gobernador, capitan general y adelantado de todos los territorios que pudiese descubrir y conquistar: diósele una autoridad absoluta tanto

en lo militar como en lo civil, con todos los privilegios concedidos hasta entónces á los conquistadores del Nuevo-Mundo. Su despacho llevaba la fecha del 26 de julio de 1529. Pero mientras que Pizarro se ocupaba con tanta actividad en sus propios intereses, y obtenia para Luque el título de obispo de los países que pudiese conquistar, descuidaba completamente los de Almagro, cual si temiera crearse un rival peligroso haciendo conferir funciones elevadas á un hombre capaz de desempeñarlas. Contentóse pues con hacerle nombrar gobernador del fuerte que debia levantarse en Tumbez; siendo este insignificante favor lo único que obtuvo el fiel asociado de Pizarro, quien merecia indudablemente mucho mas, así por la capacidad de que tenia dadas hartas pruebas, como por los trabajos y sacrificios con que habia tan eficazmente concurrido al nuevo descubrimiento.

Pizarro se encontraba independiente del gobernador de Panamá, y su propia jurisdiccion se extendia á doscientas leguas de la costa al Sur del rio de Santiago. En cambio de estas concesiones, que no obligaban á la córte de España á ningun socorro pecuniario ni á ninguna especie de asistencia, Pizarro se obligaba á reclutar doscientos cincuenta hombres y á procurarse las naves, armas y municiones necesarias para posesionarse de su futura conquista.

Para cumplir estas condiciones necesitábase encontrar dinero, y esta fué la parte mas difícil de su mision, y hasta es probable que no hubiera salido adelante con su empeño sin el apoyo del célebre Hernan Cortés, que se hallaba entónces en España, y que se hizo generosamente un deber de ayudar con su bolsillo á un bravo compañero de armas, á quien habia tenido ocasion de conocer y estimar. Pizarro reunió á su derredor algunos aventureros llenos de mérito y de talento, entre los cuales se encontraban sus cuatro hermanos, destinados todos á desempeñar un papel importante en los acontecimientos que nos hemos propuesto referir. Esos hermanos eran Fernando, Juan, Gonzalo y Francisco Martin de Alcántara. Este último lo era de Francisco Pizarro, pero tan solo por parte de madre: tal es al ménos la opinion de Zárate y de Garcilaso de la Vega, mientras que otros historiadores, y entre ellos Robertson, pretenden que Francisco de Alcántara, era hermano de la madre de Pizarro, lo que no estaria muy conforme con lo que se dice acerca el bajo origen de la familia materna de nuestro héroe. Por lo demás, hallábanse los cuatro en la flor de la edad, y su valor y sus talentos hacian que fuesen los mas aptos para secundar al gefe de la espedicion en todo cuanto pudiese emprender de difícil y grande.

A su llegada á Panamá (1530), Pizarro encontró á Almagro altamente disgustado por el modo como habian sido conducidas las negociaciones en la córte de España, llegando su resentimiento hasta á negarse á obrar de concierto con un hombre cuyos poco leales manejos le habian apartado del poder y de los honores á que tan legítimos derechos tenia. Hasta parece que se ocupó en formar una nueva sociedad, á fin de obrar independientemente de Pizarro. Tenia este empero demasiada prudencia y habilidad para no evitar un rompimiento que podia serle funesto, ya que Almagro contaba con numerosos partidarios en Panamá, y tanto por su categoría como por sus cualidades hubiera sido un rival peligroso. Interpusiéronse amigos comunes; secundólos poderosamente el obispo Luque, y habiendo consentido Pizarro en ceder á su antiguo socio el cargo de adelantado, Almagro, que á sus pasiones ardientes y fuertes unia una gran franqueza, se dejó vencer al momento. Siguióse á esto una reconciliacion, y se renovó la alianza con las anteriores condiciones. Todos los gastos debian hacerse en comun, y observarse una igualdad perfecta en el reparto de los provechos.

Apesar de esta union y de que los asociados hicieron todos los esfuerzos de que eran capaces, no pudieron reunir mas que ciento ochenta soldados

y treinta y siete caballos, y fueron equipados tres pequeños buques cargados de armas, de municiones y de vituallas, para transportar á esos hombres tan poco numerosos, como resueltos. Tales eran los menguados recursos con que contaba Pizarro: mas la esperiencia de lo que habia pasado ya en América parecia autorizar los sueños mas extravagantes, y los triunfos por Cortés alcanzados justificaban hasta cierto punto las audaces esperanzas de Pizarro.

Este partió en febrero de 1531, y como la estacion era á propósito, hizo el viaje en trece dias, apesar de haber sido arrastrado por los vientos y las corrientes á cien leguas al norte de Tumbes, y obligado á desembarcar sus tropas en la bahía de San Mateo. No queriendo perder tiempo empezó á avanzar por el sur sin desviarse de la orilla, tanto para que pudiese reunirsele mas fácilmente el refuerzo que esperaba de Panamá, como para asegurarse una retirada á sus naves en caso de algun descalabro. Esta marcha no fué ni fácil, ni venturosa. La costa del Perú es en diferentes puntos estéril, mal sana y poco poblada, y los españoles tenían ademas que atravesar los rios cerca de su desembocadero, donde su anchura hacia su paso mas difícil. Pizarro en vez de ganar la confianza de los naturales, les habia imprudentemente atacado y obligado á abandonar sus moradas: el hambre, el



esceso de la fatiga y enfermedades de diferentes géneros, redujeron los españoles á tan duros estre-
mos como los que sufrieran en la primera expedi-
cion. Correspondia tan poco lo que padecian á las
descripciones seductoras que les hiciera Pizar-
ro del país á donde les conducia, que muchos de
sus compañeros comenzaron á hacerle cargos, y que
sus soldados hubieran perdido toda confianza en él,
si hasta en aquella parte estéril del Perú, no hu-
biesen encontrado algunas huellas de riquezas y de
cultura, que parecian justificar los relatos de su ge-
fe. Por otra parte Pizarro persistia con teson en su
empresa, y á los acentos de las quejas oponia pa-
labras de gloria y de esperanza. Por fin el 14 de
abril llegó á la provincia de Coaco, y habiendo los
españoles sorprendido á los habitantes de su prin-
cipal poblacion, encontraron en ella vasos y ador-
nos de oro y plata por valor de mas de treinta mil
pesos, con otras riquezas que desvanecieron todas
sus dudas y reanimaron el valor hasta de los mas
descontentos, despertando sus ambiciosas esperanzas.

Transportado de gozo Pizarro á la vista de aque-
llos ricos despojos, que consideraba como los pri-
meros dónes de una tierra inagotable en tesoros,
envió inmediatamente una nave á Almagro con una
gran parte del botin. Al propio tiempo hizo partir
para Nicaragua otro buque con sumas considera-

bles, destinadas á personas influyentes de aquella colonia: medida que tomó, segun Zárate, para dar una alta idea de la riqueza del país, y con la esperanza de despertar en un gran número de aventureros el deseo de ir á reunírsele.

Púsose en seguida nuevamente en marcha; pero faltábale ese carácter conciliador que tanto habia secundado los planes del animoso y prudente conquistador de Méjico. Pizarro igual á este caudillo en todas las cualidades que constituyen el hombre de guerra, carecia completamente de esa política hábil y profunda que habia formado uno de los principales rasgos de la conducta de Cortés, y desdeñándose de emplear otros medios que la fuerza, atacaba abiertamente á los naturales y les obligaba á someterse ó á refugiarse en las regiones del interior.

Pizarro avanzó sin oposicion hasta la isla de Puná en la bahía de Guayaquil; pero los habitantes de dicha isla, mas aguerridos y animosos que los del continente, le opusieron una viva resistencia que duró cerca de seis meses. Cuando por fin fueron sometidos, Pizarro se trasladó á Tumbes, donde dió á sus soldados un reposo de tres meses, de que tenían absoluta necesidad despues de las fatigas que habian pasado, y sobre todo á consecuencia de las enfermedades por muchos contraídas.

Durante este tiempo el general empezó á recoger

los frutos del cuidado que habia puesto en esparcir por todas partes las noticias de sus primeros triunfos. En 1532 le llegó un refuerzo de Nicaragua, y aunque no se componia mas que de sesenta hombres, fué recibido con tanta mas alegría, cuanto que los dos oficiales que los mandaban, Fernando de Soto y Sebastian Benalcazar, gozaban de una gran reputacion y eran tenidos por dos de los mejores capitanes que habia en América.

El 16 de mayo Pizarro volvió á emprender sus operaciones dirigiéndose hácia la ribera del Piura, donde resolvió fundar un establecimiento que pudiese servirle de plaza de depósito. Escogió un sitio á propósito, y echó en ella los cimientos de la poblacion de san Miguel, que fué la primera colonia española del Perú: y luego se adelantó atrevidamente hácia el centro del vasto imperio que habia invadido, sin temer y teniendo en muy poco los peligros á que podia esponerle su temeridad.

Pizarro no dejaba perder ninguna ocasion de tomar informes acerca el país, cuyo conocimiento le era indispensable para la ejecucion de sus planes; y aunque le era sumamente difícil hacerse comprender de los naturales, puesto que no tenia intérprete, supo que se hallaba en las posesiones de un monarca poderosísimo, dueño de un territorio extenso, rico y fértil, pero que el país era presa de

disensiones civiles, circunstancia que le pareció del mejor agüero, y á la cual debió en efecto el que fuesen tan rápidos sus triunfos.

Hé aquí el cuadro trazado por Robertson de la situación en que se hallaba entónces aquella comarca. «Cuando los españoles abordaron por vez primera la costa del Perú en 1526, ocupaba el trono Huana Cápac, el duodécimo monarca desde la fundación de la monarquía, al cual nos representan como un príncipe que reunía los talentos militares á las virtudes pacíficas que distinguieran á sus antepasados. Había sometido el reino de Quito, conquista que dobló casi la riqueza y la estension del imperio. Quiso residir en esta hermosa provincia, y contra la ley antigua y fundamental de la monarquía que prohibía manchar la sangre real con ninguna alianza extranjera, se casó con la hija del rey vencido. Tuvo de ella un hijo llamado Atahualpa (1), á quien legó el reino de Quito á su muerte, acaecida hácia el año 1525, dejando sus demas estados á otro hijo suyo llamado Huascar, cuya ma-

(1) Este Atahualpa, nombrado aquí por Robertson, es el mismo Inca al cual llaman Jerez, Alabatipa, y Gomera y Zárate, Alabatiba. Nosotros hemos adoptado este nombre, ya que es el que se encuentra en los primitivos historiadores de Indias, por mas que tengamos que separarnos en esto del historiador inglés y del autor del compendio que traducimos. — *N. del T.*

dre era de sangre real. Por grande que fuese el respeto que tuviesen los peruanos á la memoria de un monarca que habia reinado con mas gloria que ninguno de sus predecesores, sus disposiciones relativas á la sucesion de la corona escitaron en Cuzco un descontento general, porque estaban en contradiccion con una costumbre tan antigua como la monarquía, y fundada sobre una autoridad mirada como sagrada. Alentado Huascar por la opinion de sus súbditos, quiso obligar á su hermano á que renunciase al reino de Quito, y á que le reconociese por su soberano; pero lo primero que habia procurado Atahualpa, habia sido ganarse la voluntad de un gran cuerpo de tropas que acompañara á su padre á Quito. Componíase de la flor de los guerreros peruanos, y Huana-Capac les debia todas sus victorias. Fuerte con semejante apoyo Atahualpa, eludió primero la pretension de su hermano marchando luego despues contra él con un ejército formidable.

«No era difícil preveer en tal situacion lo que acontecer debia: Atahualpa quedó vencedor y abusó cruelmente de su victoria. Convencido él mismo de la poca validez de sus derechos á la corona, propúsose extinguir la raza real, haciendo perecer á todos los hijos del sol que cayesen en sus manos. Conservó sin embargo la vida á su infortunado ri-

val: Huascar, hecho prisionero en la batalla que habia decidido de la suerte del imperio, fué perdonado por un motivo de política, á fin de que Atahualpa, mandando en nombre de su hermano, pudiese establecer mas fácilmente su gobierno.»

La autoridad del usurpador parecia entónces sólidamente establecida; pero su trono se hallaba cercado todavía de peligros. El partido que sostenia á Huascar, apesar de los descalabros sufridos, no estaba ni subyugado, ni completamente abatido, y era de presumir que empezara pronto una nueva lucha en favor del soberano legítimo.



CAPÍTULO III.

Marcha de Pizarro al interior. — Hace prisionero al Inca Atahualpa. — Proceso y muerte de este príncipe.

Gracias á esta disension entre los dos hermanos, los españoles llegaron hasta treinta leguas tierra adentro, sin que nadie intentase detenerlos. Pizarro no sabia como esplicarse la apatía de los indígenas, cuando llegaron á él mensajeros enviados por Huascar implorando la asistencia de los extranjeros contra el usurpador. El general comprendió en seguida toda la importancia de este paso, y previó las ventajas todas que podria sacar de la guerra civil que destrozaba el país. Determinó en su consecuencia avanzar mientras que la discordia ponía á los peruanos en la imposibilidad de atacarle con todas sus fuerzas, esperando que tomando la defensa de uno ú otro de los competidores, segun las circunstancias, lograria mas fácilmente destruir á los dos.

No podia sin embargo disponer de toda su gente: debia dejar en San Miguel una guarnicion capaz de defender este puesto, tan importante como pla-

za de retirada y como puerto, donde debian llegar los refuerzos que aguardaba de Panamá. En su consecuencia dejó en él cincuenta y cinco hombres, y partió el 24 de setiembre al frente de sesenta y dos caballos y ciento dos peones, de los cuales habia veinte armados de arcabuces y tres de mosquetes, llevando ademas sus dos cañones.

Entretanto Atahualpa hallábase acampado en Caxamalca, ciudad situada á unas doce jornadas de marcha de San Miguel. Aunque sabia que el ejército enemigo era muy numeroso, Pizarro avanzó con el mayor denuedo. Poco habia andado aun cuando se presentó á él un enviado del Inca, con un rico presente de parte de este príncipe, convidándole con su amistad é invitándole á pasar á Caxamalca. Acordándose entónces Pizarro de las medidas políticas adoptadas por Cortés en iguales circunstancias, recibió al enviado con la mayor benevolencia; dióse él mismo por embajador de un príncipe poderoso, y declaró que iba con la intencion de ofrecer á Atahualpa su auxilio contra los facciosos que le disputaban la corona.

Esta declaracion logró disipar los recelos y temores de los peruanos, los cuales, como los demás pueblos de la América, habian concebido las mas vivas inquietudes desde la primera aparicion de los extranjeros. ¿Debian considerarles como séres ce-

lestiales ó como formidables enemigos? ¿No era mas prudente conciliarse su amistad con la sumision, que aumentar su enojo con la resistencia? Tales eran las dudas que venian á disipar las palabras conciliadoras de Pizarro, y desvanecido todo recelo se permitió á los extranjeros que marchasen hácia Caxamalca.

Antes de llegar allí tuvieron los españoles que arrostrar todavía crueles sufrimientos: fué preciso atravesar un desierto estéril que se estiende entre San Miguel y Motapé, en un espacio de unas veinte y siete leguas, compuesto de llanuras arenosas, sin bosques ni agua. Los abrasadores rayos del sol hacian la travesía sumamente penosa, y el menor esfuerzo de los naturales hubiera podido ser fatal á la hueste de Pizarro. En seguida tuvieron que pasar por un desfiladero tan estrecho é inaccesible, que hubieran bastado unos pocos hombres para defenderlo contra un ejército numeroso. La imprudente credulidad de los peruanos no les permitió aprovecharse de estas ventajas, y Pizarro entró tranquilamente en Caxamalca el 25 de noviembre de 1532. Inmediatamente tomó posesion de un gran patio que fortificó para ponerse á cubierto de un golpe de mano; y sabiendo que Atahualpa celebraba una gran fiesta en su campamento á una legua de la ciudad, mandó allí á su hermano Fernando y Fer-

nando de Soto. Llevaban el encargo de confirmar las seguridades dadas por Pizarro acerca de sus intenciones pacíficas, y pedir para su jefe una entrevista con el Inca, á fin de esplicarle las intenciones que habian movido á los españoles á venir á su país. Engañado Atahualpa por estas protestas, recibió á los enviados con respeto y amistad, y les hizo comprender que iria él mismo al dia siguiente á visitar al caudillo extranjero. El porte noble del monarca, el órden que reinaba en su córte, el respeto con que se acercaban sus súbditos á su persona y ejecutaban sus órdenes, admiraron á los españoles. Mas sus codiciosas miradas fijáronse principalmente en las inmensas riquezas con profusion amontonadas en el campo. Los adornos que llevaban sobre sus personas el Inca y los nobles de su séquito, los vasos de oro y plata en que fué servida la comida, la multitud de utensilios de todas clases fabricados con aquellos preciosos metales les ofrecieron un espectáculo, que escedia á todas las ideas de opulencia que habia podido crearse su imaginacion.

Por el relato que hicieron á Pizarro, este fijó todos sus pensamientos en las medidas que debian tomarse para llevar á cabo un proyecto que desde su salida de San Miguel meditaba: llamó á su consejo á sus hermanos, á Soto y á Benalcazar y les

esplicó el plan que habia concebido. Despues de haberles demostrado cuanto les importaba tener al Inca en su poder, y recordado las ventajas que habia traído en Méjico el cautiverio de Motezuma, acabó por proponerles una medida semejante y que fué adoptada sin titubear.

En su consecuencia dividió sus sesenta ginetes en tres pelotones al mando de Soto, Benalcazar y su hermano Fernando: formó una sola masa de la infantería, escepto veinte hombres escogidos que debian ir con él donde quiera que el peligro lo exigiese, y mandó colocar las dos piezas de artillería delante del camino por donde debia llegar el Inca.

Al dia siguiente, 16 de noviembre, Atahualpa partió de su campamento para ir á visitar á Pizarro; pero queriendo dar á los extranjeros una alta idea de su poder y de sus riquezas, se puso en marcha con toda la pompa que desplegaba en las mas grandes solemnidades. Jerez, testigo ocular, describe aquella escena en estos términos: «La gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuertes, y talegas de piedras y hondas; que parecia que traían ruin intencion. Luego la delantera de la gente comenzó á entrar en la plaza; venia delante un escuadron de indios vestidos de una librea de colores á manera de escaques; estos venian quitan-

do las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venian otras tres escuadras vestidos de otra manera , todos cantando y bailando. Luego venia mucha gente con armaduras , patenas y coronas de oro y plata. Entre estos venia Atahualpa en una litera aforrada de plumas de papagayos de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata. Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto , y tras de esta venian otras dos literas y dos hamacas , en que venian otras personas principales ; luego venia mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. »

En cuanto Pizarro descubrió al Inca envió á su encuentro al padre Valverde , limosnero de la expedicion. Segun Jerez el padre Valverde se adelantó llevando un Crucifijo en una mano y la Biblia en la otra. Llegado cerca del Inca , le dijo por medio de su intérprete : « Yo soy un sacerdote de Dios ; yo « enseño á los cristianos las cosas del Señor, y ven-
« go á enseñáros las á vosotros. Yo enseño lo que
« nos ha enseñado Dios y que está contenido en es-
« te libro. En cualidad de tal te ruego de parte del
« Dios de los cristianos que seas su amigo , porque
« Dios lo quiere , y será para tu bien: ve á hablar al
« gobernador que te aguarda. » Atahualpa pidió que se le permitiera ver el libro que tenia el padre Valverde , y fuéle entregado cerrado. Como no pudiese

abrirlo , el religioso alargó la mano para enseñarle como debia hacerlo ; mas Atahualpa, no queriendo recibir sus instrucciones, le dió con desprecio un golpe en el brazo , y esforzándose en abrirlo , lo logró. No se admiró , como los otros indios , al ver los caractéres en el papel ; tiró el libro santo á cinco ó seis piés de distancia , y luego dijo con acento lleno de orgullo: « Estoy bien instruído de lo que habeis hecho en el camino , y de como habeis tratado á mis caciques y pillado las casas. » « Los cristianos no han hecho esto , respondió el padre Valverde : sino que habiéndose algunos indios llevado sus efectos sin que el gobernador lo supiese , este les ha despedido.

— Pues bien ! replicó Atahualpa , no me moveré de aquí hasta que me sea todo devuelto. » El religioso se volvió al gobernador con esta respuesta, mientras que el Inca poniéndose de pié en su litera exhortaba á los suyos á que estuviesen preparados para lo que acontecer pudiese.

Zárate refiere este hecho con circunstancias casi semejantes , solo que añade que cuando el padre Valverde vió las santas Escrituras profanadas por el Inca, que habia arrojado el libro santo al suelo , exclamó lleno de indignacion: « ¡ A las armas , españoles ! ¡ á las armas ! » Nos hacemos un deber en hacer observar que el exacto y concienzudo G. de

la Vega desmiente formalmente este llamamiento á la fuerza, de que algunos historiadores han acusado al padre Valverde con mas pasion que justicia.

Sea de ello lo que fuere, Pizarro, que durante esta conferencia habia tenido no poco que hacer para contener á sus soldados, impacientes por lanzarse sobre las riquezas que tenian á la vista, dió la señal del combate. Dejáronse oír al instante los instrumentos guerreros de los españoles, vomitaron fuego los mosquetes y los cañones, embistieron los caballos, y la infantería cayó espada en mano sobre los peruanos. Los pobres indios, admirados de un ataque tan brusco é inesperado, turbados por los terribles efectos de las armas de fuego y por la irresistible arremetida de aquellos monstruos, desconocidos para ellos, que llevaban los españoles, diéronse á huir por todas partes, sin probar siquiera defenderse. Pizarro á la cabeza de su tropa escogida, lanzóse en derechura sobre el Inca, y si bien los grandes de su acompañamiento, apiñándose en torno del monarca, le hacian un escudo con sus cuerpos, sacrificándose en su defensa, llegó muy pronto hasta él, y cogiéndole por el brazo, le hizo bajar de su litera y lo llevó á su tienda. La prision del monarca aceleró la derrota de sus tropas. Los españoles las persiguieron por todas partes, y continuaron degollando á sangre fria á los fugitivos que

no oponían la menor resistencia. La noche puso fin á la matanza en la que perecieron mas de cuatro mil peruanos (1). No murió ningun español , y solo Pizarro fué ligeramente herido en la mano por uno de sus propios soldados , en la prisa que se dió para apoderarse de la persona del Inca.

Las riquezas recogidas en el pillaje del campamento escedieron á la idea que se habian formado los españoles de la opulencia del Perú: los vencedores se entregaron á los trasportes de gozo que debían experimentar unos miserables aventureros, que experimentaban en un solo dia un cambio tan extraordinario en su fortuna.

Atahualpa no podia sobrellevar con calma un cautiverio tan inícuo como cruel. La terrible é imprevisible calamidad que sufría habíale de tal manera abatido, que durante algun tiempo le fué imposible pensar en los medios de hacer menos miserable su suerte. Pizarro , temiendo perder las ventajas que podia sacar de un preso de tal importancia , procuró disminuir el dolor del vencido con algunas palabras consoladoras ; pero viendo el Inca que las acciones del vencedor no estaban en armonía con sus mani-

(1) Jerez fija en 2000 el número de muertos ; Garcilaso lo hace subir á 5000 , y á 7000 Sancho. Nosotros hemos adoptado un término medio. — *N. del A.*

festaciones de respeto, le rechazó con desprecio. Estando entre los españoles no tardó en descubrir que la sed de oro era su pasión dominante, y concibió la esperanza de obtener su libertad satisfaciendo su avaricia. En su consecuencia ofreció un rescate tal, que llenó de admiración la imaginación de Pizarro, apesar de lo que conocia ya de las riquezas de aquel reino. «Atahualpa, escribe Jerez, dijo que daría de oro una sala que tiene veinte y dos piés en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está á la mitad del alto de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiría la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelas, y otras piezas, y que de plata daría todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliría dentro de dos meses.»

Esta propuesta fué aceptada, y Atahualpa, no cabiendo en sí de gozo á la idea de recobrar pronto su libertad, tomó las mas activas medidas para cumplir sus compromisos, y envió á todas las provincias mensajeros encargados de reunir los prometidos tesoros. Fernando de Soto y Pedro del Barco, obtuvieron el permiso de acompañar á los enviados que iban á Cuzco. Sabian que mientras que el Inca estuviese en poder de Pizarro nada se intentaría contra ellos, y en efecto por todas partes

por donde pasaron fueron recibidos con el mas profundo respeto.

El buen éxito completo y rápido que acababan de alcanzar, inspiró á los españoles tanta confianza como audacia, y daban ya por terminada la conquista del Perú. Acabóles de confirmar en esta idea la noticia que se recibió por entónces de que Almagro habia desembarcado en San Miguel con ciento cincuenta hombres y ochenta y cuatro caballos; refuerzo que doblaba de un golpe el número de los combatientes. El monarca prisionero, ignorando de dónde venian y con qué medios habian llegado al Perú aquellos nuevos extranjeros, no podia preveer donde se detendria aquella invasion y cuales serian sus consecuencias. Mientras que se hallaba agitado por estas inquietudes, vinieron á turbarle por otro lado nuevos motivos de alarmas. Supo que sus opresores habian entrado en relaciones con Huascar, su hermano. En efecto, al llegar Fernando de Soto á la ciudad donde estaba el príncipe preso, pidió verle. La visita del español reanimó las esperanzas del desgraciado príncipe, el cual imploró la proteccion de los extranjeros contra Atahualpa, y sabiendo la promesa hecha por este para obtener su libertad, se obligó, si se le restituía su trono, á llenar de oro hasta el techo el cuarto en que estaba preso. Por seductor que fuese este ofrecimiento, superior en

mucho al de Atahualpa, Soto no pudo aceptarlo, pero prometió al príncipe que haría todos los esfuerzos posibles para determinar á Pizarro á que escuchase sus proposiciones.

Los oficiales encargados de la custodia de Huascar, y que eran adictos á su rival, se apresuraron á informar á su monarca de la entrevista de Huascar y Soto, y esta noticia hizo nacer en su espíritu las mas vivas inquietudes. Estaba convencido de que los españoles no rehusarian tan brillantes proposiciones, y de que aprovecharian de buena gana el menor pretesto para dar una apariencia de justicia á sus miras interesadas. Por otra parte, como su propia conducta para con su hermano podia bastar para justificar la falta de fe de los españoles, pensó que su perdicion era inevitable, si Huascar conservaba la vida. Impresionado por esta idea envió órden formal de dar muerte á su hermano, órden que fué con toda puntualidad ejecutada; y luego temiendo que sus vencedores no le hiciesen un cargo de este crimen, puesto que les quitaba la esperanza de un nuevo rescate, afectó el mayor dolor, y sostuvo que sus capitanes habian cometido aquel delito sin su consentimiento.

En esto llegó Almagro á Cuxamalca, y sus soldados exaltados á la vista del oro que de todas partes traían, pidieron la reparticion del botin; unié-

ronse á ellos los de Pizarro , y fundióse aquella enorme masa de metal , despues de haber separado algunos vasos , preciosos por su trabajo , que fueron destinados al emperador.

El dia de Santiago de 1533 , Pizarro mandó celebrar una misa solemne , y se procedió al reparto de aquellas inmensas riquezas. « Hecha la cuenta, dice Jerez, reducido todo á buen oro , hubo en todo un cuento y trescientos y veinte y seis mil y quinientos y treinta y nueve pesos de buen oro, de lo cual perteneció á Su Majestad su quinto , despues de sacados los derechos de fundidor , doscientos y sesenta y dos , y doscientos y cincuenta y nueve pesos de buen oro. Y en plata hubo cincuenta y un mil y seiscientos y diez marcos , y á Su Majestad perteneció diez mil y ciento y veinte y un mil marcos de plata. De todo lo demas , sacado el quinto y los derechos del fundidor , repartió el gobernador entre los conquistadores que lo ganaron , y cupieron á los de caballo á ocho mil y ochocientos y ochenta pesos de oro y á trescientos y sesenta dos marcos de plata , y los de á pié á cuatro mil y cuatrocientos y cuarenta pesos y á ciento y ochenta y un marcos de plata , y algunos mas y otros á menos , segun pareció al gobernador que cada uno merecia , segun la calidad de las personas y trabajos que habian pasado. » Como el peso de aquella época equivalia á

100 de nuestros reales, resulta que cada ginete recibió, aun sin contar los marcos de plata, 888,000 reales. La parte de Pizarro y la de los oficiales fueron proporcionadas á sus grados, y por consiguiente muy considerables.

La historia no ofrece otro ejemplo de semejante fortuna adquirida en el servicio militar, y jamas fué repartido tan gran botin entre tan escaso número de soldados. Muchos de ellos viéndose mas ricos de lo que nunca se habian imaginado, pidieron á gritos su licencia á fin de ir á pasar el resto de sus dias en España. Pizarro, viendo que no podia esperar ya de ellos ni arrojo en los combates, ni en los trabajos paciencia, y convencido que donde quiera que fuesen la vista de sus riquezas moveria á una multitud de aventureros á ir á alistarse bajo sus banderas, permitió á mas de sesenta de ellos que acompañasen á España á su hermano Fernando, á quien enviaba para llevar al emperador los tesoros que le correspondian, con el encargo de relatarle lo sucedido.

Despues del reparto de su rescate el Inca requirió á Pizarro para que le pusiese en libertad; pero el general estaba muy distante de pensar en hacerlo. En su convenio con Atahualpa no habia tenido mas objeto que apoderarse de todas las riquezas del reino, y una vez logrado su objeto, léjos de

cumplir lo prometido, habia resuelto secretamente hacer perecer al desgraciado monarca. Muchas fueron las circunstancias que le determinaron, al parecer, á cometer este crimen, uno de los mas atroces con que se mancharon los españoles en la conquista de América.

Al imitar Pizarro la conducta observada por Cortés con Motezuma, carecia de los talentos necesarios para seguir con igual arte el plan adoptado por el conquistador de Méjico. No habian tardado á nacer las sospechas y la desconfianza entre el Inca y los españoles; el cuidado con que era preciso guardar á un preso de tanta importancia aumentaba mucho las dificultades del servicio militar, al paso que era poca la ventaja que el conservarlo reportaba; de suerte que pronto Pizarro no vió en el Inca mas que un estorbo del cual deseaba librarse.

Sin embargo de que se habia dado á los soldados de Almagro en el reparto cien mil pesos, á los cuales ningun derecho tenian, estaban todos descontentos: temian que mientras permaneciese Atahualpa cautivo, los soldados de Pizarro considerasen los tesoros que se podrian recoger en lo sucesivo como suplemento al rescate del príncipe, y que bajo este pretesto, quisieran apropiárselo todo. Así pues pedian con instancia su muerte á fin de que

todos los soldados de la hueste corriesen los mismos azares y tuviesen iguales derechos.

El mismo Pizarro empezaba á alarmarse por las noticias que le llegaban de las provincias apartadas del imperio : reuníanse tropas y sospechaba que el Inca habia espedido órdenes al efecto. Avivaban estos temores y sospechas los artificios de Filipillo, indio que servia de intérprete. Este hombre á quien sus funciones daban tambien un título en la casa del monarca cautivo, atrevióse, apesar de lo bajo de su nacimiento , á poner sus ojos en una de las parientas de Atahualpa , salida de sangre real, y no viendo ninguna esperanza de obtenerla mientras viviese el monarca , escitó á los españoles á que le quitasen la vida , alarmándoles con los designios secretos del preso , de que pretendia tener conocimiento.

A estas diferentes causas que concurrían á perder al desventurado Atahualpa, añadióse pronto otra, la mas poderosa de todas , porque tuvo su principio en el orgullo humillado de Pizarro. Entre las artes de Europa , escitaba sobre todo la admiracion del Inca la de la lectura , y queria tiempo hacia descubrir si era una habilidad natural ó adquirida. Para aclarar sus dudas pidió á uno de los soldados que le guardaban que escribiese en la uña de su pulgar el nombre de Dios , y enseñó en seguida aquellos caracteres á diferentes españoles , preguntándoles lo

que significaban; y con grande admiracion suya, todos le dieron sin vacilar la misma respuesta. Un dia como se presentase Pizarro ante el príncipe, este le alargó su pulgar, rogándole que leyese lo que en él estaba escrito: el gobernador se puso colorado, y se vió obligado á confesar lleno de confusion su ignorancia: desde aquel instante Atahualpa lo miró como un hombre vulgar, menos instruído que sus soldados, y no tuvo la habilidad de ocultar los sentimientos que aquel descubrimiento le habia inspirado. El general se sintió picado tan al vivo al verse objeto del desprecio de un bárbaro, que se decidió á hacerle perecer.

Mas á fin de dar alguna apariencia de justicia á una accion tan violenta y que podia ser severamente reprendida por el emperador, Pizarro quiso que el Inca fuese juzgado segun las formas observadas en España en las causas criminales. Él mismo, Almagro, y dos oficiales fueron los jueces; un procurador general acusó en nombre del rey: fué encargado de la defensa un abogado, y nombráronse secretarios para redactar las actas de aquel proceso extraordinario.

Las deposiciones de los testigos, interpretadas por el traidor Filipillo, fueron todas contrarias al monarca, y los jueces, cuya opinion estaba ya fijada de antemano, le condenaron á ser quemado vivo.

Al llegar al lugar del suplicio Atahualpa declaró que quería abrazar la religion cristiana: se hizo saber al gobernador, el cual ordenó que se le bautizase, y el reverendo padre Vicente de Valverde, que trabajaba en su conversion, le administró el sacramento del bautismo. Conmutósele entónces la pena, y en vez de ser quemado, segun disponia la sentencia, fué ahorcado. Al dia siguiente fué descolgado su cadáver de la horca fatal, y los religiosos, el gobernador, y los demas españoles le condujeron á la iglesia para sepultarle en ella con los mayores honores.

«Felizmente para el honor de la nacion española, dice Robertson, habia todavía hombres que conservaban sentimientos de honor y de generosidad dignos del nombre castellano. Aunque Fernando Pizarro habia salido para España, y que Soto habia sido alejado, este suplicio no se llevó á cabo sin oposicion. Muchos capitanes protestaron enérgicamente contra aquel proceso, que miraban como deshonoroso para su patria y contrario á todas las máximas de equidad, como una violacion de la fe pública y como una usurpacion de jurisdiccion sobre un soberano independiente. Inútiles fueron sin embargo todos sus esfuerzos: triunfó la opinion de los que consideraban como legítimo todo lo que creían serles ventajoso. La historia empero se com-

place en conservar el recuerdo de los generosos designios de los que trabajaron en librar á su patria de la infamia de tan gran crimen.»



CAPÍTULO IV.

Recibe Pizarro refuerzos. — Apodérase de Cuzco. — Expedición de Benalcazar á Quito. — Llegada de Alvarado. — Consiente en retirarse. — Fundacion de la ciudad de Lima. — Expedición de Almagro á Chile. — Levantamiento de los peruanos.

—

La muerte de Atahualpa aseguró la dominacion de los españoles. Los naturales, aterrados por los espantosos ejemplos que tenian á la vista, y ó sobrado indolentes ó débiles para tentar de espulsar á los extranjeros, léjos de hacer nuevos esfuerzos contra ellos, procuraban tan solo ganarse su buena voluntad. Encontrábanse con la muerte de los dos Incas sin gefes, sin bandera bajo la cual reunirse; y como si esto no fuera bastante, hallábanse además divididos en dos partidos poderosos, el uno de los cuales sostenia los derechos de Manco ó Mango hermano de Huascar, al paso que el otro apoyaba las pretensiones del hijo de Atahualpa. Este último era jóven y carecia de esperiencia, y este fué al que reconoció Pizarro, persuadido que esta-

ria mas dispuesto á degarse dirigir por él, que su competidor de mas edad y experiencia.

Los dos partidos hacian con actividad sus preparativos de guerra, y durante este tiempo simples generales aspiraban en otras provincias á la independencia y á la monarquía absoluta. El mismo Atahualpa sacrificando á su ambicion á todos los descendientes de la raza real, habia enseñado á los peruanos á no respetar los privilegios de los hijos del sol.

Los partidarios de aquel Inca, conservaban sin embargo una grande veneracion á su difunto monarca, y en cuanto Pizarro salió de Caxamalca desenterraron su cuerpo para trasladarlo á Quito. El gobernador de la ciudad, llamado Ruminiani, tan notable por su ambicion como por sus talentos y su valor, apenas supiera la muerte de su soberano, resolvió hacerse independiente. La traslacion de los despojos mortales de Atahualpa á Quito, sirvió á sus proyectos. Bajo pretesto de celebrar los funerales de su señor con la pompa y solemnidad dignas de su rango, invitó á la magnífica ceremonia que preparaba á todos los parientes del Inca y á los gefes que le habian sido adictos, de suerte que se encontraron reunidos en Quito todos los personajes del imperio. Ruminiani les invitó á un banquete, donde, segun él decia, debia tratarse de las me-

didias que convendría tomar para espulsar á los españoles. Hizo servir á sus convidados una bebida embriagadora llamada *sora*, y cuando hubo producido su efecto, Ruminiani cayó con sus partidarios sobre sus indefensos convidados, y los degolló sin piedad.

Las revueltas que agitaban al país y que no podían menos de ser provechosas á los españoles, animaron á Pizarro á marchar sobre Cuzco, emprendiendo esta conquista con tanta mayor confianza cuanto que acababa de recibir considerables refuerzos.

Los soldados á quienes habia permitido acompañar á su hermano Fernando, en cuanto llegaron á Panamá, hicieron ostentoso alarde ante sus compatriotas de los tesoros que del Perú traían. Derramóse en poco tiempo la noticia de sus victorias, y en especial de sus riquezas, por todas las colonias del mar del Sur; los aventureros de Panamá, Guatimala y Nicaragua sintiéronse todos inflamados del deseo de ir á reunirse con Pizarro, y tal fué el número de ellos que, despues de haber dejado en San Miguel una guarnicion imponente al mando de Benalcazar, el gobernador se encontró todavía al frente de quinientos hombres. Parecióle esta hueste tan considerable, que hasta descuidó tomar las precauciones necesarias contra la traicion y la sorpresa. Noticioso de ello Ben-Quizquiz, general pe-

ruano, reunió un ejército numeroso y convencido de que no podría resistir á los extranjeros en batalla campal, se puso en emboscada cerca del camino por donde debían pasar los españoles, y cayendo de repente sobre la retaguardia, mató diez y siete hombres é hizo ocho prisioneros; despues de lo cual marchó en retirada, burlando la vigilancia y actividad de Pizarro. Afortunadamente para los prisioneros habia entre ellos dos de los oficiales que habian intentado salvar á Atahualpa, y por respeto á ellos Quizquiz no solo perdonó la vida á los cautivos, sino que les mandó poner en libertad.

Despues de muchos combates, en que obtuvo siempre la ventaja, Pizarro entró en Cuzco, y los tesoros que allí encontró, resto de lo que los habitantes habian sacado ú ocultado, escedieron en valor al rescate de Atahualpa. Herrera dice, que separado el quinto perteneciente al rey, quedaron para repartirse 1.920,000 pesos de oro; y sin embargo los soldados no quedaban todavía satisfechos, apesar de haber recibido cada uno de ellos cuatro mil pesos.

En esto murió el hijo de Atahualpa sin que Pizarro pensase en darle sucesor. Mango Capac le inspiraba poco cuidado, por lo que dejó que fuese reconocido como soberano legítimo por toda la nacion.

Mientras que las tropas de Pizarro estaban de esta suerte ocupadas, el bravo y emprendedor Benalcazar suportaba con disgusto la inaccion á que estaba condenado; así pues aprovechóse de la llegada á san Miguel de algunas tropas de refresco para satisfacer sus instintos aventureros.

Despues de haber dejado suficientes fuerzas para la seguridad del fuerte confiado á su custodia, se puso al frente de las tropas que quedaban disponibles, y que consistian, segun Herrera, en ciento cuarenta hombres, contando peones y caballos, y en doscientos, segun Zárate, entre ellos ochenta ginetes. Su intencion era someter Quito, donde segun se decia, habia reunido Atahualpa todos sus tesoros. Ni la distancia á que se hallaba aquella ciudad, ni las dificultades del camino á traves de las montañas, ni los esfuerzos de Ruminiani, nada bastó á enfriar el ardor de Benalcazar y de sus compañeros: triunfaron en muchos encuentros de sus enemigos, y Ruminiani, obligado á abandonar Quito, tuvo que refugiarse en las montañas. Los vencedores sin embargo no sacaron de la toma de la ciudad las ganancias que se prometieran, porque en su fuga los habitantes se habian llevado todas sus riquezas.

La alegría que experimentó Pizarro por estos fáciles triunfos fué turbada por la noticia de un

acontecimiento de la mayor importancia, y que le hizo concebir las mas vivas inquietudes; tal era la llegada al Perú de un cuerpo numeroso de españoles, mandado por Pedro Alvarado. Este capitán que se distinguiera particularmente en la conquista de Méjico, habia sido nombrado gobernador de Guatimala y de toda la parte del Perú que pudiera descubrir fuera de la jurisdiccion de Pizarro. Vivia tranquilo y aburrido en su gobierno, cuando la gloria y las riquezas adquiridas por los compañeros de Pizarro, escitaron en él el deseo de lanzarse de nuevo á las agitaciones de la vida militar. Creyendo ó fingiendo creer que el reino de Quito estaba fuera de la jurisdiccion de Pizarro resolvió invadirlo. Su grande reputacion atrajo de todas partes voluntarios que iban á ponerse á sus órdenes, y se embarcó con quinientos hombres, de los cuales mas de doscientos eran nobles y servian á caballo. Desembarcó en Puertoviejo, y conociendo imperfectamente el país, marchó sin guias en derechura hácia Quito, siguiendo el curso del Guayaquil y atravesando los Andes hacia su nacimiento. Durante esta marcha por uno de los sitios mas agrestes de América, sus tropas debieron abrirse caminos por entre bosques y pantanos: ademas de estas fatigas sufrieron de tal suerte á causa de los rigores del frio en las alturas de las montañas, que antes de llegar al

llano de Quito habian perdido una quinta parte de la gente y la mitad de los caballos. Los que quedaban estaban desalentados y fuera de estado de pelear.

Noticioso Pizarro de la marcha de Alvarado hizo salir inmediatamente á Almagro con todos los soldados que no le eran absolutamente necesarios, con órden de que fuese á oponerse á los progresos de su rival, despues de haberse reunido con las tropas de Benalcazar.

Almagro y Alvarado se encontraron en presencia el uno del otro en la llanura de Riobamba, y desplegaron uno y otro sus fuerzas; pero los amigos de Pizarro no estaban muy dispuestos á venir á las manos, porque veían delante de ellos una hueste mucho mas numerosa que la suya, é ignoraban el estado de debilidad á que se hallaba reducida. Alvarado se adelantó arrojadamente para empezar el ataque, mas los soldados de los dos bandos se negaron á combatir, y se mezclaron los unos con los otros, conversando como antiguos camaradas. La mayor parte de ellos eran oriundos de Estremadura, y los habia en las dos huestes que estaban unidos por lazos de parentesco ó de amistad. El licenciado Coldera se apresuró á terminar una reconciliacion tan felizmente por la casualidad comenzada; sirvió de intermediario entre ambos

partidos , y despues de algunas pláticas terminó con satisfaccion de todos en amistosas paces lo que amenazaba ser comienzo de una guerra civil.

A consecuencia del tratado que siguió á aquella avenencia , Alvarado se obligaba á salir de la provincia de Quito y á dirigir sus armas hácia el Sur: convínose igualmente en que Alvarado, Pizarro y Almagro obrarian de concierto y partirian entre sí las ganancias de sus conquistas futuras. Tales eran las cláusulas públicas ; mas existia un artículo secreto, que no se creyó prudente divulgar por el temor de escitar el descontento de los soldados de Alvarado, y era el que Almagro pagaria á este gefe cien mil pesos en pago de su retirada.

Despues de este arreglo Alvarado permitió á sus soldados que quisieron hacerlo, el que pasasen al servicio de Pizarro , y ademas manifestó deseos de tener una entrevista con el gobernador, tanto para felicitar al que habia sido su antiguo compañero de armas , como para conocer el país sometido á los españoles. Pizarro sin embargo , aunque satisfecho de aquel resultado , gracias al cual una espedicion que parecia deber arruinarle, habia contribuido por el contrario á aumentar sus fuerzas, veía no sin inquietud á un rival tan temible prolongar su permanencia en el país. Temia que si Alvarado entraba en Cuzco la vista de las riquezas que encerraba no

le hiciese cambiar de resolución ; por lo que dióse prisa en reunir la suma prometida, que Almagro no habia podido pagar , y dejando el mando de Cuzco á sus hermanos , se trasladó á Pachacamac para aguardar allí á Alvarado , que llegó á los pocos dias.

Ya fuese por política , ó que en realidad estimase el carácter del afamado capitán que habia sido su compañero de armas , Pizarro no empleó en aquella circunstancia la pérfida doblez de que habia dado hasta entónces tantas pruebas. Algunos amigos de su confianza le aconsejaban que mandase prender á Alvarado y le enviase á España sin pagarle la suma convenida. Léjos de seguir este parecer, el gobernador no tan solo pagó á Alvarado los cien mil pesos prometidos , sino que le dió veinte mil mas para los gastos de su viaje. Los dos caudillos pasaron juntos algunos dias , como antiguos camaradas , hablando de sus peligros pasados y de sus esperanzas para lo porvenir , y separáronse haciéndose las mas vivas protestas de amistad. Alvarado regresó á Guatimala, y Pizarro se quedó en Pachacamac con la idea de establecer el asiento del gobierno en aquella costa. Cuzco en efecto, antigua residencia de los Incas , estaba situado en un rincon del imperio , á mas de cuatrocientas millas del mar , y á mas distancia aun de Quito. Fuera

de estas dos poblaciones no habia en el Perú ningun otro establecimiento que mereciera el nombre de ciudad y que pudiese determinar á los españoles á fijar en él su morada.

Recorriendo el país quedó Pizarro prendado de la belleza y fertilidad del valle de Rimac, y resolvió establecer en él la capital de su gobierno, en las riberas de un pequeño rio del mismo nombre del valle que riega, á seis millas de Callao, ensenada la mas cómoda del Pacífico. Dióle el nombre de Ciudad de los Reyes, porque puso su primera piedra el dia en que celebra la Iglesia la fiesta de la Epifania (enero de 1535). Mientras que el Perú perteneció á España se conservó este nombre en los actos públicos; pero la ciudad es mas conocida por el de *Lima*, que será el que le daremos en el curso de nuestra historia. Eleváronse con tanta rapidez los edificios de la nueva ciudad, que tomó pronto un aspecto imponente: el palacio magnífico que Pizarro habia mandado construir para él y las soberbias casas destinadas á sus principales oficiales, parecian anunciar desde entónces el alto puesto de grandeza á que debia llegar un dia aquella poblacion.

Antes de esta época habíase recibido la noticia de la llegada de Fernando Pizarro á España. La inmensa cantidad de oro y plata que traía escitó

aquí tanta admiracion , cual la habia causado en Panamá y demas colonias españolas. Pizarro fué recibido por el emperador con las atenciones debidas á quien le ofrecia un presente, cuyo valor escedia al concepto que se formaran los españoles de las riquezas de sus adquisiciones en América, aun despues de haber trascurrido diez años de la conquista de Méjico. El rey recibió 153,300 pesos de oro , 34,000 marcos de plata , con una gran cantidad de vasos y otros adornos preciosos, independientemente de 499,000 pesos y 54,000 marcos de plata, producto de diferentes regalos que le fueron hechos. Cárlos no dudó en colmar de honores á unos hombres que sometian á su imperio un país tan vasto y tan rico. Confirmó todos los privilegios anteriormente concedidos á Pizarro y aumentó su jurisdicción en 70 leguas de costa hácia el norte : toda la comarca debia llamarse la Nueva-Castilla. Concedióse á Almagro , con el título de adelantado, un territorio de 200 leguas de estension con el nombre de Nueva-Toledo. Fernando Pizarro fué nombrado caballero de Santiago , la primera de las órdenes militares españolas, y objeto en todos tiempos de las mas nobles ambiciones. Por último Francisco Pizarro fué elevado á la nobleza y recibió el título de marques. Satisfecho Fernando volvió al Perú , acompañado de muchos

voluntarios mas distinguidos por su nacimiento que la mayor parte de los que habian hasta entónces servido en América.

Hallábase Almagro en Cuzco cuando tuvo noticia de los privilegios que acababan de concedérsele. En cuanto se vió dueño de un gobierno propio creyó que era tiempo de sacudir la dependencia en que habia estado siempre con respecto á Pizarro. Pretendió al principio que Cuzco hacia parte de su jurisdiccion, y quiso ejercer en él una autoridad absoluta que dispertó los recelos de los amigos de Pizarro. Sus dos hermanos Juan y Gonzalo, auxiliados por muchas personas de distincion, quisieron dirigir á Almagro algunas quejas sobre la ilegalidad de su conducta, mas este gefe, escitado por los que se habian declarado partidarios suyos, se negó á escucharles. Tal fué el principio de esas disensiones que debian agitar todo el país, y que tan fatales fueron á los dos competidores. Suscitáronse disputas entre los amigos de los dos gefes, y las luchas que fueron su consecuencia costaron la vida á no pocos soldados. Informado Pizarro del triste estado en que se hallaban las cosas, apresuróse á partir para Cuzco: hizo el viaje con una rapidez sorprendente, y su presencia bastó, siquiera por el momento, para restablecer el órden.

La reconciliacion entre Pizarro y Almagro no

habia sido sincera. Este no podia olvidar la conducta de su consocio cuando su viaje á España ; y fuerza es confesar que habíase portado con él con perfidia é ingratitud. La política y el interés comun habian traído una reconciliacion ; pero Almagro se acordaba siempre de que habia sido engañado , y deseoso de vengarse , aguardaba tan solo la oportunidad de hacerlo. Cada uno de los dos gefes estaba rodeado de subalternos interesados en lisonjearles, quienes con el arte y la maldad propias de esta clase de hombres , agriaban sus mutuos recelos , y hacian que las mas lijeras faltas fuesen tomadas como insultos los mas graves. Apesar de esto se temian el uno al otro , y ninguno de ellos se creía bastante fuerte para llegar á un rompimiento. Pizarro , con una mezcla de dulzura y de firmeza , insistiendo con energía en los funestos efectos que tendrian aquellas disputas para el bien de todos y para su interés personal , y calmando el enojo de Almagro con protestas y promesas , logró hacerle renunciar á sus proyectos de ambicion y de independendencia. Así pues verificóse una nueva reconciliacion ; pero Pizarro , para quien Almagro era siempre un rival peligroso , quiso alejarle de Cuzco , ocupándole en algo. Presentóle la conquista de Chile como una empresa digna de sus esfuerzos , y para mas determinarle á intentarla , le prometió que si esa conquista no corres-

ponía á sus esperanzas , le indemnizaría cediéndole una parte del Perú. Almagro se apresuró á aceptar esta propuesta , que inflamando su ambición, caldeó su natural ardor por las expediciones y las aventuras ; y como para los españoles no tenía límites la idea que se habían formado de las riquezas y la estension de aquellas comarcas , Almagro se lisonjeó de conquistar provincias muy superiores, bajo todos conceptos , á las sometidas hasta entonces. Empezaron al momento los preparativos de la expedición , y como el número de los aventureros había aumentado considerablemente , Almagro reunió en poco tiempo hasta quinientos cincuenta hombres. Además de esta hueste, fueron enviados en diferentes direcciones destacamentos mandados por gefes escogidos á fin de reconocer y conquistar otros territorios.

Almagro partió á principios del 1535. Apesar de la amistad que parecía reinar entre él y Pizarro, tuvo cuidado , antes de su partida, de tomar todas las precauciones que pudieran ponerle á cubierto de la doblez de su cólega. Al efecto dejó en Cuzco á Juan de Herrada , su amigo fiel, que tenía á sus órdenes un gran número de hombres de lealtad probada , y que debía informar á su gefe de todos los acontecimientos que tuviesen lugar.

Almagro llevó consigo un hermano del Inca Ila-

mado Pallu, el gran sacerdote, muchas personas de distincion y un cuerpo de tropas de quince mil indios. Al frente de este considerable ejército púsose en marcha para descubrir y subyugar el reino de Chile, que hacian igualmente famoso sus riquezas y las disposiciones belicosas de sus habitantes.

La espedicion llegó sin dificultad á Charloy; mas al deliberar acerca el camino que debia seguirse, Almagro eligió el que ofrecia mas obstáculos y peligros, y apesar del consejo de Pallu resolvió atravesar las montañas en vez de marchar por el país que se estiende á lo largo de la costa. Varios eran los motivos que para ello tenia: en primer lugar el camino elegido era el mas corto; por otra parte su genio emprendedor le hacia despreciar las dificultades, y por último temia, siguiendo el camino indicado por Pallu, caer en emboscadas concertadas de antemano entre los indios. Despues de algunos dias de marcha pudo reconocer el yerro cometido: los españoles encontraron la nieve acumulada en tan grande cantidad, que no podian abrirse camino sino á costa de los mas grandes esfuerzos. Empezaron á dejarse sentir los efectos del frio mas intenso; los dias eran cortos, y despues de haber permanecido espuestos por espacio de tres crueles noches á todo el rigor del clima, un gran número de soldados sucumbieron. Habíanse

agotado los mantenimientos, y era imposible encontrar víveres en aquellas agrestes regiones. El ejército disminuía sensiblemente bajo el triple azote del frío, el hambre y la fatiga, y según G. de la Vega, no bajó de cincuenta españoles y de diez mil indios el número de los que perecieron en aquella marcha desastrosa.

Almagro llegó por fin á las llanuras de Chile, y reconoció que no le habían engañado al ponderarle la fertilidad del suelo y las riquezas del país. En los distritos sometidos al Inca recibió la mas favorable acogida, porque los naturales le veían acompañado del hermano de su señor, pudiendo hacerse de esta suerte con una gran cantidad de oro, que distribuyó generosamente entre sus compañeros, para recompensarles por los servicios prestados y alentarles á perseverar en su empresa.

A medida empero que fué internándose las cosas cambiaron de aspecto: los chilenos, sorprendidos al principio por el singular aspecto de los extranjeros, no tardaron en volver en sí de su admiración y terror, y atacaron á los españoles con una resolución, cual no habia habido aun ejemplo en aquella parte de América. Por último despues de muchas fatigas y peligros, Almagro tuvo que dejar su empresa sin terminar, llamado al Perú por una revolucion tan repentina como inesperada que

estallara en el país y que amenazaba anonadar el poder de los españoles.

Convencido Pizarro de que nada tenía que temer de los peruanos mientras tuviese en su poder el Inca, obligaba á Manco-Capac á residir en Cuzco, bajo pretesto de que esta ciudad era la residencia del soberano, pero en realidad para que estuviere á la vista de Juan y de Gonzalo Pizarro, á quienes su hermano recomendaba particularmente que le vigilasen cada vez que él se ausentaba de Cuzco.

El Inca había instado repetidas veces á Pizarro para que le restableciese en todas las prerogativas de su dignidad: habíase quejado vivamente de los honores irrisorios que se le tributaban, afectando reconocerle en público como soberano, mientras que en realidad era menos libre que el mas miserable de sus súbditos. Pizarro, que tenía poderosos motivos para querer evitar un rompimiento, eludió al principio el satisfacer á estas quejas, y luego para sustraerse á nuevas reclamaciones, pretestó ser necesaria su presencia en Lima, y salió de Cuzco. El Inca resolvió aprovecharse de su ausencia para ejecutar un proyecto que meditaba tiempo hacia: había observado que las fuerzas de los españoles estaban diseminadas, y que solo había en Cuzco un corto número de hombres. Por medio de inteligencias que mantenía con las provincias, mandó hacer

secretamente los preparativos de una sublevacion general , aguardando tan solo una ocasion favorable para escaparse y ponerse al frente de sus tropas , al propio tiempo que , á fin de no despertar las sospechas de sus guardadores , fingia una ciega sumision á las órdenes de Pizarro.

Por esta época (1536) llegó Fernando Pizarro á Cuzco : el Inca se manifestó mas que nunca resignado y sumiso , y cuando vió que este no abrigaba la menor desconfianza, pidióle permiso para ir á Jucay , donde tenia sus jardines de recreo , y donde , segun decia , debia celebrarse una gran fiesta nacional , prometiendo ademas á Fernando traerle la estatua de oro macizo de su padre Guaynacaba , que estaba en aquel sitio. Seducido por la esperanza de tan gran regalo , Fernando Pizarro consintió en lo que le pedia el Inca, y le dejó salir de Cuzco acompañado tan solo de algunos criados. Hallábanse reunidos ya en Jucay los personajes principales del imperio , sin que su presencia escitase la menor sospecha á causa de la fiesta anunciada. Todo este asunto habia sido conducido con tanto orden , y con tanta prontitud y sigilo , que los españoles no tuvieron noticia de la esplosion hasta que se hubo propagado en todo el país el incendio.

Manco-Capac arengó á los caciques , les conjuró que esterminasen toda la raza de sus enemigos , re-

comendóles que atacasen los pequeños destacamentos que recorrían el país degollando hasta el último soldado, mientras que dos ejércitos formidables sitiarian á Cuzco y á Lima.

Las órdenes del Inca fueron con religiosa puntualidad ejecutadas: desplegóse en todas partes el estandarte de la guerra, y donde quiera los peruanos tomaron las armas con una resolución igual á la apatía que hasta entónces habian manifestado. Marchó sobre Lima un poderoso ejército, mientras que una inmensa multitud, que hace subir Zárate á doscientos mil hombres, mandada por el mismo Inca, sitiaba á Cuzco. Al propio tiempo habian sido sorprendidos y destrozados algunos destacamentos españoles, y estas primeras ventajas habian inflamado á los indios, que ardian en deseos de librar al país de la presencia de los extranjeros.

Advertidos los tres hermanos de Pizarro del peligro que amenazaba á Cuzco, se apresuraron á enviar un mensajero al gobernador pidiéndole socorros, en tanto que hacian los mas vigorosos esfuerzos para oponer al enemigo una resistencia digna del renombre de las armas españolas y del valor que distinguia á su familia. Mas el gobernador no recibió el mensaje: Lima estaba ya sitiada, y los peruanos impedían las comunicaciones entre las dos ciudades, de suerte que los españoles que habia en cada una

de ellas empezaban á temer que eran ellos los únicos europeos que en el Perú existían. Proseguíase en especial el sitio de Cuzco con el mayor vigor: las fuerzas de Pizarro, que consistían tan solo en doscientos hombres, ochenta de los cuales eran de á caballo, tenían que defenderse contra un ejército de mas de doscientos mil indios. Ni siquiera estaba compensada esta desigualdad por la superioridad de las armas. Los americanos no se asustaban ya de las de fuego, ni á la vista de los caballos. Los que habían cogido espadas y picas á los españoles servíanse de ellas: otros, y el Inca era de este número, montaron los caballos de que se habían apoderado, y corrían con ellos al combate, cual si estuviesen acostumbrados á manejarlos desde su infancia.

Durante los nueve meses que duró el sitio de Cuzco, los peruanos desplegaron talentos superiores á los de los mejicanos y redujeron á los españoles á un estado casi desesperado. No había para estos ningún momento de reposo, y mientras que el enemigo podía llevar todos los días tropas de refresco al ataque, los sitiados, reducidos á un escaso número, desalentados y rendidos de fatiga, se veían obligados á sobrellevar de continuo nuevas penalidades. Sin embargo en este estado de desolación estaban mas que descorazonados rabiosos, y preparáronse á reunir sus postreros recursos, dispuestos á

perecer todos, haciendo contra sus enemigos un esfuerzo desesperado, antes que rendirse. Su posición era cada vez mas crítica, cuando vino á salvarles de repente un acontecimiento inesperado.

Almagro habia llegado á las inmediaciones de la ciudad. Detenido en sus proyectos de conquista, habia sabido el levantamiento de los peruanos, y venido á Cuzco sin determinacion fija, si bien habia realmente concebido el proyecto de apoderarse de la ciudad. Cuando hubo reconocido el estado de las cosas, vaciló acerca el plan de conducta que debia seguir. Al ver el ejército formidable de los sitiadores comprendió que tendria que combatir en los peruanos enemigos poderosos, al paso que haciendo alianza con ellos, le seria fácil vencer á Pizarro, cuya situacion era desesperada. Sin embargo su corazon de castellano se negaba á cometer este acto de felonía: por grandes que fuesen sus motivos de odio contra Pizarro, repugnábale volver sus armas contra sus compatriotas; y por otra parte era de temer, que en el caso de tomar este partido violento, los indígenas, tranquilos espectadores de aquella terrible lucha, fuesen los únicos en aprovecharse de ella.

El Inca por su parte queria impedir la union de los dos ejércitos españoles, y acudiendo á la astucia, hizo pedir á Almagro una entrevista á fin de

fijar las bases de un tratado. Su objeto secreto era hacerle asesinar; pero Almagro era sobrado prudente para entregarse ciegamente á su enemigo, y fué á la entrevista escoltado por un número considerable de sus mejores soldados, con lo que burló el plan tramado contra su existencia. Mientras que el Inca y Almagro se entregaban á inútiles negociaciones, Fernando Pizarro resolvió valerse también de la astucia. Envió mensajeros á Juan de Saavedra, que mandaba las tropas en ausencia de Almagro, que estaba entónces al lado del Inca, y le hizo los mas seductores ofrecimientos si consentia en abandonar el partido de su gefe. Mas Saavedra rechazó con desprecio todas las proposiciones que se le hicieron. De esta suerte los tres partidos permanecieron algun tiempo en la incertidumbre, observándose los unos á los otros, y no atreviéndose á tomar ninguna resolucion decisiva.

Por fin el Inca atacó á Almagro y fué rechazado con gran pérdida: desesperando entónces del triunfo, suspendió las hostilidades y dispersó su ejército. La indomable resistencia que le habian opuesto los españoles durante mas de un año le habia disgustado de una guerra que no le ofrecia ya ninguna esperanza de buen éxito, y al ver á sus enemigos reunidos se retiró del campo de batalla, dejando que los dos partidos se disputasen la victoria.

CAPÍTULO V.

Apodérase Almagro de Cuzco.— Hace prisionero á Fernando y Gonzalo Pizarro.— Derrota á Alvarado.— Negociaciones con Francisco Pizarro.— Su rompimiento.— Batalla de Salinas.— Prision de Almagro.— Su proceso y muerte.— Retrato de este caudillo.

—

No teniendo nada que temer ya de los naturales, Almagro avanzó rápidamente hasta las puertas de Cuzco, y envió mensajeros á los hermanos Pizarro para intimarles que evacuasen una ciudad donde solo él tenia derecho de mandar. Fernando contestó con dignidad y cordura que mandaba en Cuzco en nombre del gobernador, y que no abandonaria su puesto sin sus órdenes espresas: á mas de que, añadió, no era por la fuerza de las armas como debia hacer valer sus pretendidos derechos, sino por medio de negociaciones leales tratar con el gobernador.

Estos argumentos apoyados por la mediacion de los capitanes mas distinguidos de los dos bandos, que se veían con horror amenazados de una guerra civil, movieron á Almagro á concluir una tregua. Convínose en que Fernando enviaria un mensajero

á Lima para dar cuenta á Pizarro de lo que había pasado, y que hasta que llegase la respuesta los dos partidos se abstendrian de todo acto de hostilidad. Esta tregua no fué de larga duracion; los amigos de Almagro le echaron en cara que llevaba hasta el exceso la debilidad y la confianza; recordándole la conocida doblez de los Pizarro, le hicieron creer que Fernando solo se habia propuesto ganar tiempo para recibir refuerzos que le permitiesen continuar la guerra con ventaja, persuadiéndole por fin de que no debia dejar escapar una ocasion tan propicia de apoderarse de Cuzco.

Almagro se dejó convencer por estas razones, y como muchos de los soldados de Pizarro se habian pasado á sus banderas, creyó que arrastraria fácilmente á los demas. Decidióse pues á sorprender la ciudad y apoderarse de los gefes. Este plan le salió á medida de sus deseos: la guarnicion de Cuzco dormia descuidada, y cuando un soldado corrió á anunciar á Fernando que las tropas de Almagro entraban en la ciudad, aquel le respondió que debia equivocarse, puesto que un soldado y hombre de honor no podia faltar así á su palabra. En esto Almagro habíase apoderado de la poblacion: llegó sin obstáculo á la morada de los dos hermanos y les intimó que se rindiesen; mas estos se negaron á ello, y atrancando las puertas, preparáronse á una

defensa obstinada. Almagro mandó pegar fuego á la casa, y las llamas hicieron tan rápidos progresos, que los Pizarros, no teniendo otro medio de evitar una muerte horrible, se rindieron á discrecion. Cargóseles de cadenas, lo mismo que á los principales capitanes, y la autoridad de Almagro fué reconocida por todos.

A la primera noticia de la insurreccion de los peruanos, Francisco Pizarro habia enviado á pedir socorros á todas las colonias españolas, y mientras los aguardaba, habia defendido Lima con bravura. Cuando llegaron refuerzos dispersó al momento el ejército enemigo, y se halló en estado de enviar un cuerpo de tropas de quinientos hombres á las órdenes de Alfonso Alvarado y de Garcilaso de la Vega, el padre del historiador, para socorrer á Cuzco, si todavía era tiempo. Aquella pequeña hueste llegó á muy corta distancia de la capital, antes de que pudiese sospechar que tuviese que combatir otros enemigos que los indios; así que causó grande admiracion á Alvarado y á los suyos ver á sus compatriotas apostados en las orillas del Abancay resueltos á disputarles el paso. Almagro sin embargo hallábase todavía indeciso: temia empeñar una accion con tropas mas numerosas que las suyas, con tanta mas razon, quanto que teniendo en sus filas algunos soldados de Pizarro, podian estos abando-

narle en el momento del combate. Una circunstancia del todo inesperada vino á sacarle de su irresolucion.

Habia en la hueste venida de Lima un oficial llamado Pedro de Lerma, que quejoso de Pizarro, queria vengarse de él pasándose á Almagro. Escribióle pues para darle á conocer sus intentos, y le aseguró que en cuanto se acercase, se le reuniria con cien hombres. Almagro no despreció el aviso; púsose de acuerdo con Lerma, y atacó por la noche á Alvarado que, abandonado de parte de sus soldados, fué fácilmente vencido y hecho prisionero con sus principales gefes.

Con esta ventaja hubiera quedado resuelta la contienda para siempre, si Almagro, como sabia vencer, hubiese poseído el arte de aprovecharse de la victoria. Rodrigo Orgoñez, oficial de gran talento, que militando á las órdenes del condestable de Borbon, en sus guerras en Italia, se habia acostumbrado á las resoluciones atrevidas y decisivas, le aconsejó que hiciese morir á Fernando y Gonzalo Pizarro, Alvarado y algunos otros á quienes no podia prometerse ganar, y marchase en seguida sobre Lima con sus tropas victoriosas, antes que el gobernador tuviese tiempo de prepararse para la defensa. Almagro conocia todas las ventajas de este consejo y no carecia de la resolucion necesaria pa-

ra seguirlo ; pero cedió á sentimientos que no parecían convenir á su posicion, deteniéndose ante escrúpulos, honrosos sí, pero que parecían extraños en un gefe de partido que habia desenvainado la espada para provocar una guerra civil. Su humanidad le impidió derramar la sangre de sus adversarios, al paso que el temor de ser tenido por rebelde no le permitia entrar espada en mano en una provincia que su soberano habia dado á otro. Sabia muy bien que la querella entre él y Pizarro solo podia terminarse por medio de las armas, y no rehusó este modo de resolverla ; pero queria que su rival fuese considerado como agresor, por cuya razon tomó tranquilamente el camino de Cuzco, para aguardar que Pizarro fuese allí á buscarle (julio de 1537).

Este ignoraba aun todo lo que habia pasado : la vuelta de Almagro, la toma de Cuzco, la muerte de uno de sus hermanos, el cautiverio de los otros dos y la derrota de Alvarado, todas estas noticias llegaron á él al mismo tiempo, cual si la fortuna hubiese querido abatir de una sola vez su ánimo altivo y resuelto. Fué aquello un golpe terrible para el gobernador, quien á la par que deploraba la muerte de su querido hermano y temia por la existencia de los otros dos, sentia atormentado su espíritu por el orgullo, la humillacion y la sed de venganza, y pa-

recia deber sucumbir bajo el peso de tantos infortunios. Mas su valor indomable le dió fuerzas para resistir á este terrible golpe, y llamó en su auxilio toda su energía para detener los progresos del mal. Como era dueño de la costa y aguardaba considerables refuerzos en hombres y provisiones, importábale tanto ganar tiempo y evitar una batalla, como conveniente hubiera sido para Almagro activar sus operaciones y llegar pronto á una accion decisiva. En su consecuencia Pizarro entabló negociaciones con su rival, y con tal habilidad las condujo, que duraron muchos meses sin dar ningun resultado. Cansado de esas dilaciones Almagro se adelantó con su ejército hasta las fronteras de la jurisdiccion de Lima, donde se detuvo para aguardar la respuesta definitiva de Pizarro. Al salir de Cuzco se habia hecho acompañar por Fernando, que sabia que era enemigo suyo declarado, y de este modo tenia siempre en su poder un rehen importante. Confió el mando de la ciudad á Gabriel Rojas, cuya adhesion y valor le eran conocidos. Por mas activa que fuese la vigilancia de este capitán, no pudo burlar los esfuerzos que hacian Gonzalo Pizarro y Alvarado para recobrar su libertad. Los dos presos ganaron á los soldados encargados de su custodia, los cuales les proporcionaron en secreto armas y herramientas por medio de las cuales les fué fácil romper sus cadenas.

Una noche, en el momento en que Rojas habia ido á visitar á los presos, estos le cercaron, apoderáronse de él y le amenazaron con la muerte si gritaba. Rojas se sometió; Gonzalo y Alvarado salieron de la ciudad con un centenar de hombres, y no tardaron en reunirse con el gobernador. Esta fuga causó grandísima alegría á Pizarro, pero el cautiverio de Fernando le imponia la necesidad de continuar siguiendo la marcha política que le habia salido tan bien hasta entónces. Almagro por su parte desalentado por la fuga de sus presos y la defeccion de sus soldados, y asustado de los grandes preparativos que hacia Pizarro, parecia dispuesto á venir á un acomodamiento. Esto era lo que Pizarro deseaba; así pues nombró cada uno de ellos dos parlamentarios con plenos poderes para tratar. Los primeros artículos del convenio establecian que Fernando seria puesto en seguida en libertad y que pasaria á España, acompañado de un criado de Almagro para someter al rey la causa de su contienda, y que entretanto los dos rivales permanecerian en posesion de los territorios que cada uno de ellos ocupaba. Almagro no vió el lazo que se le tendia: firmó el convenio y puso al momento á Fernando en libertad. Desde el instante en que Pizarro no tuvo que temer por la vida de su hermano, se quitó la máscara y declaró que solo con las armas en la

mano debia decidirse quien de los dos entre él y Almagro seria dueño del Perú. Hizo los preparativos con la prontitud que resolucion tan atrevida reclamaba y convenia á su carácter. Pronto tuvo setecientos hombres en estado de marchar sobre Cuzco, y dió el mando de ellos á sus dos hermanos, en quienes podia contar para la ejecucion de las medidas mas violentas, puesto que, ademas de su ambicion, se hallaban animados por el reciente recuerdo de su prision y de sus sufrimientos. Despues de haber intentado, aunque sin éxito, atravesar las montañas para llegar por un camino directo á Cuzco, marcharon por la costa hasta Nasca, desde donde torciendo á la izquierda, penetraron en los desiertos del ramal de los Andes que les separaba de la capital. Almagro, en vez de seguir el consejo de sus capitanes que querian que procurase defender los pasos difíciles, aguardó á su enemigo en la llanura de Cuzco. Dos razones habíanle determinado á tomar esta resolucion: no tenia mas que quinientos hombres, y temia debilitarse mas enviando destacamentos á las montañas; y como por otra parte su caballería era mas numerosa que la de los Pizarros, no podia aprovecharse de esta ventaja sino combatiendo en un país llano.

No tardaron los dos ejércitos en encontrarse, mostrando igual impaciencia para poner fin á una

querella que duraba tanto tiempo hacia. Compatriotas y combatiendo poco antes bajo el mismo estandarte, los españoles podían ver las montañas que rodeaban la llanura cubiertas de numerosas partidas de indios, reunidos para gozar del placer de verles degollarse mutuamente, y dispuestos á atacar en seguida al partido que quedase vencedor. Mas todas esas consideraciones de nada servían ante el cruel rencor de que se hallaban animados: no se dió en uno y otro bando ningun consejo de paz; no se dejó oír ninguna propuesta de arreglo. Desgraciadamente para Almagro su edad avanzada no le permitía suportar largos trabajos, y estenuado en aquel momento crítico por las fatigas y privado de su actividad ordinaria, se vió obligado á confiar el mando á Orgoñez, el cual, aunque escelente capitán, no era tan amado de sus soldados ni ejercía sobre ellos tanto ascendiente como el gefe, á quien estaban acostumbrados á seguir y á respetar.

El 6 de abril de 1538 dióse pues la sangrienta batalla de Salinas, la cual empezó por una carga de caballería sostenida de una y otra parte con indecible teson. Fernando fué derribado de caballo con no poco riesgo de su vida. El combate se hizo pronto general y terrible. Almagro tenía mayor número de veteranos y de ginetes, mas estas ventajas estaban compensadas por parte de los Pizarros, por

dos compañías de mosqueteros bien disciplinadas, que el emperador habia enviado de España al saber el levantamiento de los indios. En aquella época el uso de las armas de fuego estaba poco generalizado en América entre los aventureros, que se equipaban sin regularidad y á sus espensas; así pues aquella pequeña partida de mosqueteros fué la que decidió la suerte de la jornada: donde quiera que llevaba su fuego, bien dirigido y sostenido, derribaba todo cuanto tenia delante. Cuando el enemigo comenzó á batirse en retirada, los Pizarros reunieron todos sus recursos para hacer un último esfuerzo. En aquel momento Orgoñez fué herido y cayó de caballo: aquella fué la señal de la derrota: las tropas de Almagro se dispersaron en todas direcciones, y los que escaparon á la matanza debieron tan solo su salvacion á la fuga.

Demasiado débil para tenerse á caballo y para tomar una parte activa en el combate, Almagro, llevado en una litera, seguia desde lo alto de una colina el movimiento de los dos ejércitos, y presenció la derrota de los suyos con la indignacion de un viejo capitan acostumbrado tiempo hacia á la victoria. Viéndolo todo perdido intentó huir; mas Gonzalo y Alvarado lanzáronse ellos mismos en su seguimiento, y lograron apoderarse de su persona.

Una de las circunstancias mas notables de esta

desastrosa jornada, fué la inaccion de los indios, que dejaron perder una ocasion tan propicia para esterminar de un solo golpe á casi todos sus enemigos. Habian muerto ciento cuarenta españoles, y hallábanse los demas tan estenuados por sus heridas y el cansancio, que les hubiera sido imposible defenderse contra la multitud de los peruanos. Nada en la historia del Nuevo Mundo prueba quizás mejor que este hecho el admirable ascendiente que habian tomado los españoles sobre los americanos. Estos se contentaron con despojar á todos los que encontraron en el campo de batalla, así á los muertos como á los heridos.

Los Pizarros mancharon su victoria con actos de atroz crueldad. Orgoñez, de Lerma y muchos otros partidarios de Almagro fueron muertos á sangre fria, sino por órden de los gefes, al menos con su aprobacion. Cuzco fué entregado al pillaje, y los vencedores encontraron un botin considerable formado en parte de lo que quedaba de los tesoros de los indios, y en parte de las riquezas recogidas por sus adversarios tanto en el Perú como en Chile.

Solo faltaba entónces ocuparse en la suerte de Almagro, la cual no parecia dudosa, puesto que desde los primeros momentos se habia resuelto su muerte. No atreviéndose sin embargo á hacerle perecer secretamente, los Pizarros quisieron cubrir su ven-

ganza con un simulacro de justicia, y resolvieron hacerle comparecer ante una comision encargada de juzgarlo. Temieron sin embargo que los antiguos partidarios del acusado, incorporados á sus tropas, no verian á sangre fria á su intrépido é infortunado caudillo conducido como un vil criminal á una muerte ignominiosa, despues de los grandes servicios que habia prestado; por cuyo motivo Fernando Pizarro creyó deber retardar el momento en que podria satisfacer el odio que contra Almagro alimentaba. No tardó en presentarse la ocasion que deseaba. El botin recogido en el saqueo de Cuzco no habia correspondido á las esperanzas de los vencedores, y murmuraban ya de la inaccion en que se les tenia. Fernando propuso en su consecuencia á varios capitanes que se pusiesen al frente de algunos destacamentos á fin de recorrer el país. Esta proposicion, tan conforme con el carácter y el deseo de los aventureros, fué recibida con alegría: preparáronse algunas espediciones, y Fernando tuvo buen cuidado de hacer que tomasen parte en ellas todos los antiguos soldados de Almagro y aquellos de sus compañeros de quienes no estaba enteramente seguro.

En cuanto hubieron partido los destacamentos, Fernando se apresuró á llevar á cabo sus proyectos: nombró un tribunal encargado de examinar la con-

ducta de Almagro, procesado como culpable de traicion y rebeldía. Entre los cargos que se le hicieron, se le acusaba de haber entrado á la fuerza en Cuzco, entablado negociaciones con el Inca contra los españoles, y hecho derramar la sangre de sus compatriotas en los combates de Abançay y Salinas. Estos cargos fueron fácilmente probados y Almagro fué condenado á muerte. La noticia de la sentencia pronunciada contra él fué para el viejo caudillo un golpe terrible. Por grande que fuese la animosidad y el odio de Fernando, Almagro no habia pensado nunca que le hiciese morir, en el momento sobre todo en que se hallaba imposibilitado de tentar el menor esfuerzo para alcanzar de nuevo el poder: y entónces aquel anciano desafortunado, luchando á la vez contra la enfermedad, el pesar, la debilidad y la vergüenza, faltó á su carácter implorando la compasion de un hombre cuyo corazon no soñaba mas que con la venganza.

Fué para el ejército un doloroso y desgarrador espectáculo ver á ese bravo veterano, á ese hombre que habia pasado toda su vida en el servicio de su patria, á ese caudillo á quien, despues de Pizarro, debia España la conquista del Perú, echarse á los piés de su venturoso rival, y suplicarle con lágrimas en los ojos, que le dejase un resto de vida. Almagro recordó á Fernando que tambien él

habia estado en su poder y que sin embargo habia respetado sus dias ; le hizo presente los servicios hechos á su patria , la antigua amistad que le unia con el gobernador á cuya elevacion y fortuna habia tan poderosamente contribuído. Fernando eludió el contestar á estas razones, que no admitian réplica , y manifestó sorpresa y vergüenza de que un soldado español , de un mérito tan señalado como Almagro , se mostrase tan apocado en presencia de la muerte. Este sangriento insulto desgarró el corazon del anciano y le devolvió toda su energía : dejó de suplicar y se dispuso á sufrir su suerte con calma y firmeza. El único alivio que alcanzó en el rigor de su sentencia fué que seria ahorcado en la cárcel y decapitado públicamente. Ejecutóse la sentencia , y Almagro recibió la muerte con una tranquilidad y valor dignos de su renombre militar y de sus antiguas hazañas. Tenia entónces setenta y cinco años de edad. Antes de morir nombró para sucederle en su gobierno , en virtud de los poderes que tenia del emperador , á su hijo Diego , preso entónces en Lima. Francisco Pizarro no dió la menor importancia á este testamento , que fué mas adelante un manantial fecundo de disensiones y calamidades.

Tal fué el deplorable fin de D. Diego de Almagro , uno de los mas distinguidos conquistadores del

Nuevo Mundo. No era tan solo un soldado de un mérito superior; era además un hombre dotado de grandes talentos, y que ofrecía bajo este punto de vista un singular contraste con Pizarro. La conducta de Almagro iba acompañada de cierta franqueza y generosidad caballeresca, mientras que en la de Pizarro se veía á menudo una doblez refinada, y la determinacion fija de sacrificarlo todo á sus miras políticas. La vida de Almagro no está ciertamente al abrigo de justas acusaciones; pero si bien cometió muchas faltas, no tuvo jamas que echarse en cara esos excesos de crueldad que manchan la memoria de Pizarro. Independientemente de los importantes servicios que prestó en la conquista del Perú, España le debe el descubrimiento del reino de Chile, que fué con el tiempo una de sus mas productivas posesiones en América.



CAPÍTULO VI.

Viaje de Fernando Pizarro á España.— Su prision.— Medidas que tomó el gobierno.— Expedicion de Gonzalo Pizarro á la *Canela*.

La muerte de Almagro y la dispersion de sus partidarios pusieron término por algun tiempo á las disensiones civiles de los españoles. El gobernador, disfrutando por fin de una tranquilidad completa, empleó aquellos momentos de reposo en organizar con regularidad las provincias á que su jurisdiccion se estendia. Sometió en poco tiempo el territorio de Callao, y fué á Cuzco á fin de consultar con sus hermanos sobre las medidas que para lo futuro convenia adoptar. El primer objeto en que se ocuparon fué en los medios que emplearse debian para prevenir la impresion desfavorable que podia producir en el ánimo del emperador la muerte de Almagro. Resolvióse que Fernando pasaria inmediatamente á España para justificar su conducta y atribuir toda la falta á la rebelion de aquel caudillo; y en su consecuencia partió en 1539, contra el pa-

recer de sus mas fieles amigos , que hacian observar lo imprudente que era enviar á España, precisamente aquel sobre quien en especial recaía la acusacion de la muerte de Almagro.

Fernando apareció en la córte con una pompa y una magnificencia que admiró al pueblo, mas apesar de la audacia con que se presentó ante el monarca , apercibióse pronto que no podia contar con el favor imperial. En efecto, Diego de Alvarado y algunos amigos de Almagro, que lograron escaparse despues de la batalla de Salinas, habian pasado inmediatamente á España, donde no habian dejado de instar á los ministros para que se procesara á los Pizarros. Conocidos de todos eran los hechos que se alegaban , habiendo logrado alarmar al gobierno sobre la tiranía que ejercian los tres hermanos. Acusábaseles de haber establecido en América el mas violento despotismo, no solo con los indios, sino hasta con los españoles : decíase que habian sido los agresores en las contiendas con Almagro, en las cuales se habian conducido con una crueldad y una perfidia inauditas. Nada en una palabra se habia olvidado de lo que podia hacerles parecer culpables. Estas acusaciones, con frecuencia repetidas, produjeron su efecto, y el monarca indignado mandó que se abriese al momento una informacion acerca los asuntos del Perú.

Fernando no era hombre para ceder ante las amenazas y ante acusaciones que ningun testigo apoyaba: defendió su causa con una sangre fria imperturbable, y rechazando sobre sus adversarios todo lo odioso de la guerra civil, movió por fin á Carlos V á que escuchase sus recriminaciones. El gobierno por otra parte temia exasperar á Francisco Pizarro, quien á tan larga distancia y con los recursos de que disponia, podia muy bien declararse independiente. El ministerio, completamente imparcial en esta ocasion, sacaba de los relatos que uno y otro partido le hacian la consecuencia natural de que los asuntos del Perú estaban sumamente embrollados, y que era mas que probable que los indios acabarian por aprovecharse de la desunion de los españoles para sacudir su yugo. Era sin embargo mas fácil conocer el mal que hallar el remedio. Estaba tan distante el sitio donde aquellos hechos pasaban que era poco menos que imposible señalar á un administrador la conducta que seguir debia; y ántes que pudiese seguirse en el Perú plan alguno aprobado en España, su ejecucion podia ser funestísima á causa del cambio de las circunstancias y de la situacion de los partidos. El único medio de averiguar la verdad, era enviar al Perú un hombre influente que tomase informes exactos sobre el estado del país. No era fácil la eleccion de ese envia-

do: necesitábase un hombre de elevada categoría para desempeñar aquella mision con la dignidad é importancia convenientes; bastante imparcial para no ceder á las influencias locales, y que estuviese dotado del talento necesario para llegar al conocimiento exacto de la verdad en medio de los informes contradictorios que naturalmente debia recibir. La eleccion del monarca recayó en D. Cristóbal Vaca de Castro, magistrado de la cancillería de Valladolid, é igualmente recomendable por sus talentos, su integridad y su energía. No se señaló á su mision ningun carácter particular; sino que debia ejercer poderes diplomáticos, políticos, judiciales ó absolutos, segun las circunstancias. Si á su llegada al Perú encontraba vivo á Francisco Pizarro, debia desempeñar tan solo las funciones de juez y obrar en apariencia de concierto con el gobernador; mas en el caso de que este no existiese Vaca de Castro debia ejercer una autoridad ilimitada.

Veíase manifiestamente en estas instrucciones la intencion de no herir el orgullo de Pizarro, cuyo carácter y poder se temian: distintos eran empero los sentimientos del gobierno con respecto á Fernando. Las acusaciones dirigidas contra él en particular eran de tal naturaleza que no se las podia mirar con indiferencia. Por otra parte, sacrificándole se daba una satisfaccion á los enemigos de Almagro, al pú-

blico un ejemplo imponente de justicia, y se impedía á un hombre peligroso el que fuese á reunirse con su hermano. La política aconsejaba esta medida, y el rey, sin miramiento á los derechos que á su indulgencia tuviese Fernando, y olvidado sus grandes servicios pasados y sus largos infortunios, le mandó cargar de cadenas y encerrarlo en un calabozo. Tal es al menos la version de Garcilaso de la Vega y de Gomara; si bien otros historiadores dan á esa órden un motivo de muy distinta naturaleza: pretenden que Fernando fué preso y aherrojado porque se tuvieron vehementes sospechas de haber hecho envenenar á Diego de Alvarado, que le habia propuesto cinco dias antes un combate singular; hecho que nos parece de tal suerte contrario al carácter de Fernando, que lo trasladamos y sin darle crédito. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que estuvo veinte y tres años preso, y que cuando fué puesto en libertad tenia el cuerpo y el ánimo quebrantados por la vejez y los sufrimientos. Quedó pobre y sin influencia, y pasó el resto de sus dias en el abandono, como casi todos los que, habiendo contribuido á la conquista de América, no perecieron en los combates ó en el cadalso.

Durante este tiempo Francisco Pizarro, que no tenia que temer ya ni la faccion de Almagro, ni á los indios, empezaba á desconfiar de sus propios

soldados, descontentos de la manera como acababa de repartir las tierras. Si hubiese hecho este reparto con imparcialidad, era bastante estensa la comarca para proporcionarle con que recompensar á sus partidarios y ganar á sus enemigos; mas Pizarro se condujo con toda la injusticia de un gefe de partido, y no con la equidad de un juez que aspira á recompensar el mérito. Empezó por tomar para sí, ó para sus hermanos y favoritos grandes distritos en los puntos mejor cultivados y mas poblados. Los demas no recibieron en lotes sino los terrenos menos fecundos ó peor situados. Los soldados de Almagro, entre los cuales se hallaban muchos de los primeros aventureros, á cuyo valor y perseverancia debiera Pizarro la mayor parte de sus triunfos, fueron totalmente escludidos de la propiedad de las tierras por ellos conquistadas. Como la vanidad de cada cual le hacia dar un valor escesivo á sus servicios, todos los que se creyeron burlados en sus esperanzas pusieron el grito en el cielo contra la injusticia y la rapacidad del gobernador, mientras que los partidarios de Almagro murmuraban en secreto y meditaban vengarse. A fin de apaciguarlos Pizarro acudió al arbitrio que habia sido ensayado ya otras veces con buen éxito; tal fué el disponer diversas expediciones, que tuvo buen cuidado de formar en gran parte con los descontentos.

De todas aquellas expediciones ninguna fué mas notable y tuvo mas importantes resultados que la de Gonzalo Pizarro. Encargado por su hermano de conquistar las provincias de Callao y Chanas, mas de doscientas leguas distantes de Cuzco, tuvo que luchar contra numerosas partidas de indios que defendieron su país con valor y obstinacion. En uno de los combates que tuvo que sostener, Gonzalo se vió cercado por una multitud de indios, y solo debió la vida al arrojó de cuatro de sus caballeros. Por fin despues de un sin número de peligros, de combates y de sufrimientos, Gonzalo logró someter aquellas provincias, donde echó los cimientos de una colonia que fué llamada despues la Plata, á causa de las minas que se descubrieron en el territorio.

En este intermedio, Francisco Pizarro, ocupado siempre en engrandecer su poder y aumentar sus riquezas, y que no cesaba de tomar informes acerca los países situados fuera del imperio de los incas, supo que mas allá de las fronteras del reino de Quito, existia un país rico y estenso, conocido con el nombre de tierra de la Canela, á causa del inmenso número de canelos que habia en ella: en su consecuencia llamó á Gonzalo y le propuso que ensayase una expedicion á dicho país. Esta proposicion fué aceptada con gusto: Gonzalo, el mas jóven

de los tres hermanos, igualaba á los otros dos en valor, en audacia y en ambicion. El deseo de crearse un gobierno estenso é independiente le hizo olvidar los sufrimientos que acababa de experimentar en su todavía reciente expedicion, y su ardor guerrero no hizo mas que exaltarse con la idea de los nuevos peligros que iba á arrostrar. A fin de ayudarlo cuanto posible fuese, su hermano le dió el gobierno de Quito, donde debia encontrar soldados y provisiones. Habiendo de esta suerte reunido trescientos cincuenta hombres, la mitad de ellos ginetes, y cuatro mil indios, partió para su arriesgada expedicion á principios de 1539. Mientras que los españoles marcharon por las provincias sometidas á los incas, fueron por todas partes tratados con cordialidad y respeto por los indios; mas en cuanto pusieron los piés en el territorio de los quizos, viéronse atacados con furor por los naturales. Comprendieron desde entónces que debian esperar encontrar una obstinada resistencia, y sin embargo los fenómenos físicos que presenciaron les asustaron mucho mas que los enemigos con quienes tenian que combatir: los terremotos, los huracanes mas terribles mezclados con truenos, llenaron de terror hasta á los mas animosos. Por espacio de dos meses que duró aquel espantoso temporal, no pudieron hallar ningun abrigo, y ni siquiera podian hacer secar sus vesti-

dos. Para mayor desgracia empezaron entónces á subir los Andes, y el frio llegó á ser pronto tan intenso, que arrebató un gran número de indios, poco acostumbrados á una temperatura tan baja.

Entraron en seguida en una llanura de una estension inmensa, que atravesaron con la mayor dificultad. En Cumaco, poblacion situada al extremo de aquella llanura, encontraron víveres, de que carecian tiempo hacía, y los soldados, abrumados de fatiga, tomaron un descanso de que tenian extrema necesidad. Gonzalo dejó allí la mayor parte de su gente, y al frente de un escaso número de compañeros mas vigorosos ó mas avezados á las fatigas que los otros, partió para buscar un camino por el cual su reducida hueste pudiese continuar con mas facilidad su viaje. En esa marcha los españoles se vieron obligados á alimentarse de frutos silvestres y de raíces, y no podian dar un paso sin tener que abrirse camino por entre bosques ó en medio de pantanos. Trabajos tan contínuos, en medio de tan grandes privaciones, parecen superiores á la naturaleza humana: mas qué no vencía la constancia de aquellos soldados del siglo XVI?

Despues de haber superado estas dificultades, llegaron á la provincia de Cuca, y descubrieron el Cuca ó Napo, uno de los grandes rios que desembocan en el Marañon. Gonzalo resolvió aguardar allí la

llegada de la gente que habia quedado rezagada y que debia seguirle á cortas jornadas. Pronto estuvieron todos reunidos, y despues de muchos dias de reposo, descendieron á lo largo del rio que siendo ancho y profundo, no podia ser atravesado: cerca de cien leguas mas abajo las orillas se aproximan gradualmente, y el rio pasa por una especie de canal abierto en la roca. El país que acababan de recorrer era tan pobre, árido y desierto que Gonzalo se decidió á aprovecharse de la ventaja que la naturaleza de los lugares le ofrecia para reconocer las regiones situadas en la opuesta orilla. Sus capitanes reunidos en consejo fueron de su mismo parecer, y resolvióse echar un puente sobre el rio.

Todos pusieron con ardor manos á la obra y fijóse en fin el puente con inmensas dificultades, aumentadas por la presencia de los naturales, que desde la orilla opuesta lanzaban de continuo nubes de flechas sobre los trabajadores. Dispersáronlos á tiros y pasaron el rio, sin haber perdido mas que un solo hombre que cayó en el abismo, arrastrado por el vértigo por haber cometido la imprudencia de mirar abajo desde aquella altura prodigiosa.

No por haber vencido este obstáculo mejoró la situacion de los españoles: el país era tan árido y tan desierto como el que acababan de dejar. El hambre era mas terrible que nunca, teniendo por

único alimento frutos y raíces silvestres : sucumbió un gran número de indios , y perecieron de inanición muchos españoles. Reducidos al último extremo , y no hallándose ya en estado de suportar nuevas fatigas , los soldados invocaban desesperados la muerte para que pusiese término á sus males, cuando un nuevo proyecto del comandante , dándoles una vislumbre de esperanza , volvió á reanimar su valor abatido. Propúsoles construir una lancha con la cual bajaría un destacamento por el rio para reconocer el país y procurarse vituallas. Los esfuerzos inauditos que en aquella ocasion hicieron los españoles pueden servir para dar una idea de que nada hay imposible á la voluntad del hombre: fué preciso desde luego construir una especie de fragua , en la cual costaba mucho conservar el fuego á causa de la lluvia que caía sin cesar. Las herraduras de los caballos fueron convertidas en clavos, las mantas viejas y los vestidos que se caían á pedazos suplieron al cáñamo ; en una palabra los españoles lo sacrificaron todo á la ejecucion de un plan, que les parecia el único medio de mejorar su situacion , y trabajaron con tanto afan , que hubieron construido en poco tiempo una barca de bastante porte. Gonzalo eligió para tripularla cincuenta de los mas resueltos entre los suyos , y les dió por comandante á Francisco de Orellana, su primer ca-

pitan, oficial de gran mérito y justamente citado por su valor é intrepidez. Metieron en la embarcacion todo cuanto los soldados poseían, junto con todo el botin hasta entónces recogido, que era considerable: Orellana costeaba el rio sin perder de vista á sus compañeros, y cada noche se reunian y la pasaban juntos. Los españoles marcharon de esta suerte por espacio de dos meses, pasando algunas veces el rio, segun el terreno les parecia mas practicable ó mas fértil en una orilla que en la otra. Al cabo de este tiempo nuevas circunstancias vinieron á cambiar este plan de conducta, que parecia sin embargo el mas prudente y el mas ventajoso.

Encontraron algunos naturales de un carácter dulce y pacífico, y Gonzalo supo por ellos que el rio que hasta entónces siguieran desembocaba en otro mayor, que atravesaba un país poblado, abundante en víveres y rico en toda clase de productos. Pizarro mandó á Orellana que descendiese por el rio hasta que llegase á su confluente: allí debia descargar su barco, y volver con víveres á buscar al resto de sus compañeros: Orellana se puso en el centro del rio y se abandonó á la corriente, que le arrastró con una velocidad tal, que al cabo de tres dias llegó al lugar señalado, distante mas de cien leguas. Mas vióse cruelmente burlado en su esperanza de hallar un terreno fértil y cultivado: reina-

ba en todas partes la misma esterilidad, la misma desolacion.

Léjos de su comandante, jóven y ambicioso, Orellana empezó á considerarse como independiente, y deseoso de ilustrar su nombre con algun notable descubrimiento, concibió el atrevido y pérfito proyecto de seguir el curso del Marañon hasta el mar, reconociendo los vastos países que riega este rio. Este proyecto era atrevido, porque no tenia para ejecutarlo mas que su débil esquiife, y pérfito, puesto que abandonando á su gefe y á sus compañeros les entregaba á una muerte casi inevitable. Garcilaso de la Vega pretende que no fué la ambicion quien dirigió la conducta del jóven oficial, al cual supone movido por las siguientes razones: para el viaje que acababa de hacer en tres dias siguiendo el curso del rio, necesitaba al menos un año teniendo que luchar con su rápida corriente; su regreso pues no podia ser de ninguna utilidad á sus compatriotas, aun cuando hubiese vuelto cargado de los víveres con que aquellos contaban y que no habia encontrado. Cualesquiera que fuesen los motivos que tuviese Orellana, en cuanto hubo formado su proyecto lo participó á sus compañeros, mas no fué por todos aprobado. Sanchez de la Vargas y el fraile dominico Carvajal le dirigieron vivas recriminaciones sobre lo que semejante accion tenia de cruel

y de pérfido. Era sin embargo demasiado tarde para retroceder: el jóven capitan comprendia que la sola idea de haber querido abandonar á su gefe seria mirada como un crimen ; así pues persistió en su plan, y á fin de castigar á Sanchez por su oposicion, le abandonó cobardemente en aquel país desierto ; castigo que sino ejecutó en el fraile fué solo por respeto al carácter de su persona. « Orellana, dice Robertson, fué sin duda culpable desobedeciendo á su gefe y abandonando á sus compañeros en aquellos ignorados desiertos, donde no tenian otra esperanza de salvacion que la que fundaban en el barco que aquel les arrebatava. Mas su crimen se halla en algun modo espiado por la osadía con que se aventuró á seguir una navegacion de cerca de dos mil leguas por entre naciones desconocidas, en un buque hecho de prisa, de madera verde y mal construido, sin provisiones, sin brújula, sin piloto, supliendo con su audacia y su ardor á todo lo que le faltaba. »

Abandonóse pues audazmente al curso del Napo, y fué llevado al Sur hasta su union con el Marañon. Este viaje fué acompañado de muchos peligros y fatigas. Los españoles se veían obligados amenu-do á bajar á tierra para procurarse provisiones, y cuando no las alcanzaban buenamente, tenian que emplear la fuerza y combatir con enemigos numero-

sos y resueltos. En muchos lugares, hasta las mujeres opusieron una viva resistencia, circunstancia que dió lugar á las narraciones fabulosas, y que adquirieron crédito, sobre una supuesta isla de amazonas. Despues de muchos padecimientos y peligros, que Orellana arrostró con una constancia inalterable, llegó por fin al Ócéano el 26 de agosto de 1541, habiendo empleado mas de siete meses en hacer aquel viaje. Trasladóse inmediatamente á la Trinidad, donde se procuró un buque, dándose á la vela para España con muchos de sus compañeros. En cuanto llegó quiso que el público gozase del fruto de sus descubrimientos. Fuese por vanidad ó por política mezcló maravillosos relatos á la narracion de su viaje, que mas que historia parece una novela y no de las menos extravagantes. Pretendió haber descubierto naciones tan ricas, que los techos de sus templos estaban cubiertos de planchas de oro y las calles empedradas de este mismo metal: aun hizo mas, y fué dar la descripcion detallada de una república de mujeres guerreras que no admitian ningun hombre entre ellas. Estos cuentos ridículos dieron origen á las fábulas del país de El Dorado, en cuya busca se anduvo tanto tiempo. La inclinacion natural del hombre á lo maravilloso favoreció esas patrañas, y aunque muchos no admitiesen la posibilidad de lo que contaba, la mayor parte, ya que

no diesen entero crédito á su relato, admitian como verdadero una gran parte. Solo despues de mucho tiempo y de no escaso trabajo la razon y la experiencia destruyeron aquellas fábulas. Aquella navegacion sin embargo por el Marañon, despojada de sus circunstancias novelescas, merece ser notada, no solamente como una de las espediciones mas memorables de aquel siglo, tan fecundo en grandes empresas, sino como el primer viaje que diese un conocimiento cierto de la existencia de esas inmensas regiones que se estienden al Este, desde los Andes hasta el Océano.

Orellana fué favorablemente acogido por el soberano, que, á peticion suya, le nombró gobernador de los países recientemente descubiertos. El botin hecho por los soldados de Gonzalo y que, como dijimos, habia sido cargado en el barco, sirvió para los preparativos de una espedicion fuerte y poderosa. En poco tiempo Orellana se encontró al frente de quinientos hombres resueltos y bien equipados; mas le sorprendió la muerte antes de hacerse á la mar la flota, y sus compañeros se dispersaron.

Tiempo es ya que volvamos á ocuparnos en Gonzalo Pizarro, á quien hemos dejado siguiendo la orilla del rio para llegar á su confluencia, donde esperaba encontrar la embarcacion. Grande fué su sorpresa no encontrándola en el lugar designado; sin

embargo ni siquiera le pasó por la mente la idea de que Orellana hubiese podido hacerle traicion, sino que por el contrario supuso que habia acontecido á la tripulacion algun incidente, ó que alguna circunstancia imprevista habia obligado á su teniente á aguardarle en otra parte. En esta conviccion, púsose de nuevo en marcha siguiendo el Marañon, creyendo á cada instante que iba á encontrar á sus compañeros. Cincuenta leguas mas abajo de la union de los dos rios halló al desgraciado Sanchez de Vargas, por el cual supo la traicion de Orellana. Esta noticia fué un golpe fatal para los españoles. Privados del barco en que tenian fundadas todas sus esperanzas, se abandonaron al mas profundo y legítimo dolor: los unos se tiraban al suelo con toda la indiferencia de la desesperacion; los otros pedian volver á Quito; y todos tenian la vista fija en su comandante, como para suplicarle que buscase un remedio á tan largas y terribles calamidades.

Gonzalo Pizarro se condujo en esta crítica ocasion con una prudencia superior á todo encarecimiento: olvidó sus temores como hombre, para cumplir con sus deberes como comandante. Arengó á sus soldados con calor y les dijo que estaba dispuesto á conducirlos de nuevo á Quito; pero al propio tiempo les hizo observar que estaban á mil doscientas millas de esta ciudad, y que para volver á ella tenian

que experimentar los mismos males que habian ya sufrido. Era pues indispensable que llamasen en su auxilio toda su energía para ponerse en estado de luchar contra las fatigas y los sufrimientos, á fin de que cuando se hallasen de nuevo entre sus conciudadanos, su gloria fuese proporcionada á las calamidades de que habrian triunfado.

Los soldados escucharon con respeto las palabras de un gefe en el cual tenian puesta una confianza sin límites. La esperiencia les habia hecho ver que Gonzalo les aventajaba á todos en firmeza, en valor y perseverancia; le habian visto poner la mano en los trabajos mas penosos, y olvidar su dignidad de comandante para ayudar los esfuerzos de los últimos de sus compañeros. Su situacion empero era en extremo crítica: habian visto perecer un gran número de sus amigos, y los que quedaban se hallaban debilitados, abrumados por las enfermedades, estenuados por las fatigas y sumergidos en el desaliento. Nada de lo que habian hasta entónces sufrido los españoles en América puede compararse con los males horribles que abrumaron á Gonzalo y á su gente en su largo viaje. El hambre los redujo á la horrible necesidad, no tan solo de alimentarse de raíces silvestres y mal sanas, sino hasta de devorar los mas inmundos reptiles: las serpientes, los sapos, los gusanos, todo ser viviente, por repugnante

que fuese, era buscado con avidez. Se habian comido ya todos los caballos, todos los perros, y algunos desgraciados royeron el cuero de las sillas de montar y de los cinturones para sostener su miserable vida.

Una abstinencia tan prolongada debia producir necesariamente enfermedades, que destruian prontamente unos cuerpos debilitados ya por tantos sufrimientos. Cada dia morian algunos de entre ellos: sus filas se iban aclarando mas y mas. De los cuatro mil indios perecieron mas de la mitad, y gran parte de los restantes se dispersó por el país. No era menos deplorable la suerte de los españoles: de trescientos cincuenta hombres, no quedaban mas que ochenta: cincuenta habian partido con Orellana. Así pues perecieron dos cientos veinte bravos en esta empresa desastrosa, que duró cerca de dos años.

Cuando entraron de nuevo en Quito los que habian sobrevivido, su primera diligencia fué ir á la iglesia, donde hicieron celebrar una misa solemne para dar gracias á la divina Providencia por su milagrosa conservacion. Luego se derramaron por la ciudad, presentando un aspecto tan deplorable, que les costaba á sus compatriotas trabajo reconocerles. Estaban completamente desnudos, llevaban las barbas en extremo largas, y tenian los cuerpos tan

sucios, que causaba repugnancia mirarlos. Estenuados por el hambre y el cansancio parecian mas bien espectros que séres humanos.

De esta suerte terminó la espedicion de Gonzalo Pizarro. Mas cuando aguardaba este intrépido caudillo gozar de un reposo á tanto precio comprado, vióse obligado á hacer frente á los nuevos peligros que le amenazaban, á consecuencia de la espantosa catástrofe que habia cambiado el aspecto de las cosas en el Perú.



CAPÍTULO VII.

Descontento de los partidarios de Almagro.—Conspiracion contra Francisco Pizarro.— Es asesinado.— Carácter de este gran capitán.

Despues de la muerte de Almagro, Francisco Pizarro, dueño de un poder sin límites, habia descuidado las medidas necesarias para mantener la tranquilidad en un país que acababa de verse agitado por tantos disturbios. Lejos de atraerse á los antiguos partidarios de su competidor, los habia alejado constantemente de sí; manifestaba por ellos el mayor desprecio y hasta les creía tan poco peligrosos, que les dejaba conspirar á su gusto en reuniones que tenian lugar en Lima en casa del jóven Almagro. Su debilidad hacia la seguridad de Pizarro, y esta seguridad le perdió.

La ciega parcialidad que manifestara el gobernador en el reparto de las tierras, del cual excluyera á los partidarios de Almagro, les habia dado á conocer que no podian esperar de él ni amistad, ni

olvido. Así pues todos los que estaban libres pasaron á Lima, donde el hijo de aquel caudillo les ofrecía un asilo y cuantos socorros podían necesitar. Estas pruebas de gratitud y de generosidad movían poderosamente á los ulcerados corazones de aquellos viejos soldados, que, fieles á la memoria del padre, se adherieron al hijo, y resolvieron ensayar una tentativa arriesgada para hacer que pasase la autoridad á sus manos.

El hijo de Almagro poseía las dotes necesarias para hacerse querer y respetar. A un exterior el mas agradable, á unas maneras dulces y seductoras, á un carácter franco y abierto, reunía todas las cualidades militares que habían adornado á su padre, y las ventajas de una educación mejor dirigida, puesto que el anciano capitán, conociendo lo mucho que le faltaba en este punto, nada había olvidado para que no lo echase de menos su hijo. Así pues cuando el jóven llegó á la edad en que sus cualidades naturales, cultivadas con esmero, pudieron desenvolverse, se manifestó muy superior á todos sus compatriotas. No se le escapaba al gobernador la importancia, siempre creciente, que iba adquiriendo Almagro, y sin embargo nada emprendió para detener los progresos de su influencia. Verdad es que hizo algunas proposiciones á sus partidarios ofreciéndoles destinos lucrativos, mas todos se negaron

á aceptar nada de su antiguo enemigo, cuya pérdida habian secretamente jurado.

El contrario mas temible de Pizarro era ese Juan Herrada en quien, como vimos, tenia puestas Almagro su amistad y su confianza. Tutor del hijo de su amigo, habíase esmerado en perfeccionar su educacion; mas á la sazón todos sus esfuerzos se encaminaban á aumentar el número de sus partidarios. Dotado de talentos superiores y gozando de grande influencia entre sus compatriotas, Herrada habia logrado reunir en Lima un tan crecido número de descontentos, que era preciso estar tan ciego como Pizarro lo estaba para no alarmarse. Como los amigos del gobernador le hubiesen hecho algunas observaciones acerca el particular, contestóles: «Tranquilizaos, estaré seguro mientras haya en el Perú quien sepa que puedo en un momento quitar la vida al que se atreviese á concebir el proyecto de atentar á la mia.» Sin embargo tomó una medida violenta, que sirvió únicamente para irritar á sus enemigos: privó al jóven Almagro del número de indios que le habian sido concedidos, y que trabajando para él, constituian la fuente principal de sus rentas.

El gobernador creía que disminuyendo la fortuna del gefe, obligaria á los que vivian á espensas suyas á salir de Lima para buscar en otra parte medios

de existencia ; mas era un grande error. Los amigos de Almagro prefirieron sufrir la mas humillante pobreza , ántes que dejar la ciudad ; y exasperados por esta nueva vejacion , escribieron á todos sus nuevos amigos que fuesen á juntárseles , y en poco tiempo encontráronse reunidos dentro de la ciudad hasta doscientos conjurados.

Aquella multitud componíase en su mayor parte de aventureros sin principios y sin medios de existencia , disolutos , jugadores , dispuestos á meterse en todas las conspiraciones sin mas objeto que restablecer su perdida fortuna. Vivian en la mayor miseria sin mas recursos que las sumas que ganaban en el juego. Herrera nos ha dejado un cuadro lleno de vida de su miseria en la pintura de aquellos doce individuos, que habiendo sido oficiales de distincion á las órdenes de Almagro , vivian en un mismo aposento , y no tenian mas que una sola capa, que llevaban alternativamente cuando debian presentarse en público, mientras que los demas se veían obligados á permanecer en su casa. La pobreza habia de tal suerte agriado el carácter de aquellos desgraciados , que no miraban al gobernador sino con desprecio , y rehusaban darle las muestras de deferencia debidas, ya que no al hombre, al menos á su dignidad.

Hasta llevaron mas allá su insolencia : una maña-

na aparecieron en la plaza principal de la ciudad tres horcas en la direccion de las habitaciones de Pizarro, de su secretario Picado, y del alcalde Velazquez. Los amigos del gobernador le aconsejaron entónces que castigase á los culpables; mas despreció sus avisos, contentándose con responderles que eran los vanos esfuerzos de una rabia impotente, y que era preciso perdonar la irritacion de gentes vencidas y desgraciadas. Esta indulgencia no hizo mas que envalentonar á los conjurados, los cuales celebraron numerosas reuniones, y despues de largos debates resolvieron asesinar á Pizarro. Este crimen era muy fácil de cometer, puesto que el gobernador no tomaba ninguna precaucion para su seguridad personal. Nunca habia tenido mas compañía que un solo paje. En vano sus amigos le instaron para que tomase una escolta conveniente á su rango, pues se negó á ello, diciendo que aguardaba de un dia á otro la llegada de Vaca de Castro, y que parecia que le temia si hacia algun cambio en su conducta.

Los conjurados fijaron por último el dia en que debia llevarse á cabo su criminal proyecto, y se comprometieron con juramento á ejecutarlo con firmeza y resolucion. Juan de Herrada, gefe de la trama, eligió entre los conjurados diez y ocho de los mas decididos para ejecutar aquel acto de vengan-

za. El secreto de aquella tenebrosa reunion no se guardó sin embargo tan fielmente, que no llegase algo á los oídos del gobernador.

Un sacerdote dióle parte del peligro que le amenazaba, y si bien no pudo dar detalles positivos, dijo lo bastante para despertar por fin las sospechas de Pizarro, que saliendo de repente de su apatía, resolvió obrar con prudencia. El dia de la fiesta de san Juan se abstuvo de ir á misa, con admiracion de todos, porque el gobernador cumplia siempre y en todos tiempos sus deberes religiosos, á menos de impedírsele alguna grave circunstancia. Desconcertados los conspiradores creyeron al principio que habia sido descubierto el complot, mas viendo que se les dejaba tranquilos, aplazaron la ejecucion para el domingo siguiente. Aquel dia Pizarro pretestó una indisposicion y tampoco fué á la iglesia; mas los conjurados conociendo el verdadero motivo de su ausencia, juzgaron que habia llegado el momento de obrar, y tomaron su partido con tanta prontitud como resolucion.

El mismo domingo 26 de junio de 1541, hácia el medio dia, hora de la siesta en los países calurosos, Juan de Herrada, seguido de sus diez y ocho cómplices, salió de la casa de Almagro, y dirigiéronse todos, espada en mano y corriendo al palacio del gobernador, atronando la ciudad con los

gritos de : *¡ Viva el rey ! ¡ Muera el tirano Pizarro !*

Los demas conspiradores, advertidos por aquella señal, acudieron á los puestos que les habian sido señalados. Pizarro, rodeado por lo regular de un acompañamiento numeroso, no tenia entónces casi nadie á su lado, porque acababa de levantarse de la mesa, y la mayor parte de los criados se habian retirado á sus cuartos. Los conjurados atravesaron los dos primeros patios sin obstáculo. Hallábanse ya al pié de la escalera, cuando un paje dió la señal de alarma á su señor, que estaba conversando en un salon con algunos amigos. El gobernador, que no se alteraba ante ningun peligro, mandó á Francisco de Chaves, uno de sus oficiales, que fuese á barrear la puerta; mas de Chaves, no conservando bastante presencia de espíritu para ejecutar una órden tan prudente, se detuvo en lo alto de la escalera y preguntó á los conjurados qué querian y á donde iban. En vez de responderle, uno de los que marchaban delante le dió un golpe con la espada, y los demas se precipitaron sobre él y le remataron en un momento.

Reinaba en palacio la mayor confusion; una gran parte de la gente de la casa huyó, y Pizarro se encontró tan solo con Francisco de Alcántara, su hermano uterino, el alcalde Velazquez y doce ó tre-

ce de sus criados. El gobernador, sin asustarse por su situación, resolvió defenderse hasta el último trance. Colocóse con su hermano á la puerta del aposento, armado tan solo con su espada y escudo, y empeñóse un combate terrible en aquel estrecho espacio. Pizarro, lleno de indignacion y de rabia, no cesaba de gritar: «¡Animo, amigos, ánimo; somos todavía bastantes valientes para hacer arrepentir de su traicion á esos rebeldes!»

El gobernador y sus amigos defendieron vigorosamente la puerta durante algun tiempo, mas aquel no tenia mas que su escudo al paso que sus enemigos se hallaban protegidos por sus armaduras. Por último Alcántara cayó muerto á los piés de su hermano Pizarro, y este herido, tuvo que meterse en el aposento, donde continuó defendiéndose con valor: mas habiéndose quedado solo, vióse rodeado de todos sus enemigos, y las fuerzas le abandonaron. Abrumado por el cansancio y debilitado por la pérdida de la sangre, podia apenas sostener la espada. «Y así, dice Zárate, le acabaron de matar con una estocada que le dieron por la garganta, y cuando cayó en el suelo pedia á voces confesion; y perdiendo los alientos, hizo una cruz en el suelo y la besó, y así dió el alma á Dios.»

Un grito bárbaro de triunfo dió á conocer la muerte del gobernador, y la muchedumbre se pre-

cipitó al palacio, que fué entregado al pillaje con las casas de los principales capitanes adictos á Pizarro. Nada quedó de las inmensas riquezas que contenia. «Al Marques, añade Zarate, llevaron unos negros á la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar, hasta que Juan Barbaran, vecino de Trujillo (que habia sido criado de Pizarro), y su mujer sepultaron á él y á su hermano lo mejor que pudieron, habiendo tomado primero licencia de D. Diego para ello. Y fué tanta la priesa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la órden de Santiago, segun el estilo de los caballeros de la órden, porque fueron avisados que los de Chili venian con gran priesa para cortar la cabeza del Marques (Pizarro) y ponerla en la picota.»

Francisco Pizarro tenia 65 años cuando fué de esta suerte tan cobardemente asesinado. Su muerte correspondió á su existencia tempestuosa, y en sus últimos momentos desplegó ese valor de que tantas pruebas habia dado en el curso de su vida. Al contemplar las diferentes fases de aquella existencia tan fecunda en hechos, el ánimo se encuentra sobreçogido de espanto á la vez que de admiracion. Fué cruel y vengativo, mas los defectos de su carácter desaparecen ante el brillo de algunas de sus virtudes. Habrá pocos, ó tal vez ningun

hombre que haya hecho mayores servicios á su soberano: era infatigable en la realizacion de sus proyectos, paciente en medio de las mas terribles calamidades, y parecia superior á los peligros y á los sufrimientos.

Pizarro tomó una parte considerable en todas las empresas importantes que tuvieron lugar en América. Sucesivamente compañero de Nuñez, de Balboa y de Hernan Cortés, igualó en nombradía á estos célebres capitanes. La España le debe el descubrimiento y la conquista del Perú. En ninguna página de la historia del Nuevo Mundo, ni aun en aquellas que cuentan las hazañas novelescas y casi increíbles de los conquistadores de Méjico, se hallará un rasgo mas grande y heróico, que la resolución tomada por Pizarro y sus trece compañeros de permanecer en una isla desierta, aunque debilitados por las fatigas, las enfermedades y la pérdida de sus esperanzas, antes que renunciar á la empresa que habian comenzado.

Mas por notables que fuesen las cualidades militares de Pizarro, por grandes que hayan sido sus servicios durante el curso de una vida tan larga y laboriosamente empleada, los actos de rapacidad, de injusticia y de crueldad que mancharon sus hazañas, le hicieron perder gran parte de sus derechos á la admiracion de la posteridad.

CAPÍTULO VIII.

Es reconocido gobernador del Perú el jóven Almagro.— Oposición que encuentra.— Llegada de Vaca de Cabra.— Renuévase la guerra civil.— Batalla de Chupas.— Proceso y suplicio de Almagro.

—

En cuanto Pizarro hubo exhalado el último aliento los conspiradores se diseminaron por la ciudad, blandiendo sus espadas y proclamando la caída del tirano. Mientras que los amigos de Pizarro y los indiferentes sobrecogidos de espanto, no sabían que partido tomar, Herrada, aprovechándose sin pérdida de tiempo de aquella primera ventaja, hizo montar á caballo al jóven Almagro y le hizo recorrer todas las calles, en medio de las aclamaciones de sus amigos. Los conjurados convocaron acto continuo el cabildo ó ayuntamiento, y le obligaron á reconocer á Almagro gobernador del Perú, en virtud de los derechos que tenía por su padre. Esta ceremonia, con tanta violencia exigida, no encontró ninguna oposición, y en atención á que Almagro era demasiado jóven para encargarse él mismo

del mando, Herrada fué investido con las funciones de vice-gobernador, objeto secreto de sus ambiciosas miras. Muchos de los partidarios del antiguo caudillo fueron desterrados ó presos por los mas fútiles pretextos, y otros, entre ellos el secretario Picado y el Alcalde Velazquez que habian escapado á la matanza, fueron ajusticiados sin formacion de causa. El buen éxito de la conspiracion arrastró un buen número de soldados de Pizarro á las banderas del nuevo gobernador, que se halló muy pronto al frente de ochocientos hombres de las mejores tropas del Perú.

Apesar de sus primeros logros, los conspiradores no tardaron en aperebirse que los españoles de las otras colonias no aprobaban el cambio brusco que acababa de verificarse. Es verdad que Pizarro era mas temido que amado; pero los que no tenian motivos personales para aborrecerle, llenáronse de horror á la noticia de su asesinato, y olvidaron lo que pudo haber habido en su conducta de reprehensible, para no acordarse mas que de sus anteriores servicios. Cuando Almagro envió mensajeros para que su autoridad fuese reconocida, muchos capitanes, mirándole como un usurpador, se negaron á someterse á su jurisdiccion, hasta que fuese por el emperador sancionada.

En Cuzco fué sobre todo donde se manifestó la

oposición mas abiertamente. Nuño de Castro, Pedro Anzares y Garcilaso de la Vega, capitanes todos de un mérito distinguido, y todos amigos de Pizarro y fieles á su memoria, se declararon contra los rebeldes y preparáronse para la resistencia.

Reuniéronse las autoridades, y despues de haber oido una misa solemne, procedieron al nombramiento de un comandante, que debia ejercer el poder hasta la llegada del comisario real, Vaca de Castro. La eleccion recayó en Alvarez de Holguin, que se habia manifestado constantemente hostil á la faccion de Almagro. El primer acto de este gefe fué reclutar soldados, á cuyo efecto publicó proclamas invitando á los buenos españoles á que se agrupasen entorno del estandarte real para combatir á los traidores y rebeldes. Este llamamiento á la lealtad castellana fué favorablemente acogido: por respeto á la autoridad real, ó por efecto tal vez de su genio turbulento, muchos colonos renunciaron á su indolente tranquilidad y quisieron tomar parte en la nueva lucha que se preparaba. Los dos partidos tenian una idea demasiado elevada de sus respectivas fuerzas para que ni uno ni otro cediese, y en vez de ocuparse en entablar negociaciones sin resultado, no pensaron mas que en aumentar los recursos con que para el triunfo contaban.

En medio de tan críticas circunstancias fué

cuando llegó al Perú Vaca de Castro, despues de un largo y penoso viaje. Arrojado por la tempestad á una pequeña ensenada de la provincia de Popayan, se trasladó por tierra á Quito. En el camino supo el asesinato de Pizarro y los diversos acontecimientos que acababan de tener lugar: publicó al momento el real decreto que le nombraba gobernador del país y le confiaba iguales poderes á los que habia gozado su predecesor, siendo reconocido sin dificultad por Benalcazar, que mandaba en Popayan, y por Pedro de Puelles á quien Gonzalo habia dejado encomendada su autoridad al salir de Quito. Vaca de Castro dió muestras de que poseía talentos, cual los requerian las difíciles circunstancias en que se hallaba. Con su crédito y su habilidad reunió muy pronto un cuerpo de tropas suficientes para hallarse en estado de hacer respetar su poder. Mandó gefes de su confianza á las diversas colonias para hacer notificar legalmente en todas ellas su llegada y mision, al propio tiempo que enviaba emisarios secretos que alentaban á los oficiales descontentos de Almagro á mostrarse fieles á su soberano, sosteniendo al nuevo gefe que le representaba. Estas medidas produjeron su efecto. Animados por la presencia del nuevo gobernador, los súbditos fieles se mantuvieron en sus principios y los confesaron mas abiertamente. Los que todavía vacilaban

ó se mantenian neutrales, apurados por la necesidad de tomar un partido, comenzaron á ladearse hácia aquel que les pareció entónces el mas seguro á la par que el mas justo.

El jóven Almagro vió no sin alarmarse los progresos de Vaca de Castro. El descontento y la apatía que se manifestaban ya en su propio partido, justificaban sobradamente sus recelos, aumentados mas y mas por las enérgicas y decisivas medidas de Vaca de Castro, y por la prisa que en ir á ponerse á sus órdenes se habian dado sus principales capitanes. Sin embargo léjos de ceder á sus temores, debia por el contrario ocultarlos á fin de no desalentar á los que le permanecian todavía fieles. Así pues resolvió atacar á Cuzco ántes que llegara Vaca de Castro, y que se hallasen concentradas allí las fuerzas enemigas.

Un acontecimiento inesperado vino á dar un golpe fatal al partido de Almagro; tal fué la muerte de Herrada, alma y cabeza de este partido. Desde aquel momento se dejó ver un cambio completo en la conducta del jóven caudillo. Eligió á Cristóbal Sotelo para reemplazar á Herrada; mas este oficial, valiente y buen militar, no poseía las grandes cualidades que distinguian á su predecesor. Almagro le mandó partir al momento para que tomase posesion de Cuzco, lo que logró este capitan sin ninguna di-

ficultad, porque Holguin, creyendo que la division de las fuerzas reales podia ser fatal á la causa que abrazara, habia preferido abandonar la ciudad para unirse con Alvarado. Almagro entró en la plaza y se apresuró á ponerla en estado de defensa, desplegando en esta circunstancia todos los talentos que debia á su instruccion. Con el auxilio de Pedro de Candía, hábil ingeniero y uno de los trece que se habian quedado en la Gorgona con Pizarro, mandó fabricar una cantidad considerable de pólvora, é hizo fundir muchas piezas de artillería.

A esta ventaja Almagro juntó muy pronto otra: el Inca Manco-Capac, que se habia retirado á las montañas, le hizo ofrecer su amistad y su alianza, y en prueba de ser esta sincera le envió escudos, armaduras, espadas, mosquetes y otras armas que cayeron entre sus manos durante el largo sitio de Cuzco. Los asuntos empezaban por consiguiente á tomar un aspecto favorable á los designios de Almagro, cuando el espíritu de envidia y de discordia, que tantos males causó á los españoles, vino á echar por el suelo todas sus esperanzas.

Dos de sus principales gefes, Cristóbal de Sotelo y Diego de Alvarado alimentaban tiempo hacia una enemistad secreta; y habiéndose suscitado entre ellos una querrela por un motivo de los mas fútiles, batiéronse, quedando Sotelo muerto. Los

amigos de los dos adversarios tomaron las armas unos contra otros, y se entregaron á actos de violencia que le costó á Almagro no poco reprimir. Advirtiéndole Diego de Alvarado que el comandante sentía mucho la pérdida de Sotelo, y no creyéndose seguro; formó el proyecto de asesinarle; mas prevenido Almagro por una indiscreción de su enemigo, tuvo tiempo para prevenirse, y cuando Alvarado se presentó á su palacio para invitarle á que fuese á comer á su casa, fingió aceptar; mas á una señal convenida, cayeron sobre él algunos hombres apostados al efecto y le mataron.

En este intermedio habia llegado á Quito Gonzalo Pizarro. Allí supo los graves acontecimientos que habian tenido lugar durante su ausencia, el asesinato de su hermano, la usurpación de Almagro, la llegada de Vaca de Castro, y los diversos manejos de los dos partidos. Pizarro no podia dudar un instante acerca la conducta que seguir debia; y aunque estenuado y casi abatido por los sufrimientos físicos y morales que acababa de experimentar, resolvió tomar una parte activa en la lucha que se preparaba; y en su consecuencia ofreció á Vaca de Castro sus servicios y los de sus veteranos. El gobernador respondió con la mayor atención y bondad, que su presencia en Quito era necesaria para proteger esta importante plaza, y para reparar las fuer-

zas de sus soldados, cuyos servicios debían serle pronto necesarios.

Esta especie de desaire á los ofrecimientos de Pizarro era resultado de una sabia política. Aunque estaba preparado para la guerra, Vaca de Castro no había perdido toda esperanza de venir á un arreglo, y hasta se hallaba dispuesto á hacer concesiones y sacrificios para evitar una nueva guerra, que no podía menos de ser perjudicial, cualquiera que fuese su resultado, á las fuerzas españolas en el Perú. La presencia de Gonzalo en su ejército hubiera sido un obstáculo para todo acomodamiento: este caudillo violento y vengativo no hubiera transigido jamás con los matadores de su hermano, y los partidarios de Almagro no podían dejar de exasperarse al verse en presencia de su más enconado y constante enemigo. Quizás también Vaca de Castro temía al célebre capitán, cuyos talentos y valor admiraba todo el ejército, y á quien los soldados hubieran querido elevar acaso al mando supremo.

Almagro había adoptado un nuevo plan de campaña: en vez de aguardar á Vaca de Castro, había resuelto ir atrevidamente á su encuentro y ofrecerle el combate, y partió de Cuzco al frente de quinientos hombres animados del mayor ardor. Distinguíanse en este cuerpo de ejército muchos de los primeros conquistadores del Perú, que tenían que man-

tenerse á la altura de su antigua reputacion, y muchos de los que, habiendo tomado una parte mas ó menos directa en el asesinato de Pizarro, se hallaban reducidos á la necesidad de vencer ó morir.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Chupas, á doscientas millas de Cuzco. Antes sin embargo de llegar á las manos Vaca de Castro quiso tentar un arreglo, y propuso á Almagro, que si consentia en volver á su deber, olvidaria todo lo pasado y le daria un empleo capaz de alhagar su orgullo y su ambicion. Poco satisfecho Almagro de unos ofrecimientos que le parecian vagos, respondió que estaba dispuesto á deponer las armas, si se le reconocia como gobernador de la Nueva Toledo y se le reponia en todas las posesiones de su padre. Pedia ademas que fuese concedida una completa amnistía á todos sus partidarios, cualquiera que hubiese sido su conducta anterior. Si hubiese limitado sus pretensiones á estos dos puntos, es probable que el gobernador hubiera aceptado; mas á estas demandas añadia una tercera del todo inadmisibile; tal era el que se obligase á Alvarez de Holguin, Garcilaso de la Vega, Alonso de Alvarado y otros amigos de Pizarro á residir en diferentes puntos apartados del país, atendido, decia, que tendria que temerlo todo para su seguridad personal, mientras que Vaca de Castro estuviese rodeado de

sus declarados é implacables enemigos. Mas la fuerza del enviado real estribaba principalmente en el apoyo de estos gefes , y separarse de ellos hubiera sido entregarse á merced del partido opuesto. Imposible era tratar sobre semejantes bases, y una vez destruida toda esperanza de acomodamiento , pensóse tan solo en venir á las manos. Vaca de Castro arengó á su ejército , y despues de haberle exhortado á persistir en su deber , en virtud de los poderes reales de que se hallaba revestido declaró á Almagro traidor y rebelde , y pronunció contra él la pena de muerte y de confiscacion de sus bienes.

Vaca de Castro dispuso su ejército con un arte que admiró á sus veteranos , los cuales no podian comprender como un hombre , cuya vida habia sido consagrada al estudio , conocia tan bien la táctica militar. Alvarez de Holguin y Garcilaso de la Vega mandaban las dos alas , Alonso de Alvarado llevaba el estandarte real , Nuño de Castro conducia la vanguardia , compuesta de una compañía de mosqueteros escogidos : el gobernador quiso al principio ocupar este puesto , mas cediendo á las amonestaciones de sus capitanes, se quedó en la reserva con treinta de sus mejores ginetes : estaba para ponerse el sol (16 de setiembre de 1542), cuando empezó el combate. Los dos partidos combatieron con el encarnizamiento ordinario en las guerras civiles,

aumentado á la sazón con el furor de los odios particulares, el deseo de la venganza y los últimos esfuerzos de la desesperación. La victoria fué largo tiempo disputada; mas la traición de Pedro de Candiá, que mandaba la artillería de Almagro, y que dirigió los tiros por encima de las cabezas de los enemigos, dió á estos una gran ventaja. Almagro se apercibió de esta infame maniobra, y él mismo atravesó al traidor con su espada; mas era ya tarde. Los soldados se batían cuerpo á cuerpo; la lucha, terrible ya de por sí, pareciólo mas en medio de las tinieblas. Por último á eso de las nueve Vaca de Castro, dirigiendo una carga de caballería al sitio donde combatía Almagro, decidió la suerte de la jornada: la derrota de los partidarios de este fué completa. De mil quinientos hombres que tomaron parte en la acción, quedaron la tercera parte muertos y otros tantos heridos. Almagro fué el que experimentó mayor pérdida, porque muchos de sus soldados, no esperando cuartel, se precipitaron sobre las espadas de sus enemigos, prefiriendo perecer á rendirse.

Almagro peleó con un valor digno de su padre. Cuando vió la batalla perdida sin remedio, tomó la fuga con algunos amigos, y se metió en Quito; pero fué inmediatamente preso por las autoridades nombradas poco ántes por él mismo, y encarcelado

interin se aguardaban las órdenes del gobernador. Vaca de Castro, que desplegó un gran valor y consumados talentos durante la batalla, observó después de la victoria una conducta no menos digna de elogios. Severo administrador de la justicia, estaba persuadido que eran necesarios ejemplos de rigor para detener el espíritu de licencia que se había introducido en las colonias americanas. Cuarenta de los prisioneros, conocidos por su carácter turbulento y que se habían particularmente señalado en las últimas revueltas, fueron procesados y condenados á muerte como traidores y rebeldes; algunos menos culpables fueron arrojados del Perú, y otros alcanzaron completo perdon.

El proceso del desventurado Almagro fué corto: tratábase únicamente de poner en ejecucion la sentencia pronunciada contra él en el campo de batalla de Chupas. Fué públicamente decapitado en Cuzco, en el sitio mismo y por el mismo verdugo que cinco años ántes había cortado la cabeza de su padre. Almagro tenía entónces veinte y cuatro años: su muerte fué muy sentida, porque había manifestado cualidades que le hubieran asegurado una carrera brillante, á no haberse lanzado tan jóven en una senda fatal. Con él se extinguieron el nombre de Almagro y el espíritu de faccion que había por tanto tiempo desolado el Perú.

CAPÍTULO IX.

Leyes y reglamentos promulgados por el emperador acerca los asuntos del Perú. — Es enviado á él Nuñez Vela en calidad de virey. — Mal efecto producido por los nuevos reglamentos. — Violenta-conducta del virey con Vaca de Castro.

Mientras que ensangrentaban el Perú estas escenas de violencia, el emperador y sus ministros preparaban leyes con las cuales creían restablecer el orden y la tranquilidad en las colonias españolas del Nuevo Mundo. Las numerosas revueltas que habian agitado el Perú, y que hubieran comprometido la conquista á tener los naturales un carácter mas belicoso, llamaban hacia algunos años la atencion de la córte de España. Todo el mundo sentia la necesidad de poner término á esas envidias particulares, á esas facciones, á esas tramas, origen de tantas calamidades. Mas el carácter especial de aquel país, su distancia de la metrópoli, y el genio inquieto y violento de los conquistadores hacian esta tarea difícil y delicada.

Desde que fué descubierta la América hasta la

época á que se refiere nuestra historia, las diferentes conquistas llevadas á cabo en aquellas regiones, lo habian sido por simples particulares y á sus propias espensas, y sin que la corona hubiese cooperado á ellas en nada. Los importantes sucesos que tuvieran lugar en Europa durante los reinados de Fernando y de Cárlos, habian impedido á estos soberanos atender á los nuevos intereses que debian resultar de tantos y tan notables descubrimientos y conquistas. Aquellas espediciones tenian muchas veces lugar sin conocimiento del gobierno, y los aventureros, sabiendo que únicamente podian hallar la justificacion de su conducta en el favorable resultado de sus tentativas, mostrábanse infatigables en sus esfuerzos.

La corona sacaba un provecho inmenso de esas empresas que nada le habian costado, porque la soberanía de los países conquistados y el quinto del botin pertenecian de derecho al monarca. Mas este sistema de guerra independiente ofrecia por otra parte muchos inconvenientes. Los conquistadores de cada país se repartian el territorio entre sí como recompensa de sus servicios, y estas distribuciones irregulares daban origen á numerosos actos de violencia y de injusticia, que no estaba en manos del gobierno evitar. Los aventureros, demasiado codiciosos é ignorantes para tener ideas de orden y ocu-

parse en lo porvenir, no pensaban sino en acumular de prisa riquezas, sin tener el menor escrúpulo acerca el modo de adquirirlas, y sin examinar si su rapacidad podia traer en pos de sí la ruína de los países que acababan de descubrir. Existia sobre todo un abuso, cuya pronta reforma reclamaban, no menos que la política, la justicia y la humanidad; tal era el que los aventureros consideraban como propiedad suya los naturales del país que descubrian, y se los repartian como rebaños, imponiéndoles trabajos escesivos, que eran una fuente de riquezas para los crueles dominadores del Nuevo Mundo. Los indios, naturalmente indolentes y poco á propósito por su constitucion para suportar semejantes trabajos, perecian en tan gran número, que el Consejo de Indias llegó á temer seriamente ver llegar el momento en que el soberano en vez de reinar sobre estensas y pobladas comarcas, no gobernaría mas que en estériles y áridos desiertos.

La deplorable situacion de los indios de la Española habia escitado ya la compasion de un piadoso eclesiástico, cuyo nombre brilla con un resplandor mas vivo que el de ninguno de los conquistadores del Nuevo Mundo. El venerable P. Bartolomé de las Casas habia reclamado con todo el ardor de la caridad cristiana en favor de los americanos. El interés personal de algunos cortesanos influyentes

habia impedido al Consejo de Indias escuchar sus justas reclamaciones; pero esto no habia hecho sino enardecer mas y mas el celo del religioso, que solo aguardaba una ocasion propicia para renovar con mayor calor sus cargos. Las Casas se encontraba de mision en Madrid, cuando recibió los informes que llegaban del Perú, contestes todos en señalar la prodigiosa mortandad de los indios. El momento le pareció favorable, y resolvió redoblar sus esfuerzos y no dejarse detener por ningun obstáculo en el cumplimiento de sus caritativos proyectos.

La penetrante elocuencia de que estaba este religioso dotado, sacaba mayores bríos de su carácter de testigo ocular de las escenas de desolacion, cuyo cuadro trazaba. Describia con irresistible indignacion los horribles tormentos con que habia visto abrumados á los indios, y hacia estremecer al demostrar que en menos de cincuenta años habia desaparecido casi por completo la poblacion de las islas y que amenazaba igual suerte á la del continente. En sus memoriales á la córte y en sus sermones no cesaba de pedir la emancipacion de los indios, como el único medio de impedir la total estincion de su raza. Hácia la misma época publicó su obra titulada: *la destruccion de la América*, en la cual pinta con los mas vivos colores la influencia fatal de

los españoles en el Nuevo Mundo, y el horrible destino de sus naturales.

Inmensa fué la sensacion que este libro produjo en toda España. El virtuoso prelado, aprovechando un momento en que Carlos habia vuelto á Madrid despues de una larga ausencia, presentóse ante él, y con su vigorosa elocuencia le hizo presente que era para él un deber de conciencia el mejorar la suerte de los indios. Los ocios de la paz permitieron en fin al monarca ocuparse en los asuntos del Nuevo Mundo. Prometió á Las Casas examinar su peticion; mas su intento no se reducía tan solo á endulzar la desgraciada situacion de los indios; quiso, al tomar medidas legislativas en su favor, aprovecharse de esta circunstancia para poner un freno á la licencia de los españoles, formulando para sus nuevos estados un código de leyes, y nombrando funcionarios encargados de hacerlas ejecutar, sin que hubiese necesidad de acudir al gobierno de Madrid para recibir instrucciones en las circunstancias graves.

Habíase en efecto hecho necesaria una legislacion especial: el gobierno veía no sin recelo las inmensas riquezas adquiridas por algunos aventureros, y que podian convertirse en sus manos en instrumentos peligrosos. Carlos creyó necesario reformar este abuso, que escitaba ya la envidia, y la

indignacion de los grandes de su córte. Así pues reunió el Consejo de Indias y con su asistencia redactó un código de leyes y de reglamentos que le parecieron satisfacer las necesidades del momento. Este código fué firmado el 20 de noviembre de 1542, dos meses despues de la batalla de Chupas, y ántes que fuese esta conocida en Europa. Estas leyes arreglaban la constitucion y los poderes del Consejo supremo de las Indias, la estension de la jurisdiccion y la autoridad de las audiencias reales en las diferentes partes de América, y por último todo lo que se referia á la administracion de justicia y al gobierno eclesiástico ó civil. Dichas leyes fueron por lo general bien recibidas, mas añadióse á ellas reglamentos que escitaron una alarma universal y causaron las mas violentas agitaciones. Como se creyó que las concesiones de terreno habian sido hechas sin discrecion, se autorizó á las Audiencias reales para reducirlas á una estension mas moderada. A la muerte de su actual poseedor las tierras y los indios que le habian sido concedidos no debian pasar á la viuda y á sus hijos, sino volver á la corona. Los indios debian estar en adelante exentos del servicio personal, y no se les podia obligar á llevar los equipajes en las marchas, ni á trabajar en las minas, ni emplearlos como buzos en la pesca de las perlas: fijábase el tributo que debian satisfacer á

sus señores, y debia pagárseles como sirvientes alquilados por todos los trabajos que hiciesen voluntariamente. Toda persona que hubiese ejercido ó ejerciese todavía destinos públicos, los hospitales y monasterios debian ser despojados de las tierras y de los indios que poseyesen, y ser aquellas incorporadas á la corona. Por último todos los habitantes del Perú implicados en la querella de Pizarro y de Almagro, debian ser desposeídos tambien de sus tierras y de sus indios, en provecho del monarca.

En vano los ministros representaron al rey que los españoles establecidos en el Nuevo Mundo no podian convertir en valores los estensos terrenos de que se habian apoderado, y que los indios naturalmente indolentes y perezosos se negarian al trabajo desde el momento que no se les obligase á él; en vano manifestaron el temor de ver secarse de esta suerte fuentes de riquezas, que tan productivas empezaban á ser para la metrópoli; Carlos, fuertemente aferrado á sus ideas, rehusó escuchar aquellos avisos, y eligió para hacer ejecutar sus decretos hombres conocidos por su carácter firme y despótico, nombrando gobernador del Perú, con el título de virrey, á Blasco Nuñez Vela. A fin de que su autoridad fuese mas imponente y de dar fuerza á su administracion, estableció en Lima una Audiencia real,

donde debían funcionar como jueces cuatro afamados jurisconsultos.

En cuanto fueron conocidos en el Perú los nuevos reglamentos manifestóse un profundo disgusto. Los conquistadores de ese país, nacidos en su mayor parte en las clases inferiores y embriagados por sus inmensas riquezas en poco tiempo adquiridas, se entregaban á una licencia sin límites, licencia que favorecían la distancia de la metrópoli y su estado de anarquía y de confusión, consecuencia precisa de tantas guerras civiles. Concíbese por consiguiente el despecho y consternación que debió producir entre aquellos turbulentos aventureros el anuncio de una legislación severa que iba á poner un freno á sus pasiones, y arrebatárles una fortuna que miraban como justa recompensa de sus trabajos y de sus sufrimientos. En cuanto los reglamentos fueron conocidos, juntáronse todos, hombres y mujeres, estas llorando, aquellos declamando contra la injusticia y la ingratitude del soberano que les privaba de sus bienes, sin siquiera haberles oído. «¿Es este, decían, el premio de tantos males como hemos sufrido, de tantos peligros como hemos arrojado para servir á la patria? ¿Cuál de nosotros hay, por grande que sea su mérito, por irreprochable que haya sido su conducta, que no pueda ser condenado en virtud de alguna de esas nuevas leyes, en tér-

minos tan vagos y generales concebidas, que al redactarlas no parece sino que se ha tenido la intencion de tendernos á todos un lazo?»

Fué tal la exasperacion pública, que los descontentos se reunieron para concertar los medios de oponerse con la fuerza á la entrada del virey y á que la nueva legislacion fuese promulgada: Vaca de Castro con la prudencia y la habilidad que le caracterizaban, esforzóse en conjurar la tormenta que amenazaba estallar. Habia resuelto conformarse á las disposiciones tomadas por el rey, pero sabia que era preciso desplegar una grande habilidad para determinar á los españoles á someterse á los grandes sacrificios que se les exigia. Convocó á los principales habitantes, y les prometió que en cuanto llegasen el virey y los individuos de la Audiencia les presentaria él mismo las quejas de los colonos, y que les pediria que permitiesen llegar sus humildes representaciones al soberano, para suplicarle que tuviese á bien modificar las disposiciones que mas lastimaban los intereses de los colonos. Vaca de Castro esperaba aun que algunas lijeras concesiones podrian disipar aquellos síntomas alarmantes que amenazaban el Perú; mas para alcanzar este resultado hubiera sido preciso que el virey juntase la moderacion á la firmeza, y poseyese una prudencia esquisita. Desgraciadamente Nuñez Vela carecia de todas es-

tas cualidades. De áspero carácter y de una rígida severidad, considerábase únicamente como encargado de hacer ejecutar las órdenes de su soberano, y creía que debían emplearse, si preciso era, los medios mas violentos para llegar á este resultado.

En cuanto el virey tomó tierra en Tumbes, el 4 de marzo de 1544, comenzó á obrar de manera que quitaba toda esperanza de un acomodamiento. Por todas partes á su paso puso á los indios en libertad, privó de sus tierras y de sus trabajadores á todos los que desempeñaban algun destino, y para dar un ejemplo notable de la estricta observancia de las nuevas leyes, no quiso permitir que su equipaje fuese llevado por los indígenas. Su marcha parecia mas bien una invasion hostil, que la entrada de un virey que iba á tomar posesion de su gobierno. Su llegada produjo en los pueblos una consternacion, que aumentó todavía mas al constestar á las primeras representaciones que le fueron dirigidas, que habia venido, no para discutir el mérito de los reglamentos, sino con la firme resolucion de hacerlos ejecutar en todas sus partes. Esta declaracion severa iba acompañada de maneras altivas y arrogantes, que chocaron grandemente á los veteranos del Nuevo Mundo, poco acostumbrados á respetar la autoridad civil.

Desde entónces Vaca de Castro perdió toda es-

peranza ; mas estaba léjos de aguardar la suerte que le estaba reservada. Habia partido para salir al encuentro del virey , y á fin de dar una prueba mayor de respeto hácia el representante de su soberano , se habia hecho acompañar por un numeroso cortejo compuesto de los mas distinguidos habitantes. En el camino recibió un mensaje de Nuñez Vela intimándole que depusiese su autoridad. Vaca de Castro obedeció al momento , y continuó adelantándose resuelto á obedecer al nuevo virey : mas si él se resignó de buen grado, los que le acompañaron no pudieron ver sin enojo el orgullo y la dureza de Nuñez Vela. Volviéronse á Cuzco indignados de su conducta , y llenos de terror al ver puestos en tales manos la vida y los bienes de los españoles.

Sabedor Vaca de Castro de que habian informado al virey contra él, y que le habian dicho que venia al frente de un partido armado , rogó á los amigos que le acompañaban que le dejasen , para no dar lugar á que se sospechase de su conducta , y envió un mensajero al virey para asegurarle de su perfecta sumision.

El ex-gobernador encontró al virey á tres leguas de Lima y se presentó á él con las manifestaciones del mas profundo respeto. Los diputados de la ciudad de Lima dirigieron á Nuñez Vela algunas

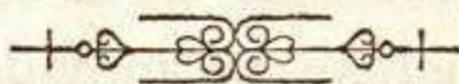
observaciones llenas de moderacion sobre los reglamentos, mas este manifestó en los términos mas precisos su determinacion de cumplir rigurosamente sus funciones, y hasta declaró que consideraria como un acto de traicion y de rebeldía toda tentativa que se hiciese para obligarle á desviarse de la línea de conducta que se habia propuesto seguir. Apesar de las penosas sensaciones causadas por esta respuesta, Nuñez Vela obtuvo una acogida digna de su rango; recorrió las calles rodeado de una gran pompa, y luego pasó á la catedral, desde donde, despues de haber asistido al santo sacrificio de la misa, se dirigió al palacio de Pizarro; destinado para su morada.

Apesar de haber aparentado que quedaba satisfecho de la conducta por Vaca de Castro observada, no dejaba el virey de desconfiar de él, y como supiese al dia siguiente que los gefes que habian regresado á Cuzco habian promovido en esta ciudad una especie de asonada, atribuyó este movimiento á la influencia de su predecesor.

En su consecuencia le hizo arrestar y se apoderó de todos sus bienes. Sin embargo y á consecuencia de las observaciones que se le hicieron, le mandó sacar de la cárcel pública y retenerle en un sitio mas decente, despues de haber recibido de los principales habitantes de Lima una fianza de cien

mil escudos, que estos consintieron en entregarle, á pesar de no estar en perfecta armonía con Vaca de Castro.

No se limitó el virey á este acto de rigor: muchos ciudadanos distinguidos fueron presos, otros desterrados, y algunos condenados á muerte por haberse resistido á sus disposiciones tiránicas. Mas esta severidad intempestiva, léjos de producir el efecto que de ella esperaba, solo sirvió para arrastrar al país á un abismo de males. Agotóse el sufrimiento de los españoles, quienes resolvieron seriamente sacudir el yugo tiránico que les abrumaba.



CAPÍTULO X.

Gonzalo Pizarro es nombrado procurador general de los indios y comandante en jefe del Perú. — Muerte del inca Manco-Capac. — Odio general contra el virey. — Sus disidencias con los magistrados de la Audiencia real. — Es depuesto y preso por ellos.

El arresto de Vaca de Castro habia producido una indignacion general: es probable sin embargo que el virey hubiera tenido suficiente autoridad para impedir que estallase de una manera violenta, si los descontentos no hubiesen encontrado un gefe capaz por su crédito y su rango de reunir sus voluntades y de dirigir sus esfuerzos. Desde que eran conocidas en el Perú las nuevas leyes, todos los españoles habian puesto los ojos en Gonzalo Pizarro, como el único hombre capaz de evitar las desgracias que amenazaban á la colonia.

Gonzalo Pizarro, inferior á sus hermanos en talentos, les igualaba en resolucion y firmeza: habíase ademas hecho querer de la mayor parte de los aventureros por su franqueza y su generosidad,

cualidades que los soldados estiman, y de que carecian Francisco y Fernando. Los eminentes servicios que prestara durante la conquista del Perú, y el renombre que adquiriera en su extraordinaria expedicion á la *Canela*, hacíanle aparecer como el gefe mas á propósito para dirigir una empresa difícil. De todas partes recibia cartas y diputaciones invitándole á defender á los españoles contra las medidas que les oprimian, prometiendo todos compartir con él su fortuna ó morir en su defensa.

Gonzalo Pizarro era ambicioso y resuelto, y sin embargo permaneció algun tiempo indeciso acerca la marcha que debia seguir. Pensaba, no sin temor, en una demostracion que le obligaria sin duda á tomar las armas contra las tropas reales; mas por otra parte no podia olvidar la ingratitud del emperador para con su familia. Su hermano Fernando gemia en un calabozo; los hijos de Francisco estaban bajo la vigilancia del virey; él mismo se hallaba reducido á la condicion de un simple particular y espuesto ademas á ser despojado del fruto de sus servicios, por la aplicacion de los nuevos reglamentos. Todas estas consideraciones le disponian á responder al llamamiento de sus compañeros de armas, y le determinaron á salir de Chuquisaca de la Plata, lugar de su residencia, para trasladarse á Cuzco, donde fué acogido con trasportes de alegría, y como

en triunfo. Mirábasele como el salvador de su país, y en el primer calor de su entusiasmo los habitantes le nombraron procurador general de los españoles en el Perú, encargado de alcanzar la reforma de los desastrosos reglamentos. Las demás ciudades se apresuraron á imitar este ejemplo, y parecían competir entre sí sobre cual le daría mas pruebas de confianza. Mientras que las municipalidades le concedían el poder, los soldados, de comun acuerdo, le proclamaban general en jefe de todas las fuerzas del Perú, título que halagaba mas al viejo capitán que todas las dignidades que le concedían los cabildos.

Pizarro recibió con vivo agradecimiento estos testimonios de la confianza pública: prestó solemnemente el juramento de desempeñar con toda fidelidad los cargos que acababan de conferírsele, y defender hasta la última gota de su sangre los derechos del pueblo. Juzgaba con razón que la consecuencia necesaria de ese movimiento sería una guerra, y por lo tanto tomó las medidas mas enérgicas para intimidar á sus enemigos. Levantó un cuerpo de cuatrocientos hombres, á quienes equipó completamente: apoderóse en seguida del tesoro real, y nombró los capitanes del ejército y los funcionarios civiles, impuso contribuciones, publicó decretos, y aunque tomó en sus manos la autoridad absoluta, nadie se manifestó descontento. Propagába-

se por el contrario el espíritu de hostilidad contra el virey; varios oficiales distinguidos fueron de diferentes partes del Perú á agruparse bajo el estandarte de Pizarro, quien se encontró en estado de desafiar las fuerzas de Nuñez Vela. Entónces salió de Cuzco al frente de un ejército lleno de ardor y entusiasmo, y se puso en marcha hácia Lima, aunque sin estar bien decidido sobre el plan de conducta que debía adoptar.

El órden de los tiempos nos obliga á interrumpir la relacion de estos sucesos para referir la muerte del desgraciado Manco-Capac, que aconteció por esta época. Algunos españoles, entre los cuales se hallaba un llamado Gomez Perez, habian huído de Cuzco para escapar de la tiranía de los Pizarros, y hallado al lado del Inca proteccion y seguridad. Para jugar con los españoles, este príncipe se habia mandado hacer un juego de bolos bajo la direccion de estos, porque los indios no conocian esta diversion, en la cual gustaba el Inca ejercitarse. Gomez Perez, tan grosero como mal educado, suscitaba siempre disputas sobre las jugadas, y un dia entre otros contrarió con tanta insolencia y obstinacion al Inca, que este le pegó recordándole á quien hablaba. Furioso el español levanta en alto la bola que tenia en la mano, y la arroja con tanta fuerza á la cabeza del príncipe, que el desgraciado cae sin

vida en el suelo. Al ver esto los indios se arrojan sobre los españoles, que haciéndose fuertes en una cabaña, resistieron al principio á sus ataques; mas habiendo aquellos pegado fuego á la habitacion que les servia de refugio, quisieron huir, y sucumbieron todos bajo las flechas de los salvajes. Tal fué el fin de aquel desgraciado Inca, á quien su retiro en las mas escarpadas montañas de su reino no pudo librar de las manos de los españoles, y que murió víctima de los mismos á quienes colmara de beneficios.

Entretanto la posicion de Nuñez Vela en Lima era de cada dia menos halagüena. Su carácter violento le habia enagenado la voluntad de la mayor parte de sus oficiales, y afirmado á sus enemigos en sus proyectos hostiles. Su administracion era detestada por el pueblo, por los ciudadanos de todas clases, y sobre todo por los oidores de la audiencia real á quienes su altivez indignaba. Ya durante la navegacion habíanse manifestado entre ellos y el virey síntomas de frialdad y de desconfianza: esta falta de armonía habia ido en aumento desde su llegada, y este fué un nuevo elemento de discordia que vino á acrecentar los que existian ya en la comarca.

Instruido Nuñez Vela de la marcha de Pizarro y de la formidable actitud que tomara, comprendió

que no debia perder un momento en reunir fuerzas que pudiesen resistir á las de sus adversarios ; mas vióse flojamente secundado por los funcionarios públicos que habia nombrado. No fué este sin embargo el peor desengaño que tuvo que deplorar. Pronto echó de ver que no podia fiarse en sus oficiales, y vió á muchos de ellos pasarse á las banderas de Pizarro con los soldados que capitaneaban.

Pedro Puelles, gefe de distincion, que habia sido teniente de Gonzalo en Quito, apenas supo que su antiguo comandante marchaba hácia Lima, cuando se apresuró á ir á reunírsele, llevando consigo mas de cien hombres, la mayor parte de ellos montados. La noticia de esta defeccion llenó de despecho al virey, el cual envió al momento á Gonzalo Diaz con fuerzas suficientes para impedir la union de Puelles con Gonzalo; mas en lugar de desempeñar su mision, Diaz determinó á sus soldados á seguir el ejemplo de Puelles, y fueron juntos á reunirse con el ejército de Pizarro en Guamanga. Estas defecciones, que no fueron las únicas, dieron á conocer á Nuñez Vela que no debia fiarse en ninguno de sus capitanes, y en su consecuencia tomó la resolucion de dirigir él mismo todas las operaciones. Detestado del pueblo, abandonado de sus soldados, en todo contrariado por los jueces, manifestóse mas que nunca severo, hasta que un acto de crueldad llenó

la medida del odio de que era objeto y apresuró su caída. Habiéndose pasado á Pizarro dos parientes del comisario Illan Suarez, Nuñez Vela sospechó que este hombre honrado habia favorecido su fuga, y mandó á un oficial que fuese de noche con algunos soldados á la habitacion de Suarez, y lo trajese al instante á su presencia. Esta órden fué puntualmente ejecutada: intimóse á Suarez, sorprendido en la cama, que se levantara, y fué conducido ante el virey. En cuanto tuvo delante á Suarez, Nuñez Vela le dijo con acento descompasado: «¡Traidor! ¿con qué has enviado á tus sobrinos al servicio de Pizarro?— No soy traidor, señor,» respondió con calma Suarez. El virey replicó jurando: «Eres traidor al rey. — Señor, replicó el comisario, soy tan bueno y leal servidor del rey como vos.» Nuñez Vela, incapaz de moderar su furor, lanzóse sobre él, y le hundió su puñal en el pecho: los soldados que estaban presentes se arrojaron entónces sobre aquel desgraciado y le remataron sin que pudiese resistirse.

En cuanto este acto de crueldad fué conocido, conmovióse toda la ciudad: sabíase que el comisario habia sido siempre uno de los mas celosos partidarios del virey, y si tal tratamiento reservaba para sus amigos, ¿qué podia esperarse que haria con sus contrarios? Los jueces de la Audiencia

comenzaron una informacion , á consecuencia de la cual tuvo el virey que jurar que el crimen habia sido cometido sin participacion suya.

Otra medida causó tambien una gran sensacion en Lima : el virey dió orden á Cueto que prendiese á los hijos de Francisco Pizarro , y que los llevase á bordo de una nave, donde los tendria bajo su custodia , con el licenciado Vaca de Castro. Con este motivo dió á Cueto el mando de la flota, porque temia que Antonio de Ribera ocultase aquellos jóvenes confiados á su vigilancia. Esta traslacion hizo mucho ruido, el pueblo se conmovió , y los oidores enviaron á uno de ellos , el licenciado Zárate , á suplicar al virey que no retuviese á la hija de Pizarro , D.^a Francisca , en un lugar donde no podia permanecer sin desdoro suyo, entre marinos y soldados. No tan solo no pudo alcanzar nada acerca de esto, sino que el virey le manifestó su intencion de retirarse á Trujillo. Respecto de esto los magistrados le respondieron , que habiéndoles Su Majestad enviado para residir en Lima , estaban resueltos á no salir de esta ciudad sino por una nueva orden del monarca. El virey formó entónces el designio de apoderarse del sello real y llevarlo consigo á Trujillo, á fin de que si los oidores no querian seguirle, quedasen en Lima como simples particulares, sin poder dar audiencia ni despachar ningun negocio.

Conocedores los magistrados de este designio , enviaron á llamar al canciller , le quitaron el sello , y lo pusieron en manos del licenciado Cepeda , como el mas antiguo de todos. Redactaron en seguida una acta protestando contra toda violencia que se les hiciese para obligarles á salir de Lima , é invitando á todos los buenos ciudadanos á defenderles. De esta suerte encontróse el pueblo dividido en dos partidos ; uno que sostenia al virey , y otro que defendia á los oidores. Este era el mas popular y mas numeroso , si bien el primero se apoyaba en la fuerza.

El virey empezó por hacer levantar barricadas en muchas calles y fortificar su palacio : rodeóse de guardias y sus patrullas recorrían continuamente la ciudad. Entretanto reuniéronse en secreto los mas fogosos partidarios de los oidores ; mas como hubiesen fracasado en su tentativa de ganar la tropa del virey , hallábanse en extremo indecisos , mirando su causa como perdida. El peligro era urgente , cuando Francisco de Escobar , hombre distinguido y que gozaba de gran crédito , propuso osadamente tomar las armas , bajar á la calle y morir como valientes , ántes que dejarse prender sin defensa. Sus palabras electrizaron los ánimos , y todos los que asistieron á aquella reunion salieron de ella para correr á la plaza pública , aunque sin saber fijamente que era lo que iban á hacer.

Era media noche, y el virey fatigado de los trabajos del día acababa de retirarse para entregarse al sueño. Hallábase el palacio rodeado de fuertes destacamentos de soldados, que era imposible forzar. En aquel momento crítico y cuando los oidores y sus partidarios empezaban á perder toda esperanza, vieron con tanta sorpresa como alegría á dos oficiales, Robles y Ribera, que estaban de guardia en la puerta del palacio, abandonar su puesto con sus soldados y venir á reunirse con ellos. Este ejemplo fué seguido por otros, y la desercion se hizo en pocos instantes tan general, que solo quedaron para defender el palacio del virey unos cien hombres apostados en el interior.

Este cambio inesperado puso á los oidores en estado de tomar la ofensiva, y creyendo inútil disimular sus intenciones, hicieron publicar una proclama que atrajo una gran multitud del pueblo. En aquel momento fueron disparados algunos tiros desde las ventanas del palacio, y los soldados irritados con aquel acto de hostilidad, declararon á gritos que iban á tomar el palacio por asalto. No queriendo los jueces recurrir á la violencia hasta que no les quedase otro recurso, emplearon todos sus esfuerzos para calmar la exasperacion de los soldados, lo que felizmente alcanzaron. Entónces enviaron un oficial, Antonio de Robles y á fray Gaspar de Carvajal,

superior de santo Domingo, para entrar en tratos con el virey. Invitáronle á que fuese á la iglesia mayor para tener en ella una entrevista con los jefes del movimiento, suplicándole que dejara de tentar una resistencia imprudente, que podria ser fatal á él y á los suyos. Esta recomendacion era inútil, porque al acercarse los parlamentarios doscientos hombres, que habian permanecido hasta entónces en su puesto, lo abandonaron de repente. En esto soldados y populacho, á quienes nada contenia ya, entraron en el palacio y lo saquearon. Alarmado por este ataque repentino y temiendo por sus dias, Nuñez Vela tomó el único partido que le quedaba, y fué salirse por una puerta secreta para ir á la catedral, donde le aguardaban ya los oidores.

Pasaba esto el 28 de setiembre de 1544, y desde aquel momento los magistrados miraron su triunfo como seguro. Nuñez Vela era tan generalmente odiado, que su caída no fué endulzada por la menor muestra de compasion; sino que por el contrario todo el pueblo se entregaba por todas partes á la alegría. Despues de una corta deliberacion, los oidores determinaron enviar al virey á España, y acto continuo fué conducido á la costa para ser embarcado. Topóse empero con un obstáculo inesperado. El almirante Cueto negóse á obedecer una órden que consideraba como ilegal, y hasta amenazó

declararse contra los que acababan de usurpar la autoridad. Los oidores contestaron á esto que Nuñez Vela responderia con su cabeza de la obediencia del almirante , quien consintió por fin en lo que tan imperiosamente se le exigia , soltando los hijos de Pizarro y recibiendo al virey á bordo. Sin embargo como las naves no estaban en disposicion de hacerse á la vela , el virey fué enviado á una pequeña isla interin se disponia su regreso á España, á donde se dispuso que le acompañase el oidor Alvarez , á quien dieron sus cólegas el encargo de apoyar ante el emperador las acusaciones contra aquel dirigidas, y defender sus propias acciones.



CAPÍTULO XI.

Desavenencias de los oidores con Gonzalo Pizarro.—Entrada de este en Lima.—Se hace nombrar gobernador general.—Aparece de nuevo en escena Nuñez Vela.—Levantamiento de Diego Centeno.—Retirada del virey.—Batalla de Quito.—Muerte de Nuñez Vela.

El primer cuidado de los oidores, en cuanto fué reconocido en la ciudad su poder, fué ocuparse en los nuevos reglamentos, para cuya ejecucion proclamaron una próroga. Movíales á obrar así un doble motivo, á saber, dar una satisfaccion al pueblo exasperado con aquellos reglamentos, y encontrar un pretesto para alejar á Gonzalo Pizarro, cuya ambicion y poder les causaban no infundadas zozobras. Mas como por otra parte no podian esperar que un hombre del carácter de Pizarro se aviniese á abandonar tranquilamente la posicion formidable en que se colocara, quisieron ante todo sondear sus intenciones. Tomaron en su consecuencia el partido de enviarle un mensaje oficial para darle á entender que, no existiendo ya el motivo que le habia impul-

sado á tomar la armas , licenciara su ejército y fuese sin tardanza á Lima acompañado tan solo de veinte hombres. No era fácil encontrar personas bastante resueltas para desempeñar una mision tan peligrosa con un gefe del carácter de Gonzalo ; mas Agustin de Zárate (el historiador del Perú) y Ribera consintieron en encargarse de ella y partieron para el valle de Zanja , donde se hallaba aquel acampado. Pizarro tenia ya noticia de la embajada que se le mandaba , y temiendo que si los enviados de los oidores se presentaban ante el ejército y notificaban públicamente la órden de los magistrados , se promoviese alguna asonada entre sus soldados que desearan entrar en Lima en són de guerra , mandó al momento á Villegas , uno de sus capitanes, con un fuerte destacamento para detener á los mensajeros. Esta órden fué ejecutada sin dificultad , y Zárate, portador de los despachos, fué preso y conducido á Pariacuca , para que aguardara allí al general, que llegó á los diez dias.

Pizarro estaba muy distante de querer someterse á lo que mandaban los oidores : su ambicion escitada por las favorables circunstancias que le rodeaban, le mostraba cercano el dia en que podrian realizarse todos sus sueños de gloria y de poder : creía que en medio de la confusion que reinaba en el Perú, tocaba al momento en que podria llegar á la autori-

dad absoluta. Parecíale en efecto que el prestigio de su nombre y su propia celebridad debían ganarle todos los sufragios, y que el pueblo no podía dejar de preferirle á unos magistrados recientemente llegados al país y sin ningun conocimiento militar. Alentábale en estas ideas ambiciosas Francisco Carvajal, quien habiendo pasado su vida en los campamentos estaba por las medidas osadas y decisivas. «El simple título de procurador general, decia, no puede bastar á un Pizarro; preciso es que se haga nombrar gobernador general y comandante en jefe de los ejércitos del Perú.» Costóle poco á Pizarro adherirse á unas ideas que tan en consonancia estaban con las suyas, y que se hallaban robustecidas por el apoyo que le prestó uno de los oidores.

Cepeda, presidente á la sazón de la Audiencia, y consagrado en apariencia á los intereses de su partido, mantenía tiempo hacia una correspondencia secreta con Pizarro. Hábil y astuto, había visto que el poder de sus compañeros no descansaba en ninguna base sólida, y convencido de que la fortuna brindaría con sus favores á Pizarro, había procurado conciliarse las buenas gracias de este jefe, dándole seguridades de su activa cooperacion.

Entretanto Gonzalo se había acercado hasta á una milla de Lima, é intimado á los oidores que le reconociesen como gobernador y capitán general del

Perú; mas como estos vacilasen, Pizarro impaciente, quiso poner término de una vez á sus dudas.

Carvajal entró en la ciudad con un fuerte destacamento, mandó prender á veinte y ocho habitantes de los mas notables y conocidos como enemigos de Pizarro, y al dia siguiente hizo salir de sus calabozos á tres de los presos, y sin formacion de proceso mandó colgarles de un árbol á la entrada de la ciudad, amenazando tratar de la misma manera á todo el que se opusiese al nombramiento de Pizarro. Aterrorizados los oidores y sabiendo que Carvajal era hombre para realizar sus amenazas, consintieron en todo lo que se exigió de ellos. Los habitantes asustados, enviaron muchas diputaciones á Pizarro para suplicarle que pusiese freno á la crueldad de su capitan; y el general, que no habia espedido tales órdenes, deploró vivamente aquel funesto acontecimiento, que podia serle muy perjudicial, y mandó al momento á Carvajal que cesase en sus rigurosas ejecuciones, que pusiese en libertad á todos los presos, y hasta que se quitaran del árbol los cadáveres de los que habian sido ahorcados. Pizarro ordenó despues de esto su hueste, é hizo su entrada en Lima con gran pompa el 28 de octubre de 1544. Dirigióse en seguida, acompañado de sus principales gefes, á la habitacion de Zárate, donde estaban los oidores, los cuales le reco-

nocieron como gobernador y capitán general del Perú. Recibidos sus juramentos, Pizarro se trasladó á la municipalidad donde tuvo lugar la misma ceremonia; y desde aquel momento fué reconocido su poder primero en la ciudad, y luego en las provincias cercanas.

Viéndose ya Pizarro dueño de un poder que nadie le disputaba, nombró para los principales empleos á sus mas fieles partidarios. Proveyó ademas, por el ministerio de los magistrados de la Audiencia, al despacho de los negocios públicos y á la administracion de justicia. Mas aunque puso mucho cuidado en el puntual cumplimiento de sus deberes, no dejó de hacer descontentos. Fué uno de ellos el capitán Diego Gumiel, apasionado servidor que habia sido hasta entónces de Pizarro, el cual le abandonó repentinamente porque no habia obtenido de él un departamento de indios que le pidiera para uno de sus amigos. Empezó entónces á quejarse abiertamente del general y de los oidores, diciendo que habian usurpado el gobierno que tocaba de derecho al hijo de Francisco Pizarro, y que los buenos españoles debian reunir sus esfuerzos para hacer que fuese dada la autoridad al legítimo heredero de su antiguo gobernador. Como llegasen estos rumores á oídos de Gonzalo, encargó á Carvajal que tomase averiguaciones é impusiese silencio al

capitan. Daríale probablemente esta órden sin intencion de mandar una ejecucion violenta ; mas Carvajal, naturalmente inclinado á emplear los medios extremos, fuese en derechura á casa de Gumiel, y sin mas forma de proceso, le mandó estrangular y esponer su cadáver en la plaza pública. Tales actos de crueldad, con harta frecuencia repetidos con menoscabo del buen nombre de Pizarro, que cerraba los ojos á los actos bárbaramente atroces de su principal consejero, empezaron á suscitarle muchos descontentos.

Apénas estuvo Pizarro en el poder cuando vió que en vez de gobernar pacíficamente una comarca feliz, se veria pronto obligado á acudir á las armas para sostener su autoridad; mas de todos modos no creía que estuviese tan cerca el momento de la lucha, así como estaba muy distante de pensar en el enemigo formidable que contra él iba á levantarse.

Dejamos apuntado mas arriba que el virey habia sido puesto á bordo de una nave bajo la custodia de un individuo de la Audiencia, que debia llevarlo á España. En cuanto estuvo el buque fuera del puerto, Alvarez se acercó al virey con los ojos bañados en llanto y, ora fuese que sintiese en realidad remordimientos de haber tomado parte en un acto ilegal, ó que temiera las consecuencias de su conducta á su llegada á España, echóse á sus plan-

tas, y manifestándole su sentimiento por la parte que tomara en todo lo que acababa de pasar, declaróle que desde aquel momento era libre, y que solo él tendría el mando del buque. Juntósele pronto otra nave tripulada por amigos suyos, y el virey aprovechándose de estas circunstancias favorables mandó dirigir las dos embarcaciones hácia Tumbes.

En cuanto llegó á este puerto empezó á obrar con tanta actividad como energía: hizo que fuese reconocida su jurisdicción sobre esta colonia, y envió emisarios á todas las provincias para denunciar la conducta ilegal de Pizarro, é intimar á las autoridades de los establecimientos cercanos que viniesen á ponerse bajo sus banderas, amenazando con tratar como rebeldes á los que no obedeciesen. Comprendiendo cuan necesario era reunir fuerzas suficientes ántes que pudiese Pizarro marchar contra él, nada descuidó para juntar un ejército, y sus esfuerzos no fueron infructuosos. Reuniéronsele un gran número de españoles, unos por inclinacion, descontentos otros de la conducta violenta de Pizarro. Nuñez Vela se encontró pronto al frente de una hueste, poco numerosa sin duda para arriesgar una batalla, pero bastante considerable para servir de punto de reunion á los que se sintiesen inclinados á abrazar su causa. No pudo sin embargo permanecer mucho tiempo en Tumbes: un oficial de Pizar-

ro llamado Bachicao, que se hallaba casualmente en esta comarca con una mision particular, apoderóse de las dos naves, y obligó al virey á retirarse al interior.

Habiendo llegado á noticia de Pizarro que Nuñez Vela, puesto en libertad, trabajaba para recobrar el poder, envió á todas partes los oficiales que le eran mas adictos, con el doble objeto de reclutar soldados para él é impedir que el virey recibiera refuerzos. Esperaba destruirle fácilmente en cuanto lograrse interceptar toda comunicacion con la costa, puesto que Nuñez Vela carecia de medios para sostener largo tiempo la lucha en el interior de las tierras.

Sobrevino por este tiempo un suceso que, dividiendo las fuerzas de Pizarro, favoreció grandemente la causa del virey. Francisco Almandras, comandante por Gonzalo en la Plata, llevado de un celo indiscreto, habia hecho prender por meras sospechas á Gomez de Lema, uno de los habitantes mas distinguidos de la ciudad. Esta severidad exagerada descontentó á los demas moradores, que dirigieron representaciones á Almandras rogándole que pusiese en libertad al preso. Negóse este á escuchar sus reclamaciones, y como hubiese oído á algunos amigos de Lema decir en tono amenazador que ellos sabrian libertarle, dió orden para que el

desgraciado fuese estrangulado durante la noche, y que su cabeza fuese espuesta en la plaza pública. Este espectáculo llenó de indignacion y de sorpresa á los habitantes de la Plata, y convencidos de que sus vidas no estarían seguras mientras estuviesen en poder de un hombre tan cruel, reuniéronse muchos de ellos en secreto y trazaron una conspiracion contra Almandras. El mas distinguido entre los conjurados por sus talentos y categoría era Diego Centeno, antiguo partidario de Pizarro, y que le habia vuelto la espalda al verle arrogarse un poder arbitrario. Centeno escitó á los mas exaltados, y quedó resuelta la muerte del comandante. Los conjurados se reunieron un domingo en casa de su víctima con la intencion aparente de acompañarle á misa, y lanzándose de repente sobre él le apuñalaron, aunque teniendo la bárbara complacencia de no rematarlo, y arrastrándole hasta la plaza, le hicieron decapitar como rebelde y traidor al rey de España.

Esta insurreccion, pues realmente lo era, necesitaba un gefe, y fué elegido Centeno. Envió al momento Lopez de Mendoza á Arequipa para sorprender al gefe que mandaba allí en nombre de Pizarro: aquel huyó y Mendoza se apoderó de todas las armas y provisiones que pudo encontrar, alistó nuevos soldados y volvió á la Plata. Centeno se en-

contró con esto á la cabeza de doscientos cincuenta hombres.

Al acaecer esta rebelion Pizarro no estaba ya en Lima , sino que marchaba contra el virey resuelto á presentarle un combate, cuyo resultado no podia ser dudoso, atendida la diferencia numérica de los dos ejércitos. En posesion de las rentas públicas , teniendo bajo su jurisdiccion las principales ciudades del Perú , y estando al frente de un ejército valiente, numeroso y adicto, encontró desde luego tantos recursos como se presentaban al virey obstáculos. Decidido empero este á no aceptar la batalla se retiró á Quito para aguardar allí los refuerzos con que contaba.

Pizarro marchó en su seguimiento, y Carvajal, que mandaba la vanguardia , hubiera mas de una vez caído sobre los contrarios , á no estorbárselo la vigilancia de Nuñez Vela, que queria evitar un encuentro que le hubiera sido funesto. De esta suerte los dos partidos recorrieron , el uno marchando en retirada y el otro persiguiéndole, un espacio de mas de mil leguas. Durante esta marcha extraordinaria, de que hay pocos ejemplos en la historia, fueron indecibles las fatigas y los padecimientos por una y otra parte: unos y otros sufrieron los rigores del hambre y viéronse reducidos muchas veces á comerse sus caballos. Las tropas de Pizarro eran sin embar-

go las que mas padecian , puesto que Nuñez Vela nada dejaba en pos de sí , y Gonzalo vió renovarse todos los desastres de su espedicion á la Canela. Los soldados de uno y otro bando manifestaron una constancia á toda prueba , y ninguno se quejó de un destino tan cruel. El virey invitó muchas veces á los que estaban estenuados á que abandonasen su servicio, mas ninguno de ellos quiso aprovecharse de este permiso, apesar de la suerte que les amenazaba. Carvajal se apoderaba de los rezagados , y ¡ ay de ellos si eran de alguna categoría , pues eran muertos en el acto ! El ejército del virey llegó por fin á Quito en el estado mas deplorable.

Aquel mismo día la vanguardia de Carvajal apareció bajo las murallas , y Nuñez Vela tuvo que evacuar aquella plaza que le era imposible defender; saliendo de ella con tanta precipitacion, que su marcha mas que una retirada, parecia una derrota. Su ejército no experimentó ningun alivio, porque Pizarro continuó persiguiéndole con la misma rapidez y perseverancia. Nuñez Vela pudo escapar por fin á su enemigo, metiéndose despues de muchas fatigas en la provincia de Popayan , y Gonzalo, perdida la esperanza de darle alcance , dejó de perseguirle y volvió á Quito, donde era necesaria su presencia para hacer rostro á nuevos peligros.

Diego Centeno habia sido despues de su rebe-

lion infatigable en sus esfuerzos, y tomado una actitud temible: casi todas las provincias del sur le eran adictas y disponia de considerables fuerzas. Pizarro no perdió ni un solo instante para detener á tan peligroso enemigo, y envió al sur al fiel Carvajal, mientras que él permanecia en Quito para observar los movimientos del virey, y dar á sus soldados el descanso de que tanto necesitaban.

Nuñez Vela no permanecia entre tanto inactivo: en cuanto tuvo un momento de respiro empleó toda su energía en aumentar sus medios de resistencia. Benalcazar, capitan de grande influencia, cuyo nombre hemos citado tantas veces, habia ido á reunírsele y levantado con su activa cooperacion mas de cuatrocientos hombres en la sola provincia de Popayan. El virey mandó entónces intimar á todas las autoridades civiles y militares de las ciudades inmediatas que prestasen su apoyo á la causa legítima. Algunos de su bando, con el objeto de evitar los desastres que son consiguientes en toda guerra civil, le aconsejaban que entrase en negociaciones con Pizarro; mas Nuñez Vela rechazó este parecer con indignacion, declarando que no transigiria jamás con traidores y rebeldes, y que no habria entre él y ellos mas árbitro que la espada.

Pizarro conocia la firme resolucion de su antagonista, y conveníale por otra parte poner fin á

tan porfiada contienda. Como veía claramente que el virey no saldría de Popayan ínterin no se encontrase al frente de fuerzas superiores ó cuando menos iguales á las suyas, Gonzalo resolvió valerse de la astucia para hacerle salir de su retiro y atraerle al campo de batalla que él mismo eligiese. En su consecuencia hizo correr la voz de que iba á marchar contra Centeno, y que Pedro Puelles se quedaría en Quito con solos trescientos hombres. Fingió ponerse él mismo en disposicion de ejecutar este designio: señaló á los que debian formar parte de la expedicion y los que quedar debian con Puelles, y despues de una revista general salió de Quito, aunque deteniéndose á tres jornadas so pretexto de enfermedad. Su plan hubiera fracasado completamente á haber tenido el virey noticia de estos hechos por un conducto menos sospechoso; y en esto la casualidad sirvió á Pizarro á medida de sus deseos. Nuñez Vela tenia en Quito un espía encargado de seguir los pasos del enemigo; mas este espía, haciendo traicion al que le empleaba, descubrióse á Gonzalo, y le dió á conocer las cifras de que se servia en su correspondencia con el virey. Pizarro le mandó escribir todo lo que pasaba y entregó la carta al indio portador ordinario de aquellas comunicaciones: ademas de esto y por consejo suyo Pedro de Puelles escribió al ejército de Po-

payan que se habia quedado en Quito con solos trescientos hombres, y que si queria moverse hácia esta ciudad podia hacerlo sin temor puesto que el país habia quedado sin defensa con la ausencia de Pizarro. Puelles encargó esta comision á indios que habian sido testigos de la marcha del ejército de Gonzalo para que pudiesen afirmarlo, y lo preparó todo de suerte que las cartas fuesen fácilmente sorprendidas por los agentes del virey, como así sucedió en efecto.

Nuñez Vela dió crédito á estas cartas, que le parecian proceder de conductos tan diferentes, y figuróse que con sus cuatrocientos hombres venceria fácilmente á Pedro de Puelles, y que la derrota de este llevaria en pos de sí la de Pizarro. Salió pues de Popayan y marchó rápidamente sobre Quito. Conocedor Gonzalo de todos los movimientos del enemigo y sabiendo que estaba á doce leguas de la ciudad, reunióse con Puelles, y se adelantó al encuentro del virey, aunque por un camino distinto del que este habia seguido. Nuñez Vela llegó delante de Quito sin sospechar siquiera la estratagema empleada contra él, y firmemente convencido de que no tendria que combatir mas que con Pedro de Puelles, entró sin la menor oposicion en la ciudad, donde supo el lazo que le habian tendido y la reunion de los dos gefes. Esta noticia era para él

un golpe terrible , porque Gonzalo , con su último movimiento acababa de cortarle la retirada , y no habia mas recurso que rendirse ó combatir. El vi- rey optó por este último partido.

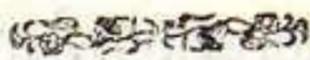
Al dia siguiente, 18 de enero de 1546 , el virey reunió sus tropas , las arengó para alentarles á que se mantuvieran fieles á su soberano , y dió en seguida la señal del combate. « Llegados los escuadrones á vista uno de otro , dice Garcilaso de la Vega , salieron arcabuceros de una parte y otra á trabar la escaramuza. Los de Pizarro hacian mucha ventaja á los del visorey , por la mucha y muy buena pólvora que llevaban , y los arcabuceros muy diestros por el mucho ejercicio que habian tenido ; y los del visorey todo en contra. Los escuadrones se acercaron tanto , que fué necesario recogerse los sobresalientes á sus banderas. De parte de Gonzalo Pizarro salió á recoger los suyos el capitan Juan de Acosta , y con él otro buen soldado llamado Paez de Sotomayor : entónces mandó Gonzalo Pizarro al licenciado Carvajal , que con su compañía acometiese por el lado diestro de los enemigos , y él se puso delante de su gente de caballo ; mas sus capitanes no lo consintieron , y lo pusieron á un lado del escuadron de la infantería , y con otros siete ú ocho en su compañía , para que de allí gobernase la batalla. La gente de caballo del visorey , que serian

hasta ciento y cuarenta hombres, viendo que los de el licenciado Carvajal iban á ellos, les salieron al encuentro y arremetieron todos juntos de tropel, tan sin órden y tan sin tiempo, que cuando llegaron á los enemigos iban ya casi desbaratados, por que una manga de arcabuceros que los esperaba por un lado, les hizo mucho daño, y el licenciado Carvajal y los suyos los maltrataron mucho, que aunque eran pocos tenian ventaja á los del visorey, porque ellos y sus caballos estaban descansados y fuertes para pelear; y los del visorey, por el contrario, cansados y debilitados, y así cayeron muchos de los encuentros de las lanzas; y juntándose todos pelearon con las espadas y estoques, hachas y porras, y fué muy cruel la batalla. A esta sazón acometió el estandarte de Gonzalo Pizarro con hasta cien hombres de caballo, y hallando los enemigos tan mal parados, los acabó de desbaratar con mucha facilidad. Por otra parte era grande la pelea de la infantería con tanta vocería y ruído, que parecia de mucha mas gente de la que era..... El visorey andaba peleando entre su gente de caballo, habia hecho muy buenas suertes, que del primer encuentro derribó á Alonso de Montalvo, y hizo otros lances con mucho ánimo y esfuerzo: andaba disfrazado, que sobre las armas traía una camiseta de indio, que fué causa de su muerte; viendo los suyos ya per-

didos quiso retirarse, mas no le dejaron, porque un vecino de Arequepa, llamado Hernando de Torres, se encontró con él; y no le conociendo, le dió á dos manos con una hacha de armas un golpe en la cabeza, de que lo aturdió y dió con él en tierra... El licenciado Carvajal, viendo vencidos los contrarios, anduvo con gran diligencia corriendo en el campo en busca del visorey, para satisfacer su ira y rencor sobre la muerte de su hermano: halló que el capitan Pedro de Puelles le queria matar, aunque estaba ya casi muerto, así de la caída, como de un arcabuzazo que le habian dado. A Pedro de Puelles dió á conocer al visorey un soldado de los suyos, que si no fuera por el aviso que este le dió, no le conociera segun iba trocado el hábito... Entónces mandó el licenciado á un negro suyo que le cortase la cabeza, y así se hizo y la llevaron á Quito (sic), y la pusieron en la picota; donde estuvo poco espacio hasta que lo supo Gonzalo Pizarro, de que se enojó mucho, y la mandó quitar de allí y juntarla con el cuerpo para enterrarlo... Algunos soldados hubo muy desacatados que le pelaron parte de las barbas... y un capitan de los que yo conocí trajo algunos dias por pluma parte de las barbas, hasta que tambien se las mandaron quitar. Así acabó este buen caballero, por querer porfiar tanto en la ejecucion de lo que ni á su rey ni á aquel reino convenia etc.»

Esta batalla costó la vida á cerca doscientos hombres del partido del virey , al paso que Pizarro, segun el testimonio nada sospechoso de Agustin de Zárate , no perdió mas que siete.

La conducta de Gonzalo Pizarro despues de la victoria fué muy distinta de lo que de él se esperaba , puesto que no manchó su triunfo con la muerte de ninguno de sus prisioneros, y mostró una clemencia cual no podia esperarse de su carácter. Repuso al bravo Benalcazar en el empleo de que gozaba ántes , mostrando la misma indulgencia con otros capitanes que le juraron obediencia. Mandó celebrar magníficos funerales en honor de Nuñez Vela y de otros personajes distinguidos que perecieron en el combate , asistiendo él mismo de gran luto á la fúnebre ceremonia , con sus principales gefes. Aquellos actos de clemencia , el perdon concedido al hermano de Nuñez Vela y su conducta en general eran á propósito para hacer nacer las mas lisonjeras esperanzas , así que la mayor parte de los españoles consideró aquella batalla como un acontecimiento venturoso, que iba á volver en fin la tranquilidad al país.



CAPÍTULO XII.

Dispersion de la partida de Centeno.—Carta de Carvajal á Pizarro brindándole á que se proclamara rey del Perú.—Cepeda le aconseja en el mismo sentido.—Negativa de Pizarro.—Su entrada triunfal en Lima.

Libre de su mas terrible enemigo , y terminada la guerra civil en aquella parte del Perú, Pizarro aprovechó su permanencia en Quito para ocuparse en todo lo que era necesario al restablecimiento del órden. Como no se le ocultaba la ilegalidad de su conducta , deseaba conciliarse los ánimos de todos tomando medidas justas y prudentes. La real Audiencia se hallaba completamente desorganizada , y por lo tanto se creyó con derecho para publicar las indispensables ordenanzas á fin de imprimir una marcha regular á los negocios públicos. Consagró todo su tiempo al exámen de la situacion interior del país , y auxiliado por Cepeda , su principal consejero y su confidente , adoptó sabias medidas y cuales nadie hubiera podido esperar de un soldado que habia hasta entónces vivido en los campamentos.

Sin embargo de que por la parte del Sur Carvajal habia obrado con actividad, no habia podido dispersar las tropas de Centeno, ni causarles una derrota decisiva. El jóven caudillo del movimiento de la Plata habia dado muestras de grandes talentos en las evoluciones militares que tenia que hacer todos los dias, ya para burlar á su enemigo, ya para evitar su persecucion, en que se empeñó aquel por espacio de mas de doscientas leguas. No le quedaban ya mas que ochenta hombres: el resto de su gente habia sucumbido á las fatigas y en las repetidas escaramuzas de Carvajal. Convencido de que no podria hallar asilo seguro en tierra quiso buscar uno en el mar, y siguió la costa hasta Arequipa, donde esperaba encontrar una nave; mas vióse de tal suerte acosado por su perseguidor, que, no pudiendo embarcarse, despidió á sus soldados y huyó acompañado tan solo de un oficial y un criado. Los fugitivos hallaron un asilo en una caverna donde permanecieron ocultos por espacio de ocho meses. Lopez de Mendoza, uno de los capitanes de Centeno, que habia logrado escaparse con algunos hombres, se refugió en el gobierno de uno de sus amigos, donde su reputacion atrajo en torno de él ciento cincuenta hombres, con los cuales abrió de nuevo la campaña. Una noche atacó el campo de Carvajal y pilló todos sus bagajes; mas cuando

estuvo á unas treinta leguas del campamento se detuvo para descansar en un pueblo, creyendo que Carvajal no habria podido seguir sus huellas; pero el anciano caudillo, activo é infatigable como un jóven, y picado de haberse dejado sorprender, habia montado á caballo y perseguido con tanto afán á Mendoza, que en la noche segunda de su marcha, al amanecer, llegó al pueblo donde Mendoza descansaba. Acompañado de solos dos hombres penetró en el aposento de su enemigo, y le prendió con todos los que con él estaban. Siguiendo sus instintos crueles le hizo cortar inmediatamente la cabeza, que envió á Arequipa para ser espuesta en una picota, por ser aquella ciudad donde Mendoza y Centeno habian levantado el estandarte de la rebelion contra Pizarro. Despues de esto Carvajal se dirigió hácia la Plata, donde resolvió permanecer algun tiempo, á fin de recoger cuanto pudiese de aquel rico metal en las abundantes minas del Potosí.

Allí fué donde recibió los despachos de Pizarro anunciándole la derrota y muerte del virey, é invitándole á que pasara á Lima para que juntos pudiesen concertar los planes que convenia adoptar. Hacia tiempo que Carvajal instaba á su gefe á que sacudiese toda dependencia del gobierno español, y se declarase dueño absoluto del país: al recibir las

comunicaciones de Pizarro, quiso tentar un nuevo esfuerzo en el ánimo de su amigo, y le escribió en el mismo sentido. Empezaba por recordarle que se había comprometido demasiado, empuñando las armas contra las tropas reales y matando al virey, para esperar encontrar jamás gracia en la corte de España, y proseguía diciendo: «No hay que fiar de promesas ni de palabras por certificadas que vengan, sino que vuestra señoría se alce y se llame rey; y la gobernación y el mando que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza y reparta lo que hay vaco en la tierra, por sus amigos y valedores; y lo que el rey les da temporal por dos vidas se lo dé vuestra señoría en mayorazgo perpétuo..... que por sustentar y defender ellos sus estados, defenderán el de vuestra señoría..... Y para atraer á los indios á su servicio y devoción, para que mueran por vuestra señoría, con el amor que á sus reyes incas tenían, tome vuestra señoría por mujer y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propíncua al árbol real, y envíe sus embajadores á las montañas, donde está encerrado el inca heredero de este imperio..... Y no repare vuestra señoría en que le digan que hace tiranía al rey de España, que no se la hace. Porque como el refrán lo dice, no hay rey traidor.

«Esta tierra era de los incas, señores naturales de

ella, y no habiendo de restituírsela á ellos, mas derecho tiene vuestra señoría á ella que el rey de Castilla, porque la ganó por su persona, á su costa y riesgo, juntamente con su hermano; y ahora en restituírsela al inca, hace lo que debe en ley natural; y en quererla gobernar y mandar por sí, como ganador de ella, y no como súbdito y vasallo de otro, tambien hace lo que debe á su reputacion: que quien puede ser rey por el valor de su brazo, no es razon que sea siervo por flaqueza de ánimo. Todo está en dar el primer paso y la primera voz.»

Tales razones eran convincentes; y un hombre tan ambicioso como Pizarro no podia menos de escucharlas favorablemente. A las instancias del viejo soldado uníanse otras representaciones de no ménos peso. El antiguo presidente de la Audiencia, Cepeda, apoyaba sin descanso los consejos que no cesaba de darle Carvajal. Pedro de Puelles, que de todos los capitanes de Pizarro era el que mas habia contribuido á su elevacion, y un gran número de otros amigos del general, participaban de los mismos sentimientos.

Gonzalo Pizarro recibió con grandes muestras de alegría estos consejos, y hasta se manifestó al principio dispuesto á dejarse dirigir por el celo de sus amigos. «Mas afortunadamente para el reposo del género humano, dice Robertson, pocos hombres

están dotados de esa fuerza de espíritu y de los talentos necesarios para concebir y ejecutar proyectos arriesgados, que solo pueden ser llevados á cabo trastornando el orden establecido en las sociedades, y violando las máximas que se miran como sagradas. Pizarro era resuelto y ambicioso, pero carecia del genio y del talento necesarios para desempeñar el papel con que se le brindaba. Intimidóle sin duda ia magnitud de semejante empresa, y dió otro rumbo á sus ideas. Imaginóse que la córte de España no querria acudir á medidas violentas contra él y que consentiria en dejarle gobernar el Perú. El inmenso poder que poseía ya y su influencia en el país parecian que debian determinar á los ministros á confirmarle en su título, mas bien que lanzar al Nuevo Mundo en una nueva éra de combates y de calamidades. Pensó por fin que mostrándose sumiso y deferente con el emperador, el brillo de sus triunfos y su actitud imponente harian olvidar lo que hubiese de ilegal en su conducta pasada.

Dominado por este pensamiento envió á España Maldonado, otro de sus capitanes, con el encargo de dar cuenta á la córte de todo lo que habia pasado en el Perú, cuidando de presentar los hechos bajo el punto de vista mas favorable. Debia insistir principalmente sobre los servicios prestados por

Gonzalo, y sobre los que podría prestar aun en el caso de conservarle en su gobierno: y por último debía protestar en nombre de su jefe de su sumision y obediencia á la autoridad real.

Gonzalo Pizarro pasó despues de esto á Lima, donde hizo su entrada con toda la pompa de un triunfo militar, acompañado de sus bravos capitanes y de sus veteranos, todos á pié, montado él en un magnífico caballo. El cabildo municipal salió de la ciudad para recibirle y felicitarle. Pizarro se encaminó en derechura á la catedral para adorar al Santísimo Sacramento: en todas las calles por donde pasaba era saludado por las aclamaciones del pueblo, que le llenaba de bendiciones y de acciones de gracias. Pizarro fijó su morada en el palacio de su hermano, y desplegó en todos sus actos el mayor fausto. Algunos escritores pretenden que su altanería llegó á hacerse intolerable, y que manifestó una arrogancia tal, que empezó á enfriarse la adhesion de no pocos de sus mas antiguos partidarios. El hecho es que aquel ignorante aventurero no habia nacido para brillar en tan elevado puesto. Las cualidades de que la naturaleza le dotara y que habian desarrollado el tiempo y sus hábitos, eran enteramente distintas de las que la córte exige. Gonzalo Pizarro era un soldado atrevido, un aventurero lleno de arrojo y firmeza; hasta se habia hecho un general

esperimentado y no falto de capacidad para dirigir una guerra ; pero no habia recibido ni de la naturaleza , ni de la educacion las cualidades propias para brillar en una sociedad culta. Sus maneras groseras , disculpables en un soldado, repugnaban en un gobernador, y el lustre de sus hazañas hacia resaltar todavía mas su ignorancia, del todo incompatible con el puesto que ocupaba.

En esto llegó á Lima Carvajal , á quien Gonzalo acogió de la manera mas lisongera y brillante, yendo á su encuentro, seguido de un numeroso acompañamiento, hasta á larga distancia de la ciudad, para manifestar su respeto y agradecimiento al viejo caudillo que tan señalados servicios le prestara. El regreso de Carvajal no hizo mas que estrechar los lazos que á Pizarro le unian. Los trabajos que el anciano gefe habia mandado hacer en las minas del Potosí le habian valido un millon de pesos , que depuso en el tesoro del gobernador. Renovó entonces sus instancias para que se declarase soberano del Perú ; mas este se negó á seguir el consejo de su amigo, aguardando confiadamente la vuelta de su enviado, y mas que nunca persuadido de que el gobierno no querria comprometer la tranquilidad de que gozaba el pais , despojándole á él de su autoridad.

CAPÍTULO XIII.

Planes propuestos en el Consejo en España para terminar las revueltas del Perú.— Es enviado á él Pedro de la Gasca.— Sus primeros actos.— Carta del rey á Gonzalo Pizarro.— Indecision del gobernador.

Desde la salida de Nuñez Vela el ministerio español no habia recibido ninguna noticia del Perú: ignoraba completamente los acontecimientos que allí habian tenido lugar, y la insurreccion por las ordenanzas relativas á los indios producida. Sacóle de la seguridad en que se hallaba el arribo simultáneo de Alvarez Cueto y Francisco Maldonado, enviados el uno del virey, el otro de Pizarro, que se presentaron juntos en Valladolid, donde residia entonces la córte. Los despachos que traian eran de naturaleza bastante alarmante para escitar la solicitud de Felipe, que gobernaba en ausencia de su padre, ocupado á la sazón en los asuntos de Alemania. El príncipe convocó á los ministros, al consejo de Indias y á muchos de los personages mas influyentes de la córte, y sometió á su deliberacion las graves cuestiones suscitadas por los hechos

que acababan de llegar á su noticia. Era en efecto evidente que el Perú se hallaba en un estado completo de anarquía, y la habilidad con que el enviado de Gonzalo procuraba paliar la conducta de su gefe, no pudo engañar al consejo sobre la verdadera situación de los asuntos, y sobre la ilegalidad del poder de que se habia apoderado Pizarro.

Escandalizáronse todos al saber que la autoridad real habia sido tan abiertamente despreciada, y la muerte de Nuñez Vela inspiró un sentimiento profundo de horror y de indignacion. La rebelion habia sido tan osada que parecia que en circunstancias tales no habia mas remedio que acudir á las medidas fuertes: así pues la mayor parte de los individuos propuso los medios mas violentos y mas enérgicos. Era de absoluta necesidad poner coto á la licencia que en el Perú reinaba, y no debia esperarse nada de entrar en avenencias con aventureros, que habian dado sobradas pruebas de lo poco que habia que fiar en sus protestas. Solo con la fuerza podia domarse á los rebeldes é imponerles el castigo que merecian. Resolvióse en su consecuencia enviar una espedicion al Perú. No habia que perder tiempo. Desde el momento en que Pizarro y los suyos fuesen declarados traidores y rebeldes á la corona, era preciso proceder con vigor y actividad, y no dejar tiempo al gefe de la re-

belion para tomar la iniciativa y proclamarse soberano independiente. No bastaba empero formar esta resolución ; era preciso ejecutarla , y la España no se hallaba entónces en estado de obrar con la energía necesaria : las arcas del tesoro estaban exhaustas , y los veteranos no podian abandonar la Alemania , donde su presencia era indispensable. Para enviar gente al Perú era pues necesario alistar reclutas , lo que ofrecia graves inconvenientes. Era de temer en efecto que aquellos soldados bisoños , seducidos por la perspectiva de un rico botin y por los atractivos de una vida mas independiente , abandonarían sus banderas para pasarse á los rebeldes ; á mas de que para transportar aquellas fuerzas necesitábase una flota considerable , y la marina de Carlos V no ofrecia bastantes recursos. Tales eran los obstáculos con que para la ejecucion del plan se tropezaba ; mas aun dado caso que se hubieran podido reunir bastantes hombres y naves , ¡ con cuan graves y sérias dificultades no hubiera sido preciso luchar al llegar al Perú ! Gonzalo podia ponerse en guardia contra los peligros de una invasion la mas poderosa : era dueño del mar del Sur ; podia cerrar el paso por Nombre de Dios y Panamá ; y la esperiencia habia demostrado ya las dificultades inmensas que se oponian á la marcha de una expedicion sobre Quito. Mas aun , y suponiendo vencidos

todos estos obstáculos, el ejército, lanzado de esta suerte á una comarca estensísima y desconocida, tendria que combatir con hombres avezados á los sufrimientos y á los peligros, endurecidos en las fatigas, mandados por gefes distinguidos por su valor y por su esperiencia en la guerra. Pizarro habia recorrido la mayor parte del país, y lo conocia perfectamente, lo que debia darle una inmensa ventaja sobre el general que contra él se mandase. Por último si la espedicion fracasaba, seria un golpe mortal para España; Pizarro se veria sólidamente establecido en su autoridad usurpada, dando un pernicioso ejemplo á los gefes de las otras comarcas del Nuevo Mundo, que aprovecharian la primera ocasion que se les ofreciese para hacerse independientes. Estas reflexiones esplanadas en el consejo modificaron la opinion de los mas calurosos partidarios de las medidas estremas. Faltaba ensayar el camino de la conciliacion: un mas detenido exámen de los asuntos y algunas conferencias con los enviados convencieron á todos que una marcha menos rigurosa traeria mejores resultados. Era evidente, segun la conducta observada por Gonzalo, que existia aun en su corazon un sentimiento de respeto y temor á su monarca, puesto que á no tenerlo no se hubiera dado tanta prisa en justificarse con él. Así pues, todo bien considerado era mas

conveniente recurrir á los artificios de la política que á la fuerza. Aprovechándose de las favorables disposiciones de Pizarro, y concediéndole bastante para demostrarle que el gobierno era moderado é indulgente con él, se podia volverle aun á su deber; ó bien podian despertarse entre sus partidarios los sentimientos de fidelidad, tan naturales á los españoles, y determinarles á abandonar á un usurpador.

El éxito de esta negociacion, tan importante como delicada, dependia enteramente de la habilidad y destreza del que de ella se encargase. El ejemplo de la administracion de Nuñez Vela era una prueba convincente de que semejante mision no debia confiarse á un hombre de carácter severo é inflexible. Mas que talentos militares y un rigor escesivo necesitábanse maneras persuasivas, elocuencia suave, conocimiento de los hombres y una profunda discrecion. Despues de muchas deliberaciones recayó la eleccion de los ministros en un hombre que por su vida retirada y por su modesto mérito parecia el menos á propósito para un puesto tan importante. Tal era Pedro de la Gasca, eclesiástico que no tenia mas título que el de consejero de la santa inquisicion. El gobierno le habia empleado ya en comisiones delicadas, que habia desempeñado siempre á satisfaccion de todos. Aunque no estaba revestido

de ningun cargo público no por esto eran sus talentos menos conocidos y apreciados. Distinguíase por una grande elocuencia y maneras afables; era de carácter apacible sin ser débil, y estaba dotado de una probidad superior á toda sospecha y de una prudencia consumada. La naturaleza empero no habia sido con él tan pródiga en las perfecciones del cuerpo, como en las dotes del espíritu, ya que segun Gomara, era de escasa estatura y tan mal constituido que parecia de medio cuerpo abajo un gigante, y un enano de la cintura arriba, y que su rostro era tan feo como desproporcionado su cuerpo.

La Gasca no retrocedió ante la honra que se le dispensaba, pero no admitió el título de obispo que se le quiso dar, contentándose con el de presidente de la audiencia de Lima. Hé aquí las condiciones que puso á su aceptacion, segun Garcilaso de la Vega: pidió que se le diese en todo y por todo el mismo poder que tenia Su Majestad en las Indias, á fin de que teniendo su autoridad nadie se negase á proporcionarle en un caso dado, las tropas, caballos, dinero, armas y naves que necesitase; pidió además que fuesen revocadas las ordenanzas; que se concediese una amnistía general para lo pasado; que no se pudiese proceder contra nadie de oficio, ni á peticion de ninguna parte contraria, dejando que cada cual gozase en toda seguridad de

sus derechos y bienes ; que le fuese permitido enviar á España el gobernador, si lo juzgaba á propósito para la tranquilidad del reino ; que se le autorizara para sacar del real tesoro todo el dinero que necesitase para pacificar el país , y reducirle á la obediencia por el buen gobierno y la recta administracion de justicia ; que pudiese disponer, durante su permanencia en el Perú, y en favor de quien quisiese , de todos los departamentos de los indios que estuviesen vacantes, como tambien de todos los destinos del imperio, y del gobierno de las conquistas hechas y por hacer. A todas estas peticiones añadió por conclusion, «que á él no le habian de dar salario sino una persona , como contador y ministro de Su Majestad , que gastase lo que él le mandase y conviniese , y despues diese cuenta de ello á los ministros de la hacienda real.» Sin embargo y como era el único sosten de su familia, pidió que durante su ausencia fuese mantenida por el rey, declarando solemnemente que no queria ni paga ni gratificacion de ninguna clase por llenar los deberes de su destino ; limitó su acompañamiento al número de criados absolutamente necesario, y partió, dice Robertson, «no llevando consigo mas que su sotana y su breviario.»

Gasca desembarcó en Nombre de Dios el 27 de julio de 1546. Fernando Mejía , que mandaba allí

en nombre de Pizarro, estaba al frente de fuerzas considerables, y tenia orden de oponerse á toda invasion hostil; pero la vista de un simple eclesiástico, de edad avanzada, y que no traía consigo ningun soldado no ofrecia ningun motivo de temor, y fuéle permitido que desembarcara tranquilamente. Su presencia escitó la burla y el desprecio de los soldados, y hasta hubo, segun Fernandez, quienes se propasasen á faltarle al respeto. Mas el venerable sacerdote no contestó sino con actos llenos de dulzura y de humildad, lo que hizo que la multitud cambiase de conducta respecto á su persona. En una entrevista secreta que tuvo con Mejía inclinó á este caudillo á secundar las miras de su soberano, y á que le prometiese declararse en su favor cuando fuese ocasion oportuna.

Desde allí trasladóse á Panamá donde se hallaba Hinojosa con una fuerte guarnicion, independiente de la flota que tenia á sus órdenes. Allí recibió una acogida de las mas favorables, é Hinojosa se condujo con él con la mayor atencion y respeto. Gasca se anunció como un mensajero de paz, y toda su conducta tendia á probar que lo era. Dijo que estaba encargado por Su Majestad de ver cual era el estado de las cosas en el Perú, no para castigar y ejercer una autoridad hostil, sino para curar los males del país, y tomar las medidas mas oportunas

para asegurar una pacificación general y el olvido de lo pasado. Añadió que estaba autorizado para revocar las leyes, causa primera de tantas turbulencias, y que el pueblo obtendría la reparación de todos sus agravios y el perdón de todas sus faltas, con tal que volviese á entrar en el órden y se sometiese á las leyes y á la autoridad legítima.

La edad respetable, el carácter oficial y las benévolas maneras de Gasca dieron gran peso á sus declaraciones, que fueron favorablemente acogidas. Hinojosa y otros gefes distinguidos siguieron el ejemplo de Mejía, de suerte que Gasca tuvo á su disposición las guarniciones de Nombre de Dios y de Panamá, y toda la flota. Alentado por este feliz comienzo, despachó un enviado al virey de Méjico, requiriéndole que le prestase su ayuda para el servicio de Su Majestad, y envió correos por todo el país para dar á conocer la naturaleza de las funciones que venía á desempeñar. Como repugnaban á su carácter naturalmente bondadoso las medidas violentas, y le horrorizaba la sola idea de derramar sangre quiso, ántes de acudir á tan terrible extremo, ensayar los medios de conciliación. Así pues escribió á Pizarro para anunciarle su llegada, los sentimientos que le animaban y el deseo que tenía de que pudiesen trabajar de consuno en secundar las miras de Su Majestad. Dentro de aquella carta iba otra escrita

por el mismo rey á Pizarro, concebida en los siguientes términos: «Gonzalo Pizarro, por vuestras letras y por otras relaciones he entendido las alteraciones y cosas ocasionadas en esas provincias del Perú despues que á ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorey y los oidores de la Audiencia real que con él fueron, á causa de haber querido poner en ejecucion las nuevas leyes y ordenanzas por nos hechas para el buen gobierno de esas partes y buen tratamiento de los naturales de ellas. Y bien tengo por cierto que en ello vos ni los que os han seguido no habeis tenido intencion á nos deservir, sino á excusar la aspereza y el vigor que el dicho visorey queria usar, sin admitir suplicacion alguna; y así estando bien informado de todo, y habiendo oído á Francisco Maldonado lo que de vuestra parte y de los vecinos de esas provincias nos quiso decir, habemos acordado enviar á ellas por nuestro presidente al licenciado de la Gasca, del nuestro consejo de la santa y general inquisicion, al cual habemos dado comision y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra, y provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios nuestro Señor y ennoblecimiento de esas provincias, y al beneficio de los pobladores vasallos nuestros que las han ido á poblar, y de los naturales de ellas; por ende yo os encargo y mando que todo lo

que de nuestra parte el licenciado os mandare , lo hagais y cumplais como si por nos os fuese mandado , y le dad todo el favor y ayuda que os pidiere y menester hubiere para hacer y cumplir lo que por nos le ha sido sometido , segun y por la órden y de la manera que él de nuestra parte os lo mandare , y de vos confiamos, que yo tengo y tendré memoria de vuestros servicios y de lo que el marqués D. Francisco de Pizarro , vuestro hermano , nos sirvió , para que sus hijos y hermanos reciban merced.

«De Venelo, á 26 dias del mes febrero de 1546 años.—YO EL REY.—Por mandado de Su Majestad , FRANCISCO DE ERASO.»

En cuanto llegaron á manos de Gonzalo Pizarro las dos cartas llamó á sus amigos , Carvajal y Cepeda , se las leyó y le pidió con alguna inquietud su consejo ; tal era la irresolucion que en su ánimo habian causado. Carvajal fué el primero en dar su parecer , y dijo que puesto que Gasca venia como mensajero de paz , que Su Majestad le habia conferido poderes para revocar las odiosas leyes causantes de los anteriores disturbios , que iban á entrar de nuevo en posesion de los privilegios y de los bienes que se les debia por derecho de conquista , no veía motivo alguno para manifestar al enviado del rey la mas ligera muestra de hostili-

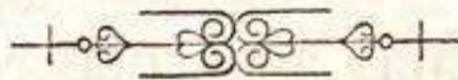
dad ; y que opinaba por el contrario que Gasca debia ser recibido como portador de felices nuevas , y acogido con demostraciones de alegría y de respeto ; terminando por proponer que se le saliese al encuentro y se le llevase en triunfo á Lima.

Cepeda, mas conocedor de los hombres que su cólega, fué de dictámen diametralmente opuesto : hizo presente que era verdad que el enviado hacia magníficas promesas ; pero que como no habia dado ninguna garantía para su ejecucion , podia violarlas á su gusto en cuanto se le ofreciese ocasion de hacerlo ; que seria una locura en Pizarro meter en su redil el lobo únicamente por que se presentaba cubierto con piel de oveja ; que siendo dueño de todo el país no debia permitir que le impusiesen leyes ; y por último que la aparente dulzura de Gasca no era mas que una máscara para ocultar la doblez de sus designios y llegar mas fácilmente á su objeto.

Dos pareceres tan opuestos no podian menos de aumentar las dudas de Pizarro, el cual se retiró sintiéndose sin valor para tomar una decision , si bien se inclinaba al dictámen de Cepeda. Poco tiempo despues reunió otro consejo, compuesto de los gefes mas distinguidos y de los principales habitantes , que componian juntas ochenta personas. Carvajal y Cepeda espusieron de nuevo delante de

aquella reunion las razones que dieran ántes á Pizarro; discutióse largo tiempo, y si bien no faltaron quienes se inclinasen al parecer de Cepeda, la mayoría adoptó el de Carvajal, que en realidad era el único que podia salvar á Pizarro. Mas este no tuvo ni la fuerza de carácter, ni la franqueza necesarias para seguirlo enteramente, y contestó á Gasca ponderando su fidelidad, los servicios que sus hermanos y él habian hecho al soberano, y quejándose del modo injusto como habian sido recompensados por todos sus trabajos; citando como prueba de ello la prision de su hermano Fernando, y el estado de indigencia á que se hallaban reducidos los hijos de don Francisco. Esta mezcla de protestas de fidelidad y de quejas estaba combinada diestramente y de tal suerte, que dejaba las cosas en el estado mismo en que se hallaban. Mas á los que rodeaban á Pizarro no se les ocultaba que, apesar de sus incertidumbres, hallábase mas inclinado á la guerra, y en efecto poco tiempo despues dió ya á conocer abiertamente los verdaderos sentimientos de que se hallaba animado. No le movian motivos de interés público, puesto que no dudaba de la sinceridad de Gasca al prometer la revocacion de las leyes que todos odiaban; sino el temor de verse privado de su gobierno, de su autoridad, y acaso de su fortuna. Hizo entónces lo que no habia querido hacer un

año ántes , y no dudó en romper los débiles lazos de dependencia que le unian todavía á la corona de España. Reconocia cuan fundados eran los consejos de Carvajal , cuando le amonestaba que se declarase independiente : y en efecto, en aquella época hubiérase mandado contra él un ejército, á cuyo desembarco le hubiera sido fácil oponerse, al paso que ahora iba á combatir, no contra soldados , sino contra la traicion que le envolvía ya por todas partes, y que hasta tomaba asiento á su lado en el consejo.



CAPÍTULO XIV.

Preparativos de Pizarro y de Gasca.—Sale de nuevo á campaña Diego Centeno.—Es derrotado en la batalla de Huarina.—Hermoso rasgo de Carvajal.

En cuanto Pizarro hubo por fin tomado la resolución de impedir por la fuerza de las armas que el presidente estableciese su autoridad en el Perú, reunió á sus principales partidarios y les manifestó sus intenciones. Carvajal declaró terminantemente que habia aconsejado hasta entónces una marcha distinta; pero que puesto que el gobernador juzgaba á propósito acudir á las armas, hallábase dispuesto á apoyar á su gefe con su celo y su intrepidez ordinarias. Todos los asistentes prometieron igualmente sus auxilios, y en su consecuencia se espidió una órden á Gasca para que saliese de Panamá y volviese á España.

Gonzalo Pizarro abandonóse entónces á su carácter violento y tiránico, y tomó medidas que nada puede justificar. Envió á España nuevos diputados encargados de disculparle y de pedir para él, en nombre de todos los ayuntamientos del Perú, su go-

bierno para mientras viviese, como único medio de establecer y conservar allí la tranquilidad. Los mismos diputados dieron á conocer las intenciones de Pizarro al presidente, y le notificaron la orden de salir del Perú. Eran igualmente portadores de instrucciones secretas para Hinojosa, en las cuales Pizarro le autorizaba para que ofreciese á Gasca un presente de cincuenta mil pesos, si es que queria hacer de buen grado lo que se le pedia, y le ordenaba que se desembarazase de él con el hierro ó el veneno en caso de que se resistiera.

El carácter pacífico del presidente y las circunstancias todas relativas á su mision daban lugar á que Pizarro creyese, que si el emperador habia elegido un ministro de paz para hacer una averiguacion sobre el estado de los asuntos, no era porque desease sinceramente adoptar medidas de conciliacion, sino porque le era imposible enviar un ejército suficiente para someter el país. En cuanto á él creíase entónces en la posicion mas ventajosa: habia á la sazón seis mil españoles al menos en el Perú, y todos habian abrazado abiertamente su causa; así pues el ejército de Gasca no debía inspirarle el menor recelo, y el éxito desgraciado de la mision del presidente debía ser un motivo mas para que el gobierno español le concediese lo que deseaba.

La actitud hostil que tomó Pizarro, sin haber sido provocada por ninguna demostracion de parte del enviado, perjudicó notablemente su causa. Muchos de sus partidarios, indignados de verle tomar las armas contra su soberano, declararon abiertamente su resolucion de sostener la causa de este. Mejía, Hinojosa y otros muchos, que solo aguardaban una ocasion oportuna, aprovecharon la que se les ofrecia, y emplearon sus esfuerzos todos para determinar á los que se mostraban aun indecisos á que siguieran su ejemplo. Lorenzo de Aldana fué á reunirse con Gasca, y habiendo pasado á Tumbes, decidió al comandante de esta plaza y á su guarnicion á que se pusiesen á las órdenes del presidente. Otras defecciones hubo del mismo género, de suerte que en el momento en que Gonzalo abrigaba la ilusion de que Gasca estaba de vuelta para España ó habia sucumbido víctima de su obstinacion, hirióle como un rayo la noticia de que el presidente era dueño de la flota, que se hallaba al frente de las tropas que formaban las guarniciones de las ciudades de la costa, y que se disponia á avanzar hácia el interior, donde el descontento que se manifestaba en diferentes puntos, le brindaba con esperanzas favorables.

Por mas que Pizarro no se hallase preparado á tan desastrosas noticias, no se dejó acobardar por

ellas, ántes sintió rebosarle el corazon de indignacion y de despecho. Hizo al momento los mayores preparativos para la guerra, y hallóse en poco tiempo al frente de mil hombres, todos veteranos y bien equipados. A fin de alcanzar este resultado no retrocedió ante ningun sacrificio, y Zárate pretende que aquel armamento le costó mas de cinco mil escudos. Con tales fuerzas podia ponerse sin temor en campaña; mas ántes de dar principio á las hostilidades, quiso cubrir con un barniz de justicia la violencia de su proceder. Estableció en Lima una Audiencia, de la cual nombró presidente á Cepeda, que á la sazón le era enteramente adicto. Este tribunal debia fallar acerca la acusacion formulada contra Gasca, Hinojosa y muchos otros, de haber quitado por traicion la armada al gobernador y apartado de su deber á sus soldados. Todos los acusados fueron declarados culpables y condenados á muerte. Cepeda firmó la sentencia en seguida, pero los demas jueces se negaron á hacerlo, alegando el carácter sagrado de Gasca, y temiendo incurrir en la escomunion poniendo su firma á la sentencia. Uno de los individuos del tribunal hizo presente estas razones á Pizarro, y añadió que si llegaba á publicarse aquella sentencia muchos de los comprendidos en ella se hallarian imposibilitados de volver á ellos, si algun dia se disgustaban de ser-

vir al presidente. Pizarro no se ocupó mas en aquel proceso, que no dejó de producir algun resultado, puesto que los aventureros, viendo que habian sido observadas las formas judiciales, se dieron por satisfechos con ello, y creyeron realmente que reuniéndose con Pizarro iban á combatir contra traidores y rebeldes. Concurrieron de todas partes á Lima con gran contentamiento de Pizarro, que se halló al frente de una hueste, que por la numerosa y valiente no habia tenido aun igual en el Perú.

Pronto sin embargo empezaron á tomar las cosas un aspecto muy distinto. Perdida por Gasca toda esperanza de traer á Pizarro á una avenencia, y convencido de la necesidad de emplear la fuerza para ejecutar su comision, ocupóse en reunir un cuerpo de tropas, mandando venir soldados de Nicaragua, Cartagena y otros establecimientos del continente. Reunidos todos esos refuerzos, salió de Panamá para ir á Tumbez, mientras que Aldana, acampado en el valle de Santa, espiaba los movimientos de Pizarro. El presidente veía aumentar todos los dias el número de soldados que iban á reunírsele, unos huyendo de las violencias de Gonzalo, otros porque querian aprovecharse de las condiciones ofrecidas en nombre del monarca por su representante. Mas los recelos del gobernador aumentaron mucho mas cuando supo que el intrépido

Diego Centeno se habia puesto nuevamente en campaña. Dijimos mas arriba de qué manera este hombre animoso habia burlado las persecuciones de Carvajal y refugiándose á una caverna, aguardando la ocasion de prestar nuevos servicios á la causa por la cual con tanto arrojo peleara. Aquella ocasion habia llegado.

Un habitante de Arequipa se habia levantado con trece hombres en favor de Gasca, y puesto al frente de esta pequeña partida se fué al lugar donde se habian refugiado muchos de los compañeros de Centeno, los cuales se le reunieron en seguida. El mismo Centeno, sabedor de este movimiento, salió de su escondite y tomó el mando de una cincuentena de soldados mal equipados, pero de un valor á toda prueba. Centeno les propuso marchar sobre Cuzco y apoderarse de esta ciudad por sorpresa. Los soldados aceptaron con entusiasmo este proyecto de ejecucion tan difícil como peligroso.

Cuzco estaba defendido por Antonio de Robles, jóven é intrépido capitan, y por una guarnicion de trescientos cincuenta hombres de tropas regulares. Apesar de esta desigualdad numérica Centeno y sus bravos compañeros se pusieron confiadamente en marcha, cual si fuesen á una victoria cierta. A fin de aumentar sus esperanzas, Centeno dijo á los suyos que sabia de positivo que los habitantes de

aquella ciudad se declararían en su favor y que la guarnición seguiría su ejemplo. Apesar de las seguridades que les daba, estaba cierto que los habitantes no harían ninguna demostración en favor suyo hasta haber salido bien con su empeño; y por lo tanto resolvió apoderarse de la plaza por sorpresa y á favor de la noche. El escaso número de sus soldados le permitió avanzar con el mayor secreto hasta las inmediaciones de Cuzco, y á la entrada de la noche puso en planta el ardid que había concebido y fué el siguiente: despues de haber mandado quitar las riendas á sus caballos, hizo atar á sus cabezas y á los arzones de las sillas mechas encendidas, y dió orden á los criados indios que los hicieren correr tanto como pudiesen, á fin de abrirse paso en la ciudad. Antonio de Robles, sabiendo que debía ser atacado, había formado su gente en batalla en la plaza, dando el frente á la única calle por la cual creía que podía Centeno penetrar. En esto los indios se metieron en la ciudad con tanta furia, que rompieron el batallón de Robles, sin que los suyos pudiesen saber contra quienes peleaban, estrañando no poco el ver los caballos sin sus ginetes. En esto acudieron Centeno y sus soldados por otra calle, y cargaron á Robles por la derecha, disparando sin cesar sus arcabuces y dando fuertes gritos para hacer creer que eran muchos en número. Introdújose

el desorden en las filas , los soldados se dispersaron y Centeno se encontró dueño de la ciudad sin derramamiento de sangre. Despues de su victoria manifestó una gran moderacion , y hasta hubiera perdonado á Robles , que habia sido hecho prisionero ; mas presentado á Centeno le habló con tanta insolencia , afeando su conducta , que indignado este le mandó cortar la cabeza. La guarnicion de Cuzco se puso casi toda á las órdenes de Centeno , quien se encontró de repente gefe de una partida bastante numerosa para inspirar serias inquietudes á Pizarro.

Encontrábase este estrechado por tierra y por mar , puesto que Aldana habíase presentado con su flota en la bahía de Lima. Mas no era Gonzalo hombre que se dejase acobardar fácilmente por las vicisitudes de la fortuna. Habia estado espuesto por espacio de diez años á tantos peligros , habia suportado calamidades tan extraordinarias , que nada era ya capaz de hacer nacer en su alma intrépida el menor sentimiento de alarma ó de postracion. Como el peligro con que le amenazaba Centeno era el que mas convenia alejar , quiso acelerar su marcha contra él á fin de dispersar sus tropas ántes de que pudiese reunirse con Gasca. Por otra parte las deserciones diarias le ponian en la necesidad de vencer á toda costa. Ántes de partir exigió de los capitanes, y despues de los soldados, el juramento solemne de

permanecer hasta la muerte fieles á su estandarte. Los que mas resueltos estaban ya á abandonarle fueron los primeros en jurar lo que se les exigia, con cuyo motivo decia el viejo Carvajal: «No se pasará mucho tiempo sin que veais el caso que se hace de esas promesas, y el cuidado que se tiene en respetar la santidad del juramento.»

Pizarro emprendió su marcha con una rapidez extraordinaria; pero la defeccion era de cada vez mas alarmante. Cada dia abandonaba sus filas ó un gefe distinguido ó una partida de soldados; y lo que mas aumentaba su despecho era verse abandonado por muchos de los que habian recibido de él mayores pruebas de cariño. No tardó en encontrarse con Acosta, á quien habia mandado adelante. Desanimado y sin fuerzas Acosta se presentó á su comandante en Arequipa, con el escaso número de los que le habian permanecido fieles. Pizarro redobló su vigilancia, sobre todo durante la noche, mas á pesar de sus infatigables esfuerzos, no pudo contener los progresos del mal, y cuando llegó á la vista del enemigo, en las cercanías de Huarina, no tenia mas que cuatrocientos soldados. Verdad es que podia mirarles como hombres de lealtad bien probada y contar enteramente con ellos. Eran los mas audaces y resueltos de sus partidarios, los cuales conociendo, como él mismo, toda

la estension de su crimen, desesperaban de alcanzar su perdon, y tan solo podian escapar del castigo con el triunfo.

El enemigo estaba apostado cerca del lago de Titiaca, y Centeno, confiado en la superioridad de sus tropas, dos veces mas numerosas que las de Gonzalo, resolvió presentarle la batalla. Antes sin embargo de llegar á las manos Pizarro quiso ensayar de venir á un acomodamiento. Al hacerlo ni obra por miedo, ni porque temiese la desercion, puesto que sabia cuan adictos le eran los soldados que le quedaban; movíale tan solo la esperanza de que atraeria á Centeno, por el recuerdo de su antigua amistad, á hacer causa comun con él. Escribióle pues recordándole ingeniosamente que habian sido compañeros de armas en empresas tan importantes como gloriosas. Invitóle á que no olvidase su antigua amistad, los favores que le debia, el desinterés con que le habia en una circunstancia memorable salvado la vida, y rogóle por todos estos motivos que consintiese en un arreglo que pusiese término á sus diferencias, sin fiarlas á la suerte de una batalla. Centeno contestó en términos que daban á conocer su moderacion y su política. Deseaba tanto como Pizarro, decia, ver terminarse amigablemente la querella que á los españoles dividia, y estaba dispuesto á concurrir á un resultado tan feliz por

cuantos medios estuviesen á su alcance ; añadia que no habia olvidado ni la amistad que en otro tiempo les uniera, ni los favores que le debia ; que su mayor deseo era probarle su reconocimiento, y que por lo tanto nada habia que no estuviera dispuesto á hacer para servirle, sin menoscabar su honor ó faltar á sus deberes para con el rey. Invitábale en su consecuencia á que se pasase á su campo y reconociera la autoridad real : el presidente Gasca, echando el velo del olvido sobre lo pasado, no se acordaria mas que de los grandes servicios prestados por Gonzalo Pizarro ; aguardábale un destino honroso, y el mismo Centeno no perdonaria medio alguno para acelerar la negociacion.

Esta respuesta estaba muy distante de satisfacer al gobernador : le era imposible aceptar tales condiciones sin empañar su glorioso renombre : hubiérasele acusado de que habia tenido miedo á su antagonista. Quedó resuelto el que se diera la batalla : sus oficiales secundaron sus intentos , y marchó hacia Huarina con decision y valor. Centeno, contando con la victoria, se adelantó á su encuentro : Carvajal, cuyos talentos militares y larga esperiencia inspiraban á Pizarro una entera confianza, recibió el encargo de formar su reducida hueste en batalla. Juan de Acosta debia acosar al enemigo con un pequeño destacamento ; aquel se puso al frente de la ca-

ballería; Pizarro tomó el mando de la infantería; sus principales capitanes, Cepeda, Bachicao y Guevero, tuvo cada uno un puesto importante.

La batalla de Huarina tuvo lugar el 20 de octubre de 1547. Fué el combate mas sangriento y decisivo que se habia dado hasta entónces en el Perú. Los dos ejércitos, despues de haber avanzado el uno contra el otro en el mayor órden, se detuvieron á alguna distancia, como en la incertidumbre de quien debia empezar al ataque. En este momento Pizarro envió al P. Herrera, capellan de su ejército, para conferenciar con Centeno, y requerirle que no se opusiese á su paso, haciéndole responsable de todas las calamidades que sobreviniesen si se obstinaba en rehusarlo. Semejante proposicion en aquel momento no podia menos de ser rechazada: creyóse que tan solo el miedo habia determinado á Pizarro á dar aquel paso, y Centeno, confiando cada vez mas en sus fuerzas, dió la señal del ataque.

Carvajal mandó entónces á Juan de Acosta que comenzara el combate con treinta arcabuceros y que se retirase inmediatamente á fin de que el enemigo le persiguiese. Pasóse mucho tiempo ántes que la accion se hiciese general: Carvajal se valia de todos los medios imaginables para retardar ese momento: su plan era fatigar al enemigo con repetidas escaramuzas, á fin de agotar las fuerzas de los soldados

de Centeno é introducir el desórden en sus filas. Mas Centeno conocia bastante el arte de la guerra para adivinar el objeto de su prudente antagonista, y sabia ademas cuanta ventaja le daban sus fuerzas superiores en un terreno igual y tan favorable á sus evoluciones ; así pues dió órden á su caballería para que cargase con vigor el ala mandada por Pizarro, mientras que la infantería la seguia para secundar sus esfuerzos.

Dióse el ataque con un ímpetu extraordinario: la carga fué tan rápida y terrible, que los soldados de Pizarro no pudieron sostener el choque. Quedaron las filas aportilladas y desordenadas, y el general solo debió la vida al buen temple de su armadura, viéndose obligado á refugiarse en el centro de su infantería. Cepeda fué derribado de caballo y gravemente herido. Empezaban ya á resonar los gritos de victoria en el ejército de Centeno. Pizarro, dando por perdida la jornada, queria lanzarse en medio de las filas enemigas y buscar en ellas una muerte gloriosa ; pero Carvajal, con la calma y sangre fria de un veterano, mandó á sus soldados que permaneciesen firmes en su puesto y que hiciesen fuego sin tregua á espaldas del enemigo mientras estaba combatiendo con la otra ala del ejército. A consecuencia de esta hábil maniobra cambió el aspecto del combate. Los arcabuceros, apuntando con un acierto ad-

mirable, continuaron hostigando al enemigo, al cual cargó entónces Carvajal con vigor al frente de la caballería. Alentado Pizarro por aquella venturosa diversion hizo nuevos esfuerzos, y la victoria empezó á inclinarse en favor suyo. Fué sin embargo disputada largo tiempo, puesto que los de uno y otro bando peleaban con igual encarnizamiento; hasta que por fin el ejército de Centeno fué derrotado despues de haber sufrido una pérdida considerable. Quedaron sobre el campo de batalla trescientos cincuenta de los suyos, entre ellos su segundo comandante y la mayor parte de sus oficiales; el número de los que quedaron fuera de combate fué igual al de los muertos, y de ellos sucumbieron mas de ciento á consecuencia de las heridas recibidas. Pizarro perdió tambien mucha gente con relacion al escaso número de sus soldados, pues tuvo cerca un centenar de muertos y muchos heridos.

Los vencedores encontraron en el campo enemigo un rico botin, cuyo valor hace subir Fernandez á un millon cuatrocientos mil pesos. Diego Centeno, que hacia algunos meses que estaba enfermo no pudo tomar parte activa en el combate, y se hizo llevar en una litera. Cuando vió que no quedaba ninguna esperanza, montó en un caballo que llevaba siempre cerca, y huyó á fin de evitar la persecucion de Carvajal, cuya obstinacion le era harto co-

nocida. No tomó el camino de Cuzco ni el de Arequipa, sino que atravesó los desiertos acompañado de un sacerdote llamado el P. Biscoin, con el cual se trasladó á Lima.

En el decurso de esta historia hemos tenido que referir tantas crueldades con que se deshonraron muchas veces los vencedores, que tenemos ahora un gusto en citar un hecho que hace honor á la generosidad y al agradecimiento de Carvajal, cuyo relato copiamos de la historia de G. de la Vega, quien en su sencillez nos ha dejado cuadros de costumbres sumamente curiosos. «Atras le dejamos, que iba camino de Arequipa en seguimiento de los que habia vencido. Los de aquella ciudad, así de los que escaparon de la batalla de Huarina como de los pocos que en ella vivian, que por todos serian hasta cuarenta hombres, sabiendo que Carvajal iba hácia ellos, huyeron de la ciudad y tomaron el camino de los Reyes por la costa de la mar. Francisco de Carvajal que supo la huída de ellos, luego que entró en la ciudad envió tras ellos un famoso soldado suyo con otros veinte y cinco arcabuceros de los que se tenian por discípulos de tal maestro; y él por escelencia los llamaba hijos... y sin que alguno de ellos (los fugitivos) se escapase, los volvieron todos á Arequipa. Entre ellos venia un hombre noble, conquistador de los primeros, y vecino de aquella ciu-

dad , llamado Miguel Cornejo. El cual en años pasados habia hecho un regalo y beneficio á Francisco de Carvajal , luego que entró en el Perú ántes que tuviera indios ni fama en la tierra. Y fué que caminando Francisco de Carvajal con su mujer D.^a Catalina Leyton y una criada y dos criados que iban á las Charcas llegaron á Arequipa ; y como en aquellos tiempos y muchos años despues no hubiese mesones de hospedería en todo el Perú , sino que los caminantes se iban á posar á casa de los vecinos naturales de su tierra ó de su provincia , que en aquellos tiempos habia tanta generosidad en los señores de vasallos de aquella tierra, que bastaba este titulo para recibirlos en sus casas y hacerles todo buen hospedaje , no solamente dias y semanas, sino tambien meses y años , dándoles de comer y vestir hasta que se habilitaban á ganar de comer por sus personas , ejercitándose en granjerías como todos hacian. Pues como Francisco de Carvajal no tuviese en aquella ciudad pariente , ni amigo , ni conocido donde ir á recogerse, se estuvo mucho espacio, que pasó de tres horas , en un rincon de aquella plaza á caballo con toda su familia. Lo cual notado por Miguel Cornejo (que miró en ello yendo á la iglesia y volviendo segunda vez á la plaza) se fué á él y le dijo : ¿qué hace vuesa merced aquí, que ha mas de tres horas que le vi como ahora está? Car-

vajal dijo : señor , como no usan mesones en esta tierra , ni yo tengo pariente ni hombre conocido en esta ciudad , no sé donde irme á posar ; y así me estoy aquí. Miguel Cornejo replicó : teniendo yo casa no hay necesidad de meson para vuesa merced , que mi posada será casa suya, donde le serviremos con todas nuestras fuerzas , como lo verá. Diciendo esto los llevó á su casa y les hizo todo buen hospedaje , y los tuvo en ella hasta que el marqués D. Francisco Pizarro dió un repartimiento de indios á Francisco de Carvajal en aquella ciudad.

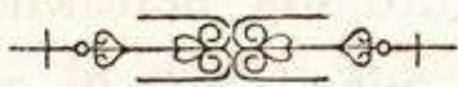
«Sabiendo Francisco de Carvajal que entre los que traían presos venia Miguel Cornejo , mandó que se los llevasen todos donde él estaba , y habiéndolos reconocido, se apartó con Miguel Cornejo en un aposento á solas , y se le querelló tiernamente diciendo : señor Miguel Cornejo, ¿por tan ingrato y desconocido me tiene vuesa merced , que habiéndome hecho la merced y beneficios que en años pasados en esta misma ciudad me hizo , no esperase de mí que se los habia de agradecer y servir en cualquiera ocasion que me hubiese menester?... ¿Tan de poco momento fueron los regalos que vuesa merced nos hizo en su casa , que los habia de olvidar en ningun tiempo? Pues para que vuesa merced sepa cuan en la memoria los he traído y traigo siempre, le hago saber que tuve muy larga y cierta noticia

de donde y como se escondió Diego Centeno en el repartimiento de vuesa merced, y la quebrada y cueva donde estuvo encerrado, y que los indios de vuesa merced le alimentaban.

« Todo lo cual disimulé por no dar pena á vuesa merced, y por no enemistarle con el gobernador mi señor que lo tenia consigo; que bien pudiera yo enviar dos docenas de soldados que fueran divididos por tres ó cuatro partes y me trajeran á Diego Centeno, y por vuesa merced le hice aquel beneficio con ser tan mi enemigo..... Pues habiendo respetado por vuesa merced á un enemigo tan grande como Diego Centeno, ¿cuánto mas respetaré su persona y la de sus amigos y conocidos y á toda esta ciudad por vivir vuesa merced en ella? Cierto no perderé esta queja de vuesa merced mientras viviere; y para que se certifique en lo que he dicho, le doy licencia para que se vaya á su casa y mire por su salud con toda quietud, y asegure esta ciudad y á todos los que trajo consigo, que por vuesa merced quedan libres y exentos de todo el castigo y pesadumbre que les pudiera hacer. »

La victoria de Huarina cambió por algun tiempo el estado de las cosas: el partido del presidente experimentó á consecuencia de ella un golpe terrible, al paso que se robusteció el de Pizarro. El lustre de aquella hazaña era para imponer admira-

cion é inspirar temores á los que habian abandonado su causa. Muchos consideraron á Pizarro como invencible en el campo de batalla , tanto mas cuanto que tenia á su lado á Carvajal, el primer hombre de guerra del Perú. Verificóse por consiguiente una reaccion en los ánimos , y las filas del gobernador aumentaron con la misma rapidez con que algunos dias ántes habian disminuido.



CAPÍTULO XV.

Situación de los dos partidos.—Batalla de Xaguixaguana.—
Caída definitiva de Pizarro y de los suyos.

Entretanto tenían lugar otros acontecimientos en diferentes partes del Perú que compensaban, con no poca ventaja para Gasca, la brillante victoria de Pizarro en Huarina. Apenas hubo salido este de Lima para marchar contra Centeno, cuando los habitantes, hasta entónces contenidos por el temor, manifestaron abiertamente sus sentimientos. Estalló un levantamiento, fué enarbolado el estandarte real, y Lorenzo de Aldana tomó posesion de la ciudad. Por el mismo tiempo Gasca habia desembarcado con quinientos hombres en Tumbes. Alentados con su presencia habíanse declarado por el rey todos los países de la costa, y la situación de los partidos habia completamente cambiado. Cuzco y las provincias adyacentes estaban en poder de Pizarro, mientras que todo lo restante del imperio desde Quito al Sur reconocia la autoridad del presidente.

Gasca continuaba dando pruebas de ese espíritu de dulzura y moderacion á que tan buenos resulta-

dos habia debido hasta entónces. Procurando mas bien que castigar volver los extraviados al camino del deber ; con mas deseos de persuadir que de vencer, parecia en todas las ocasiones poner mas confianza en su carácter de ministro de un Dios de paz , que en sus elevadas funciones como delegado de un poderoso monarca. Manifestaba sobre todo un deseo ardiente de terminar la querella sin efusion de sangre. Sin embargo y aunque en toda su conducta demostrase esos sentimientos pacíficos, no descuidaba el tomar sus medidas para hallarse preparado para la guerra, y esas medidas probaban que poseía tantos talentos militares, como virtud y benevolencia. El pueblo empezó á mirar al presidente , no solo con cariño, sino con esa especie de veneracion profunda que todo hombre de un mérito eminente está seguro de inspirar, cuando reune á él la sencillez de costumbres y una modestia sin afectacion. La pequeña estatura de Gasca, su esterior poco ventajoso, su desprecio por toda clase de pompa fueron olvidados , y no pocos de los que habian intentado atraer el ridículo y el desprecio sobre un magistrado humilde y sin apoyo, como le considerabañ á su llegada, cambiaron completamente de sentimientos y le colmaron de manifestaciones de respeto y obediencia.

Viéndose sostenido por la opinion el presidente

no vaciló en avanzar hácia el interior del país, y púsose en marcha con direccion al hermoso valle de Jauja, que señaló como punto de reunion de los realistas. Este valle, situado en el camino de Cuzco, convenia admirablemente á sus proyectos, á causa de su posicion y su fertilidad. Determinóse por muchas consideraciones á permanecer en él largo tiempo: ocupábale constantemente su plan favorito de terminarlo todo por medio de un convenio amistoso, y no perdía la esperanza de lograrlo. Estaba resuelto á probar una nueva tentativa con Pizarro ántes de aventurar el éxito de una batalla; por otra parte, y aunque sus tropas manifestaban estar animadas de un gran celo y de las mas favorables disposiciones, no podia menos de reconocer que no bastan la adhesion y el valor para alcanzar la victoria, que se necesitaban ademas la disciplina y los hábitos militares, y que su ejército carecia de estas cualidades. Compuesto en su mayor parte de jóvenes voluntarios y de hombres poco avezados al oficio de las armas, su hueste, aunque conducida por oficiales distinguidos, parecia muy inferior á la de Gonzalo, que se componia de lo mas escogido de los veteranos del Perú. Así pues el primer cuidado del presidente fué ejercitar á sus soldados en las maniobras militares, á cuyo efecto se detuvo dos meses en Jauja.

En cuanto Pedro de Valdivia, gobernador de Chile, recibió la noticia de la llegada de Gasca y de la rebelion de Pizarro, apresuróse á prestar su auxilio á la causa real, y llegó por aquellos dias con un refuerzo considerable. Su presencia en el campo fué utilísima, puesto que sirvió para disipar los temores que habian nacido en el corazon de los soldados, y que empezaba á desanimarlos, sobre todo despues de la desastrosa batalla de Huarina. Los que habian escapado á la matanza de aquella jornada pintaban con tan exagerados colores el valor y la fortuna de Pizarro, y las hazañas de Carvajal, que estos dos nombres habian llegado á ser un objeto de terror para los soldados; mas la llegada de Valdivia logró prevenir los malos efectos que semejante impresion hubiera acabado por producir. Gasca dió diferentes fiestas militares con el objeto aparente de celebrar la llegada de aquel caudillo, pero en realidad para ocupar á los suyos y no dejarles en una fatal inaccion.

Orgullosa Gonzalo Pizarro con el resultado de la batalla de Huarina, se hallaba poco dispuesto á dar oídos á proposiciones de paz. Mirábase casi como invencible, y hasta tal punto le embriagaba esta ilusion, que no cuidaba de escuchar los consejos de aquellos á quienes mostraba ántes mas deferencia y respeto. Cepeda que hasta allí ejerciera sobre él

tan grande influencia, no tenia ya ninguna: despues de la victoria de Huarina mostrábase tan celoso partidario de la paz, cual lo habia sido de la resistencia. Segun él las circunstancias eran las mas á propósito para entablar negociaciones: la actitud de Pizarro, decia, no podia dar lugar á que se sospechase que cedia al temor al pedir una avenencia, y como por otra parte Gasca la deseaba ardientemente, podria aquel obtener condiciones que pudiesen su honor á cubierto, y le asegurasen el goce de su fortuna.

El gobernador no hizo el menor caso de las observaciones de Cepeda. Tampoco fué Carvajal mas afortunado en las suyas. Este viejo guerrero hallábase tambien muy dispuesto á escuchar proposiciones de acomodamiento. Esta opinion, que tan en oposicion parecia estar con los hábitos de toda su vida y con su carácter, puede esplicarse fácilmente. Carvajal, partidario al principio de las medidas mas enérgicas, habia acabado por reconocer que Pizarro no era á propósito para dirigir la importante y difícil empresa en que se hallaban empeñados. Al desembarcar Gasca en el Perú habia aconsejado la sumision, porque no veía en Pizarro los talentos y la resolucion necesarias para oponer la fuerza abierta á las voluntades de su soberano. Gonzalo, aunque dotado de una intrepidez extraordinaria, care-

cia de valor político. En rebelion abierta contra su rey, parecia que buscaba engañarse á sí mismo sobre la magnitud de su crimen, y no tenia resolucion bastante para arrepentirse de él, ni suficiente fuerza de alma para despreciar sus remordimientos. Esta disposicion de espíritu era un manantial de inminentes peligros, y Carvajal, que lo conocia, deseaba seguir la marcha mas prudente. Apesar de la victoria de Huarina el ojo previsor del veterano veía de léjos la tempestad que iba á estallar sobre ellos y que era todavía posible desviar; mas viendo que Pizarro cerraba los oídos á los consejos que sus amigos le daban, cesó de hacerle observaciones, aunque con la firme resolucion de permanecer fiel á su fortuna hasta la muerte.

Desde entónces empleó toda su actividad en los medios de hacer con buen éxito una guerra que hubiera querido evitar; aconsejó á Pizarro que licenciase á todos los soldados que habian hecho parte de la hueste de Centeno, diciendo que no se podia confiar en hombres manchados con el borron de una derrota; y que en vez de ser útil á la causa, su presencia en el ejército no podia menos de producir los mas perniciosos efectos. A este consejo añadia otro, terrible en verdad, pero cuyas consecuencias, si hubiese sido adoptado, hubieran sido eficacísimas. Carvajal sabia que el ejército de Gasca se componia

en su mayor parte de aventureros licenciados, de marinos y de gente de la hez del pueblo. La mayor parte, aunque inflamados en apariencia de un gran celo por la causa que defendían, estaban muy distantes de obrar de buena fe, y tan solo se habían alistado con la esperanza de un rico botín. Marchaban hacia Cuzco con la esperanza de que el pillaje de esta ciudad les proporcionaría tesoros inmensos. A fin de destruir las esperanzas del enemigo, Carvajal aconsejaba á Pizarro que arruinase Cuzco, que se sacaran todos los objetos preciosos que se pudiesen, y que se quemase lo restante. Aconsejaba también arrebatarse todos los ganados y todos los víveres en los sitios por donde debía pasar el enemigo, á fin de que aquellos hombres indisciplinados é incapaces de suportar las privaciones abandonasen sus banderas.

Pizarro lleno de confianza en su superioridad, no pudo concebir la urgencia de esta medida y la necesidad de recurrir á tan desastroso expediente. Alegó que abandonar á Cuzco, aunque fuese después de haberlo destruído, y retirarse ante el enemigo, era una maniobra indigna de veteranos acostumbrados á la victoria, y que esto sería demostrar una pusilanimidad indigna de su reputación. Sabiendo que Gasca había levantado su campo y se dirigía hacia Cuzco, Pizarro encargó á Juan de Acosta que defendiese el paso de Apurímal, río que

debía aquel atravesar. Acosta llegó demasiado tarde, y regresó á toda prisa; y entónces Gonzalo hizo marchar su ejército á tomar posiciones en Xaquixaguana á cuatro leguas de aquella ciudad.

Esta resolución fué tomada contra el parecer de Carvajal y de los gefes mas experimentados que le hicieron presente, que era mejor esperar tranquilamente al enemigo, que fatigar las tropas con una marcha forzada. Pero Gonzalo y sus jóvenes oficiales, que tenían prisa por combatir, despreciaron aquellos consejos, resultando de ello un descontento que no se habia desvanecido aun cuando se estaba ya en presencia del enemigo. Pizarro contaba entre sus filas mas de trescientos soldados de Centeno, de cuya fidelidad empezaba él mismo á dudar: era empero demasiado tarde para aprovecharse de los consejos de Carvajal.

Los dos ejércitos presentaban un aspecto singular. En el de Pizarro, compuestos de hombres enriquecidos con los despojos del país mas opulento de América, todos los oficiales y hasta los soldados iban vestidos de telas de seda y brocado y cubiertos de bordados de oro y de plata: sus caballos, sus armas, sus banderas estaban adornadas con toda la magnificencia militar.

El ejército de Gasca no era tan brillante, pero ofrecia un golpe de vista no menos singular. El

mismo, acompañado del arzobispo de Lima, de los obispos de Quito y de Cuzco y de un gran número de eclesiásticos, recorría las filas bendiciendo á sus soldados y exhortándoles á que cumpliesen valerosamente con su deber.

Todo hacia esperar al presidente un feliz remate. Hacia algun tiempo que estaba en inteligencia con el astuto Cepeda, quien le habia hecho asegurar por su último emisario, que si Pizarro se negaba á entrar en acomodamientos, desertaria con una partida considerable de soldados y reconoceria su autoridad.

Por sugestion de Cepeda Gonzalo envió dos sacerdotes al presidente para llevarle sus últimas proposiciones, y requerirle que le manifestase la orden original firmada por el rey que le quitaba el gobierno del Perú, diciendo que entónces se someteria pacíficamente; pero que de lo contrario le hacia responsable de todos los desastres que ocasionara el combate que se iba á dar. Los dos emisarios llevaban ademas una mision secreta: debian procurar seducir algunos antiguos amigos de Pizarro. Instruído el presidente de esos manejos, les hizo arrestar, manifestando sin embargo mucha blandura en su conducta. Respondió á la intimacion de Pizarro en los términos mas moderados, conjurándole por última vez que depusiese las armas y no se

espusiese á ser considerado como traidor y rebelde. Díjole que estaba facultado para conceder el perdón de las pasadas faltas, y que se lo concedería gustoso á él y á todos sus partidarios si prestaban juramento de fidelidad al rey. Añadió que no quedaba á Pizarro el mas lijero pretesto para persistir en la culpable conducta que habia seguido, puesto que la revocacion de las leyes y de los reglamentos habia hecho desaparecer todo motivo de queja en el Perú; concluyendo por instar á Gonzalo á que evitase las espantosas desgracias que iban á caer de una manera tan desastrosa sobre una multitud de sus compañeros, que en vez de ponerse de acuerdo para ayudarse y socorrerse, se disponian á destruirse los unos á los otros.

Este lenguaje lleno de dulzura y de moderacion fué acogido por Pizarro con insultante desden, siendo tal su ceguedad, que encontró las palabras del presidente llenas de arrogancia y no quiso consentir en ningun arreglo. Depúsose por consiguiente toda idea de paz, y los dos ejércitos se prepararon para un combate, que debia ser el último de esta larga lucha.

El 9 de agosto de 1548 al amanecer, Pizarro empezó á formar su hueste en batalla: Carvajal, disgustado de la obstinacion del gobernador resignó sus funciones, de cuyo desempeño se encargó

Cepeda, y se puso en las filas para combatir como simple oficial. La batalla comenzó por descargas de artillería, que no produjeron ningun efecto. Entonces Cepeda, fingiendo avanzar para hacer un reconocimiento, atravesó el campo de batalla y se pasó al enemigo. Gasca le esperaba, y le recibió con grandes demostraciones de alegría. Este ejemplo fué tan rápidamente seguido por otros, que se desvanecieron por fin las ilusiones de Gonzalo. Carvajal que habia previsto lo que estaba pasando, repetia contando en alta voz :

Estos mios cabellicos , madre,
Dos á dos me los lleva el aire.

En poco tiempo ni rastro quedó de disciplina, y los soldados empezaron á desbandarse apesar de los esfuerzos de Pizarro, los unos lanzando las armas , los otros huyendo, y pasándose al enemigo los mas. En medio de este contratiempo y viéndose sin esperanza, Pizarro se volvió á un grupo de oficiales que le rodeaba : «¿Qué debemos hacer señores? exclamó.— Precipitémonos sobre el enemigo, respondió Juan de Acosta con resolucion , y muramos como los antiguos romanos.»

Pizarro no tuvo bastante fuerza de espíritu para seguir el consejo de su antiguo compañero. «Puesto que mis soldados, replicó tranquilamente , se pa-

san al estandarte real, yo seguiré su ejemplo; » y acompañado de Juan de Acosta, de Maldonado y de Guevara, que le fueron fieles hasta el último momento, se entregó al primer oficial del presidente que encontró, y fué inmediatamente conducido á su presencia. Garcilaso de la Vega refiere en estos términos aquella memorable entrevista, cuyos detalles conocia por testigos oculares: « Llegando Gonzalo Pizarro donde el presidente estaba, que lo halló solo con el mariscal, que los demas magnates se habian retirado léjos por no ver al que habian negado y vendido, le hizo su acatamiento á caballo como iba, que no se apeó porque todos estaban en sus caballos, y el presidente hizo lo mismo; y le dijo: si le parecia bien haberse alzado con la tierra del emperador, y héchose gobernador de ella contra la voluntad de Su Majestad, y muerto en batalla campal á su visorey? Respondióle: que él no se habia hecho gobernador, sino que los oidores, á pedimento de todas las ciudades de aquel reino se lo habian mandado y dádole provision para ello en confirmacion de la cédula que Su Majestad habia dado al marqués su hermano, para que nombrase gobernador que lo fuese despues de sus dias; y que su hermano le habia nombrado á él como era público y notorio; y que no era mucho que fuera gobernador de la tierra que ganó; y que lo del vi-

sorey tambien se lo mandaron los oidores que lo echase del reino , diciendo que así convenia á la paz y quietud de todo aquel imperio y al servicio de Su Majestad , y que él no lo habia muerto , sino que los agravios y muertes que hizo tan aceleradas y tan sin razon y causa , habian forzado á que los parientes de los muertos las vengasen ; y que si dejaran pasar los mensajeros que él enviaba á Su Majestad á darle cuenta de los sucesos pasados , Su Majestad se diera por muy servido , y proveyera de otra manera , porque todo lo que entónces hizo y ordenó , habia sido por persuasion y requerimiento de los vecinos y procuradores de las ciudades de todo aquel reino , y con parecer y consejo de los letrados que en él habia.

«Entónces le dijo el presidente , que se habia mostrado muy ingrato y desconocido á las mercedes que Su Majestad habia hecho al marqués su hermano , con las cuales los habia enriquecido á todos ellos , siendo pobres como lo eran ántes , y levantándolos del polvo de la tierra , y que en el descubrimiento de la tierra él no habia hecho nada. Gonzalo Pizarro dijo : para descubrir la tierra bastó mi hermano solo , mas para ganarla como la ganamos á nuestra costa y riesgo , fuímos menester todos los cuatro hermanos , y los demas nuestros parientes y amigos. La merced que Su Majestad

hizo á mi hermano fué solamente el título y nombre de marqués sin darle estado alguno, sino, ¿díganme cuál es? Y no nos levantó del polvo de la tierra, porque desde que los godos entraron en España, somos caballeros hijosdalgo de solar conocido. A los que no son, podrá Su Majestad con cargos y oficios levantar del polvo en que están; y si éramos pobres, por eso salimos por el mundo y ganamos este imperio y se lo dimos á Su Majestad pudiéndonos quedar con él, como lo han hecho otros que han ganado nuevas tierras.

«Entónces ya enojado el presidente, dijo dos veces en alta voz: quítenmelo de aquí, quítenmelo de aquí, que tan tirano está hoy como ayer. Entónces se lo llevó consigo Diego Centeno, que como se ha dicho, se lo habia pedido al presidente.»

Entretanto Carvajal habia procurado ponerse en salvo porque sabia que no debia contar con el perdón; y si bien logró, aunque con mucha dificultad, escaparse del campo de batalla, al atravesar un arroyo cuyas orillas eran bastante elevadas, su caballo cayó encima de él. Carvajal que era muy anciano y gordo no pudo levantarse, siendo hallado en este estado por varios desertores que formaban parte de su compañía. Aquellos miserables, en vez de socorrer á su gefe, se apoderaron de él con la

esperanza de que llevándole al presidente alcanzarían su perdón y una buena recompensa. « A la grito de que llevaban preso á Carvajal se juntaron otros muchos de los del presidente, por ver y conocer un hombre tan famoso como Francisco Carvajal; y en lugar de consolarle en su aflicción, le pegaban las mechas encendidas en el pescuezo, y procuraban meterlas entre la camisa y las carnes. Yendo así vió al capitán Diego Centeno que habiendo puesto á buen recaudo en su tienda á Gonzalo Pizarro, que le dejó encomendado á media docena de amigos suyos, soldados principales que mirasen por él, se volvía al campo, y viendo Carvajal que pasaba Diego Centeno, sin mirar en él le llamó en voz alta y le dijo: señor capitán Diego Centeno, no tenga vuesa merced á pequeño servicio este que le hago en presentarme á vuesa merced... Diego Centeno volviendo el rostro á él le dijo: que le pesaba mucho de verle en aquel trabajo. Carvajal respondió: yo creo á vuesa merced, que siendo tan caballero y tan cristiano hará como quien es; y no hablemos mas en ello, sino que vuesa merced mande que estos gentiles-hombres no hagan lo que vienen haciendo, que era lo de las mechas. Viendo algo de ello Diego Centeno, que aun en su presencia se desvergonzaban de hacerlo, porque les parecia que siendo Carvajal tan su enemigo holgaria Diego Cen-

teno de cualquiera mal que le hiciesen , arremetió á ellos y les dió muchos cintarazos , porque toda era gente vil y baja de los marineros y grumetes que iban en aquel ejército, pues hacian obras y cosas tan viles á quien las merecia muy en contra.

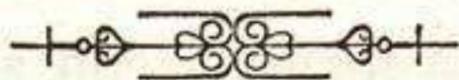
Diego Centeno habiendo apartado de Carvajal aquella picardía, mandó á dos soldados de los que iban con él que le acompañasen y no consintiesen que se le hiciese mal trato alguno. Yendo todos así tropezaron con el gobernador Pedro de Valdivia, el cual sabiendo que traían á Francisco Carvajal, quiso llevárselo á presentar al presidente por ir ante él con tal prisionero, y se lo pidió á Diego Centeno, el cual se lo dió y le dijo: que habiéndolo presentado se lo enviase á su tienda porque queria ser alcaide de Francisco Carvajal: dijo esto Diego Centeno por parecerle que en cualquiera otra parte que estuviese, no faltarian desvergonzados y descomedidos que le maltratasen por vengarse de algunos agravios recibidos. Pedro de Valdivia lo puso ante el presidente , el cual le reprendió sus tiranías y crueldades , y que las hubiese hecho en deservicio de su rey ; á todo lo cual Francisco de Carvajal no respondió palabra, ni hizo semblante de humillarse, ni muestra de escuchar lo que le decian, como que no hablasen con él, ántes estuvo mirando á una par-

te y á otra, con una mirada tan grave y varonil, como que fuera señor de cuantos tenia delante; lo cual visto por el presidente, mandó que lo llevasen de allí, y lo llevaron á la tienda de Diego Centeno, y le pusieron en un toldo de por sí, aparte, donde no se vieron mas él y Gonzalo Pizarro.

«A los demas capitanes y oficiales prendieron todos de ellos aquel dia, y de ellos otros adelante, que no se escapó ninguno, solo el capitan Juan de la Torre estuvo escondido en el Cuzco cuatro meses en una choza pajiza de un indio, criado suyo, de tal manera, que en todo ese tiempo no se supo de él cosa alguna, como si se le hubiera tragado la tierra, hasta que un español lo descubrió por desgracia, no sabiendo que era él, y lo ahorcaron como á los demas, aunque tarde.»

La batalla de Xaquixaguana, si es que se puede dársele este nombre, fué de tan breve duracion, que á las diez de la mañana todo estaba tan tranquilo, cual si nada hubiese pasado: jamas accion mas decisiva habia costado la vida á menos gente: solo hubo diez hombres muertos del partido de Pizarro, y uno solo en el ejército del presidente, y aun ese fué víctima de la imprudencia de uno de sus camaradas. Gasca envió en seguida dos de sus oficiales á Cuzco para llevar la noticia de su victoria é impedir que los fugitivos pillasen la ciudad, como

hubieran podido hacerlo; y luego retiróse á su tienda, rodeado de los venerables prelados que formaban su consejo, á fin de resolver la conducta que debia seguirse despues de aquella memorable jornada.



CAPÍTULO XVI.

Muerte de Carvajal y de Gonzalo Pizarro.— Reflexiones acerca las guerras civiles del Perú.— Prudente administracion del presidente Gasca. — Su vuelta á España. — Conclusion.

Satisfecho Gasca de un triunfo que no habia costado sangre, no la manchó con actos de crueldad: sin embargo el sosiego del Perú y la necesidad de un escarmiento exigian el sacrificio de Gonzalo Pizarro y de algunos de sus principales cómplices. Desde el dia siguiente el oidor Cianca y D. Alfonso de Alvarado recibieron el encargo de instruir el proceso, y como los cargos de que se les acusaban estaban completamente probados, fueron condenados á muerte. La conducta de Carvajal durante el tiempo que medió entre la sentencia y su ejecucion fué en extremo singular, mostrando una lijereza inconcebible de parte de un hombre de su edad condenado á muerte. Muchas personas fueron á verle en la cárcel, unos por curiosidad y otros por

interés. Un comerciante le pidió la restitucion de una cantidad considerable de dinero, haciéndole un cuadro patético de los peligros que corria su alma en el otro mundo, si dejaba de pagar sus deudas ántes de salir de este. Carvajal respondió á esta demanda, dirigida á un hombre que no podia disponer de un solo real, diciéndole que tomase la vaina de su espada, que era la única prenda que le quedaba. A otro que se le presentó con otra demanda de la misma clase, contestó: que no se acordaba deber otra deuda, sino medio real á una bodegonera de la puerta del Arenal de Sevilla. Habiéndole notificado la sentencia y todo lo que en ella se contenia, dijo sin alteracion ninguna: «basta matar!» «Despues de medio dia, dice Garcilaso de la Vega, el secretario le envió un confesor, que se lo habia pedido Carvajal, con el cual estuvo confesándose toda la tarde, que aunque los ministros de la justicia fueron dos ó tres veces á dar priesa para ejecutar la sentencia, Carvajal se detuvo todo lo que pudo, por no salir de dia, sino de noche. Mas no pudo alcanzar su deseo, por que al oidor Cianca, y el maese de campo Alonso de Alvarado, que eran los jueces, se les hacian dias y semanas los momentos. Al fin salió, y á la puerta de la tienda lo metieron en una petaca en lugar de seron y lo cosieron, que no le quedó fuera mas de la cabeza, y

ataron el seron á dos acémilas , para que lo llevarsen arrastrando. A dos ó tres pasos, los primeros que las acémilas dieron, dió Carvajal con el rostro en el suelo ; y alzando la cabeza como pudo, dijo á los que estaban en derredor : señores, miren vuestas mercedes que soy cristiano. Aun no lo habia acabado de decir, cuando lo tenian en brazos levantado del suelo mas de treinta soldados principales de los de Diego Centeno. A uno de ellos en particular le oí decir en este paso, que cuando arremetió á tomar el seron pensaba que era de los primeros, y cuando llegó á meter el brazo debajo de él, lo halló todo ocupado, y asió de uno de los brazos que habian llegado ántes ; y que así lo llevaron en peso hasta el pié de la horca que le tenian hecha. Y que por el camino iba rezando latin ; y que por no entender este soldado latin, no sabia lo que rezaba ; y que dos clérigos sacerdotes que iban con él le decian de cuando en cuando : encomiéndese vuesa merced á Dios. Carvajal respondió : así lo hago Señor, y no decia otra palabra. De esta manera llegaron al lugar donde lo ahorcaron, y él recibió la muerte con toda humildad, sin hablar palabra ni hacer ademan alguno.

Carvajal tenia entónces ochenta y cuatro años de edad. Su larga carrera habia sido consagrada á la profesion de las armas, habiendo adquirido un grande

conocimiento en el arte de la guerra. Habia servido en Italia á las órdenes del Gran Capitan , habiéndose hallado en la batalla de Pavía, donde fué hecho prisionero el rey Francisco I, y en el saco de Roma, al mando del condestable de Borbon. Militó despues en Méjico de donde pasó al Perú, siendo de los mas famosos y experimentados guerreros que habian pasado á las Indias. Empañó sin embargo esas cualidades con la ferocidad de su carácter; puesto que condenó á muchos á muerte por las faltas mas leves, y no pocas veces con un pretesto cualquiera, si es que creía necesario un escarmiento. En lo que atañia á la disciplina militar, llegaba á tal punto la severidad, que habia logrado que le temiesen aquellos aventureros acostumbrados á la insubordinacion y á la licencia. Su nombre llegó pues á ser un objeto de terror, y si bien su severidad tuvo ventajosos resultados para el ejército en cuanto restableció la disciplina, fué sin embargo causa de muchas deserciones, y su muerte no fué de nadie sentida.

Carvajal no ofrécia en su exterior nada de notable. «Era, dice Zárate, hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra por el grande uso que de ella tenia. Fué mayor sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas de dia ni

de noche, y cuando era necesario tampoco se acostaba ni dormía mas de cuanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza. Fué muy amigo del vino; tanto que cuando no hallaba de lo de Castilla bebía aquel brevaje de los indios mas que ningun otro español que se haya visto. Fué muy cruel de condicion, mató mucha gente por causas livianas, y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenia así para conservacion de la disciplina militar, y á los que mataba era sin tener de ellos ninguna piedad, ántes diciéndoles donaires y cosas de burla, mostrándose con ellos muy bien criado y comedido, en forma de irrisión ó escarnio. Fué muy mal cristiano, y así lo mostraba de obra y de palabra. Era muy codicioso y robó las haciendas á muchos, tanto que poniéndoles en estrecho de muerte les rescataba las vidas.»

Los principales partidarios de Gonzalo Pizarro sufrieron la misma muerte que Carvajal, siendo víctimas de las circunstancias y de la necesidad, porque el presidente juzgó, y con razon, que unos hombres que habian desempeñado un papel tan activo en la rebelion, no debian ser tratados con la misma indulgencia que rebeldes menos peligrosos y de una clase inferior. Las cabezas de Acosta y de Maldonado fueron espuestas en jaulas de hierro en la

plaza pública de Cuzco, y las de otros oficiales enviadas á diferentes ciudades del reino.

Hé aquí como refiere la muerte de Pizarro Garcilaso de la Vega: «Gonzalo Pizarro el dia de su prision, estuvo en la tienda del capitan Diego Centeno, donde le trataron con el mismo respeto que en su mayor prosperidad y señorío. No quiso comer aquel dia aunque se lo pidieron; casi todo él lo gastó en pasearse á solas muy imaginativo; y á buen rato de la noche dijo á Diego Centeno: señor, ¿estamos seguros esta noche? Quiso decir si le matarian aquella noche ó aguardarian al dia venidero, porque bien entendia Gonzalo Pizarro que las horas eran años para sus contrarios hasta haberle muerto. Diego Centeno que lo entendió dijo: vuesa señoría puede dormir seguro, que no hay que imaginar en eso. Ya pasada la media noche se recostó un poco sobre la cama y durmió como una hora: luego volvió á pasearse hasta el dia, y con la luz de él pidió confesor, y se detuvo con él hasta medio dia... Lo mismo hizo despues que comieron los ministros, mas él no quiso comer, que se estuvo á solas hasta que volvió el confesor, y se detuvo en la confesion hasta muy tarde. Los ministros de la justicia yendo y viniendo daban mucha priesa á la ejecucion de su muerte. Uno de los mas graves, enfadado de la dilacion que habia, dijo en alta voz: ea ¿no acaban

de sacar ya este hombre? Todos los soldados que lo oyeron, se ofendieron de su desacato de tal manera, que le dijeron mil vituperios y afrentas..... Poco despues salió Gonzalo Pizarro, subió en una mula ensillada que le tenían apercebida; iba cubierto con una capa; y aunque un autor dice, con las manos atadas, no se las ataron; un cabo de una sogá echaron sobre el pescuezo de la mula por cumplimiento de la ley. Llevaba en las manos una imágen de Nuestra Señora, cuyo devotísimo fué, iba suplicándole por la intercesion de su ánima. A medio camino pidió un Crucifijo; un sacerdote, de diez ó doce que le iban acompañando que acertó á llevarlo, se le dió. Gonzalo Pizarro lo tomó y dió al sacerdote la imágen de Nuestra Señora, besando con gran afecto lo último de la ropa de la imágen. Con el Crucifijo en las manos, sin quitar los ojos dél, fué hasta el tablado que le tenían hecho para degollarle, do subió; y poniéndose en un canto dél, habló con los que le miraban, que eran todos los del Perú, soldados y vecinos, que no faltaban sino los magnates que le negaron; y aun dellos habia algunos disfrazados y rebozados; díjoles en alta voz: señores, bien saben vuestas mercedes que mis hermanos y yo ganamos este imperio: muchos de vuestas mercedes tienen repartimientos de indios, que se los dió el marqués mi hermano: otros mu-

chos los tienen que se los di yo. Sin esto muchos de vuestas mercedes me deben dinero, que se los presté; otros muchos los han recibido de mí, no prestados sino de gracia. Yo muero tan pobre que aun el vestido que tengo puesto es del verdugo que me ha de cortar la cabeza, no tengo con qué hacer bien por mi ánima. Por lo tanto suplico á vuestas mercedes que los que me deben dineros, de los que me deben, y los que no me los deben, de los suyos, me hagan limosna y caridad de todas las misas que pudieren que se digan por mi ánima; que espero en Dios, que por la sangre y pasión de nuestro señor Jesucristo su hijo, y mediante la limosna que vuestas mercedes me hicieren, se dole rá de mí y me perdonará mis pecados: quédense vuestas mercedes con Dios.

No habia acabado de pedir su limosna cuando se sintió un llanto general con grandes gemidos y sollozos, y muchas lágrimas que derramaron los que oyeron palabras tan lastimeras. Gonzalo Pizarro se hincó de rodillas delante del Crucifijo que llevó, que lo pusieron sobre una mesa que habia en el tablado. El verdugo, que se decia Juan Enriquez, llegó á ponerle una venda sobre los ojos. Gonzalo Pizarro le dijo: no es menester, déjala. Y cuando vió que sacaba el alfanje para cortarle la cabeza, le dijo: haz bien tu oficio, hermano Juan. Quiso decir-

le que lo hiciese liberalmente , y no estuviese martirizándole , como acaece muchas veces. El verdugo respondió : yo se lo prometo á vuesa merced. Diciendo esto, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía larga cerca de un palmo y redonda, que se usaba entónces traerlas sin quitarles nada, y de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad, como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano , y tardó el cuerpo algun espacio en caer al suelo. Así acabó este buen caballero.

«El verdugo como tal, quiso desnudarle por gozar de su despojo; mas Diego Centeno, que habia venido á poner en cobro el cuerpo de Gonzalo Pizarro, mandó que no llegase á él, y le prometió una buena suma de dinero por el vestido, y así lo llevaron al Cuzco y lo enterraron con el vestido, porque no hubo quien se ofreciese á darle una mortaja. Enterráronlo en el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, en la misma capilla donde estaban los don Diegos de Almagro, padre y hijo, porque en todo fuesen iguales y compañeros, así en haber ganado la tierra igualmente como en haber muerto degollados todos tres, y ser los entierros de limosna, y las sepulturas una sola habiendo de ser tres, y aun la tierra parece que les faltó para haberlos de cubrir.

«Fué Gonzalo Pizarro gentil hombre de cuerpo, de muy buen rostro, de próspera salud, gran sufridor de trabajos, como por la historia se habrá visto. Lindo hombre de á caballo, de ambas sillas, diestro arcabucero y ballestero, con un arco de boques pintaba lo que queria en la pared. Fué la mejor lanza que ha pasado al Nuevo Mundo, segun conclusion de todos los que hablaban de hombres famosos que á él habian ido.

«Fué de ánimo noble, y claro y limpio, ajeno de malicias, sin cautelas ni dobleces; hombre de verdad, muy confiado de sus amigos ó de los que pensaba que lo eran, que fué lo que le destruyó. Y por ser ajeno de astucias, maldades y engaños, dicen los autores que fué de corto entendimiento. No lo tuvo sino muy bueno, y muy inclinado á la virtud y honra. Afable de condicion, universalmente bien quisto de amigos y enemigos: en suma tuvo todas las buenas partes que un hombre noble debe tener.

«Fué Gonzalo buen cristiano, devotísimo de Nuestra Señora la vírgen Maria, madre de Dios; y el presidente lo dijo en la carta que le escribió. Jamas le pidieron cosa, diciendo por amor de Nuestra Señora, que la negase por muy grave que fuese. Teniendo esperiencia de esto Francisco de Carvajal y

sus ministros , cuando habian de matar alguno de sus contrarios que lo mereciese , apercibian y proveían con tiempo que no llegase nadie á pedir á Gonzalo Pizarro la vida de aquel tal , porque sabian que pidiéndosela por Nuestra Señora , que no se la habia de negar aunque fuese quien quisiese. Por sus virtudes morales y hazañas militares fué muy amado de todos ; y aunque convino quitarle la vida (dejando aparte el servicio de Su Majestad), á todos en general les pesó de su muerte , por sus muchas y buenas partes ; y así despues jamas oí que nadie hablase mal dél , sino todos bien y con mucho respeto como á superior. Y decir el Palentino que hubo algunos que dieron parecer, é insistieron que se debia hacer cuartos y ponerlos por los caminos del Cuzco, y que el presidente no lo consintió, fué relacion falsísima que dieron al autor, porque nunca tal se imaginó.»

Despues que quedaron sosegadas las agitaciones del Perú, todos los principales habitantes hicieron celebrar , cada cual en su ciudad , muchas misas por el alma de Gonzalo Pizarro, ya porque las habia él pedido por caridad, ya para corresponder á la obligacion en que con él estaban, por haber muerto en su comun defensa.

Al licenciado Cepeda, que habia sido tan culpable por lo ménos como Pizarro y Carvajal, se le

perdonó la vida á causa del servicio que habia prestado al partido real desertando en un momento tan crítico; pero su traicion no podia ni atraerle el respeto, ni alcanzarle el honor de una recompensa. Cepeda se habia distinguido durante toda su vida por un olvido tal de todos los principios, que su memoria debe ser objeto del mas infamante desprecio. Comenzó por hacer traicion al virey Nuñez Vela, habiendo contribuído con su influencia y sus esfuerzos á la rebelion de la audiencia y á las agitaciones que vinieron en pos de ella. Luego entró en negociaciones con Gonzalo Pizarro, haciendo á su vez traicion á sus cólegas. Despues de haber obtenido la confianza de este y sido elevado á uno de los puestos mas eminentes de su gobierno, acabó tambien por serle traidor para pasarse al partido de Gasca, á quien habia él mismo condenado á muerte poco tiempo ántes. Semejante hombre no era tan solo despreciable; era tambien peligroso; así que fué enviado preso á España donde acabó miserablemente sus dias en el cautiverio.

Tal fué la suerte de los principales compañeros de Gonzalo Pizarro. Al contemplar este cuadro de turbaciones, de escesos de toda especie, de desastres y de suplicios el ánimo se siente sobrecogido de horror á la vez que de admiracion. La historia del descubrimiento y de la conquista del Perú, se

distingue por un número de violencias mucho mayor que el que pueden registrar en sus páginas los anales de las demas comarcas del Nuevo Mundo: parte empero de la admiracion por tales acontecimientos causada, desaparece al examinar las causas que los produjeron; y esto es lo que ha hecho Robertson en el enérgico pasage que copiamos en su totalidad.

«Si bien los primeros españoles que invadieron el Perú eran hombres de las últimas clases de la sociedad, y aventureros sin fortuna la mayor parte de los que mas adelante se unieron á ellos, sin embargo, en todas las partidas de tropa conducidas por los diferentes gefes que se disputaban el mando, no se hallaba un solo hombre que sirviese por la paga. Todo aventurero se consideraba á sí mismo como conquistador, y con derecho por sus servicios á un establecimiento en el país por su valor conquistado. En las querellas entre los gefes cada uno obraba segun su propio juício ó sus afecciones, miraba á su general como á su compañero de fortuna, y hubiera creido degradarse recibiendo un sueldo á guisa de mercenario. La mayor parte de sus gefes debia su elevacion á su valor y á sus talentos, no á su cuna; y cada uno de sus compañeros de guerra esperaba abrirse por los mismos medios un camino á la riqueza y al poder.

«Mas para levantar esas tropas que servian sin paga necesitábanse gastos inmensos. Entre hombres acostumbrados á repartirse los despojos de un país tan rico, la sed de riquezas era de cada dia mas ardiente á proporcion de que crecia la esperanza del triunfo. Como todos tendian al mismo objeto y hallábanse dominados por la misma pasion, no habia mas que un medio de ganar á esos hombres y de adherírselos fuertemente.

«Los oficiales que tenian uu nombre conocido é influencia, ademas de la promesa de grandes establecimientos, recibian considerables sumas del gefe con quien se alistaban. A Gonzalo Pizarro le costó quinientos mil pesos levantar una hueste de mil hombres, y Gasca gastó nuevecientos mil para formar el ejército que condujo contra los rebeldes. Las concesiones de tierras y de indios que se hacia á los vencedores como una recompensa despues de la victoria, eran mas exorbitantes todavía. Cepeda por la habilidad y perfidia que habia empleado en persuadir á los oidores de la real Audiencia que sancionasen la usurpacion de Pizarro, obtuvo una concesion que le valia ciento cincuenta mil pesos de renta al año. Hinojosa, que fué de los primeros en apartarse de Gonzalo y entregó á su enemigo la flota que decidió del destino del Perú, obtuvo una renta de doscientos mil pesos; y al mismo tiempo

que se premiaba á los principales oficiales con una magnificencia mas que regia , se recompensaba en igual proporcion á los simples soldados.

«Unos cambios tan rápidos de fortuna producian los efectos que era de esperar , y engendraban nuevas necesidades y deseos nuevos. Aquellos veteranos acostumbrados á las mayores fatigas, adquirian durante las temporadas de ocio todos los hábitos de la profesion, y se abandonaban á los excesos todos de la licencia militar. Los unos se entregaban á la mas vergonzosa relajacion ; los otros se daban á un lujo el mas dispendioso. El último soldado del Perú se hubiera creido degradado caminando á pié , y apesar del precio exorbitante á que se vendian los caballos en América , todos en aquella época querian tener uno ántes de ponerse en campaña.

«Mas aunque se habian vuelto ménos que ántes capaces de sobrevellar las fatigas del servicio, despreciaban con la misma intrepidez los peligros y la muerte , y , animados por la esperanza de nuevas recompensas , no dejaban nunca en un dia de batalla de desplegar todo su antiguo valor.

« A la par de su intrepidez conservaban su primera ferocidad. En ningun país se ha hecho la guerra civil con el furor que en el Perú. A las pasiones que hacen atroces las querellas entre conciudadanos añadíase allí la de la avaricia, la cual daba á sus

enemistades mas encono y duracion. Como la muerte de un enemigo llevaba consigo la confiscacion de sus bienes, no se daba cuartel en los combates. Despues de la victoria todo hombre opulento hallábase espuesto á las acusaciones y á los castigos. Pizarro condenó á muerte por las mas lijeras sospechas á muchos de los mas ricos habitantes del Perú, y Carvajal hizo morir mayor número sin buscar siquiera un pretesto para justificar su crueldad. Pericieron casi tantos hombres á manos del verdugo como en los campos de batalla, y casi todos fueron sentenciados sin formacion de proceso (1).

«La violencia con que los partidos opuestos se despedazaban no iba acompañada, como acontece de ordinario, de la fidelidad y la adhesion hácia aquellos con quienes se combatia; los lazos formados por el honor, que son tenidos como sagrados por los soldados, y la lealtad que domina en el carácter español tanto como en el de ninguna otra nacion, estaban igualmente olvidados: hacíase la traicion sin vergüenza y sin remordimientos. Durante aquellas disensiones apénas hubo en el Perú un

(1) Segun Herrera durante la sublevacion de Gonzalo Pizarro fueron muertos en el campo de batalla setecientos hombres y trescientos ochenta ahorcados ó decapitados. Fernandez dice que mas de trescientos de estos últimos lo fueron por órden de Carvajal.

solo español que no abandonase el partido que habia primero abrazado y que no violase todos sus compromisos. El virey Nuñez Vela fué derribado por la traicion de Cepeda y de los otros oidores de la Audiencia real, que sin embargo estaban obligados, por el deber de su destino, á sostener su autoridad. Los instigadores principales y los cómplices de la sublevacion de Gonzalo Pizarro fueron los primeros en abandonarle y en someterse á sus enemigos. La flota fué entregada á Gasca por el hombre que habia elegido entre todos sus capitanes para confiarle este mando importante. En la jornada que decidió de su suerte vióse á veteranos lanzar sus armas á la vista del enemigo, y abandonar á un gefe que les habia conducido tantas veces á la victoria. La historia ofrece pocos ejemplos de un desprecio tan general y tan poco disimulado de los principios del honor, y de las obligaciones que ligan á los hombres entre sí y que constituyen la union social. Encuéntranse tan solo tales costumbres en gentes que habitan países apartados del centro de la autoridad, donde solo debilmente se siente la fuerza de las leyes y del órden; donde la esperanza del lucro no reconoce límites; donde en fin riquezas inmensas pueden hacer olvidar los crímenes por cuyo medio han sido adquiridas. Solo en semejantes circunstancias es posible encontrar tanta inconstancia, avidez, perfidia y cor-

rupcion cual se ve en los conquistadores del Perú.»

Aquí termina, propiamente hablando, la historia de la conquista de esta parte del Nuevo Mundo. Para completarla sin embargo conviene decir en pocas páginas cual fué la conducta del presidente Gasca, que fué el que tuvo la gloria de pacificar tan hermoso país.

Despues de la muerte de Pizarro los descontentos depusieron en todas partes las armas, y se sometieron sin dificultad al gobierno del presidente. Este sabia no obstante que existian aun muchos obstáculos para el completo restablecimiento de la tranquilidad; pues estaba muy distante de lisonjearse que unos aventureros violentos, audaces y sin principios, mal avenidos con la obediencia y acostumbrados al desórden, habian de cambiar repentinamente de carácter y convertirse de una vez en súbditos prudentes y sumisos.

A fin de impedir á los aventureros que provocasen nuevas asonadas, empleó un medio que habia producido siempre buen efecto, y fué tenerles constantemente ocupados. Volvió á enviar á Pedro de Valdivia á su gobierno de Chile, para que prosiguiese su conquista, y confió á Diego Centeno una empresa no menos importante, la de reconocer las inmensas regiones situadas á las orillas del rio de la Plata. La nombradía de estos dos gefes, la esperan-

za de adquirir riquezas, y la idea de no estar sometidos á una disciplina severa movieron á todos los aventureros pobres á alistarse en una ú otra de aquellas dos expediciones. De esta suerte Gasca se encontró desembarazado de aquellos atrevidos soldados, que eran para él una continua causa de inquietudes.

Entónces pudo entregarse á una operacion mucho mas difícil y delicada, cual era la de los repartimientos de las tierras de los indios, que era preciso distribuir entre los vencedores. La muerte ó la fuga de los partidarios de Pizarro y la confiscacion de sus bienes habian puesto á disposicion del presidente mas de dos millones de pesos de renta anual. Por grandes que fuesen estas riquezas y por mas que Gasca manifestase un desinterés inaudito, no reservándose nada para él, los pretendientes eran tan numerosos y tan altas las demandas, que parecia imposible satisfacer el amor propio ó la codicia de todos.

Para desembarazarse de pretendientes y á fin de poder con mas detenimiento examinar la justicia de las diversas solicitudes y satisfacerlas con imparcialidad, el presidente acompañado del arzobispo de Lima y de un solo secretario, se retiró á una aldea, á doce millas de Cuzco. En aquel retiro pasó tres meses, y despues de haber hecho su trabajo á paciencia y conciencia suyas, partió para Lima man-

dando que no se publicase su decreto de repartición hasta algunos días después de su partida, á fin de evitar reclamaciones.

Sucedió en efecto lo que habia previsto ; la publicación del decreto (24 agosto de 1548) escitó el descontento general. La vanidad, la avaricia, la envidia, cuantas pasiones obran con mas vehemencia en el corazón del hombre al ponerse en juego su honor y su interés, todo concurrió á aumentar su esplosion: esta estalló en su consecuencia con todo el furor de la insolencia militar. Gasca fué blanco de la calumnia, de las amenazas y de las maldiciones: acusósele de ingratitude, de parcialidad y de injusticia. Entre soldados siempre dispuestos á llegar á las manos, tales quejas no podian menos de convertirse en actos de violencia. Renació la costumbre tan comun en el Perú de acudir á la sedición y á la revuelta, y los mas atrevidos empezaron á buscar un gefe en torno del cual pudiesen agruparse, á fin de obtener por la fuerza de las armas el en-derezamiento de lo que llamaban ellos sus agravios.

Afortunadamente Gasca estaba dotado de una firmeza á toda prueba, y se distinguia por su actividad tanto como por su prudencia. No dejó pasar un instante sin aplicar remedio al mal: la ejecucion de un soldado turbulento y el destierro de otros tres

restablecieron por el momento la tranquilidad en Cuzco.

El presidente consideró sin embargo que el fuego, mas que apagado, estaba tan solo cubierto, y por lo tanto trabajó con la mayor asiduidad en ablandar á los descontentos, dando á los unos gratificaciones considerables, á otros prometiéndoles repartimientos cuando los hubiese vacantes, acariciándoles y halagándoles á todos. Mas á fin de establecer la tranquilidad pública sobre mas sólidas bases, se ocupó en robustecer la autoridad de sus futuros sucesores, organizando una administracion regular en todas las partes del imperio.

Introdujo el orden y la sencillez en la percepcion de las rentas reales; hizo reglamentos sobre el tratamiento de los indios para ponerlos á cubierto de la opresion, y hacerlos instruir en los principios de nuestra santa religion, sin privar á los españoles del beneficio que pudiesen sacar de sus trabajos.

Despues de haber tan gloriosamente desempeñado su mision, Gasca sintió deseos de volver á su país natal. Su edad, sus enfermedades y los penosos trabajos á que se habia entregado le hacian necesario el reposo. En su consecuencia confió el gobierno del Perú á la real Audiencia, y partió para España el 1.º de febrero de 1550. Traía un millon trescientos mil pesos, que ahorró con su economía y buena

administracion, despues de haber atendido largamente á los inmensos gastos que habia tenido que hacer para el logro de su cometido ; y esta suma fué entregada por entero al real tesoro.

«Gasca fué recibido en su patria, dice Robertson, con la admiracion universal que merecian sus talentos y las virtudes, tan puras de que acababa de dar tan brillantes pruebas. Habia partido de Europa para calmar una sublevacion amenazadora sin ejército, sin flota, sin dinero, con un tren tan modesto que solo costó al Estado tres mil ducados el equiparlo. Con su prudencia y habilidad suplió los medios que le faltaban y creó, por decirlo así, instrumentos propios para ejecutar su empresa. Adquirió una fuerza marítima bastante grande para hacerle dueño del mar ; puso en pié un cuerpo de tropas capaz de medir sus fuerzas con los veteranos que dominaban en el Perú ; triunfó de su gefe, cuyos pasos habia seguido hasta entónces la victoria, y estableció en el lugar donde reinaban ántes la anarquía y la usurpacion, el poder de las leyes y la autoridad del legítimo soberano.

« Mas los elogios dados á sus talentos distan mucho de ser tales cuales los merecen sus virtudes. Despues de haber residido en un país donde el cebo de las riquezas habia seducido hasta entónces á todos los que habian estado revestidos de alguna autori-

dad, dejó su puesto delicado sin que hubiese podido sospecharse siquiera de su integridad. Había repartido entre sus compatriotas posesiones de una estension y de una renta inmensa, mientras que él conservaba su primera pobreza; y al propio tiempo que traía al tesoro real sumas enormes se hallaba en la necesidad de pedir á su soberano que se satisficieran algunas deudas que habia contraído durante su expedicion.

«Cárlos reconoció un mérito tan superior y tanto desinterés. Dió á Gasca las mayores muestras de la mas distinguida estimacion, y le nombró obispo de Palencia, en cuyo honroso puesto pasó este hombre extraordinario el resto de sus dias en el retiro y en el ejercicio de todas las virtudes religiosas, respetado de sus compatriotas, honrado por su soberano y amado de todos.»

FIN.

ÍNDICE.

Introduccion. 5

CAPÍTULO PRIMERO.

Primeros proyectos de la conquista del Perú.—Asocíanse Pizarro, Almagro y Luque.—Partida de Pizarro, y su navegacion en el mar del Sur.—Descubre el Perú. 23

CAPÍTULO II.

Apurada situacion de los españoles.—Resolucion heroica de Pizarro y de trece de sus compañeros.—Pizarro aborda en la costa del Perú.—Su viaje á España: es nombrado gobernador general.—Nueva espedicion de Pizarro.—Ocupacion de la ciudad de Cuzco.—Disensiones civiles que agitaban el Perú. 37

CAPÍTULO III.

Marcha de Pizarro al interior.—Hace prisionero al Inca Atahualpa.—Proceso y muerte de este príncipe. . . . 56

CAPÍTULO IV.

Recibe Pizarro refuerzos.—Apodérase de Cuzco.—Especi-
 pedicion de Benalcazar á Quito.—Llegada de Alva-
 rado.—Consiente en retirarse.—Fundacion de la ciu-
 dad de Lima.—Especiacion de Almagro á Chile.—Le-
 vantamiento de los peruanos. 75

CAPÍTULO V.

Apodérase Almagro de Cuzco.—Hace prisioneros á Fer-
 nando y Gonzalo Pizarro.—Derrota á Alvarado.—
 Negociaciones con Francisco Pizarro.—Su rompimien-
 to.—Batalla de Salinas.—Prision de Almagro.—Su
 proceso y muerte.—Retrato de este caudillo. 97

CAPÍTULO VI.

Viaje de Fernando Pizarro á España.—Su prision.—Me-
 didas que tomó el gobierno.—Especiacion de Gonzalo
 Pizarro á la *Canela*. 112

CAPÍTULO VII.

Descontento de los partidarios de Almagro.—Conspira-
 cion contra Francisco Pizarro.—Es asesinado.—Carác-
 ter de este gran capitan. 132

CAPÍTULO VIII.

Es reconocido gobernador del Perú el jóven Almagro.—
 Oposicion que encuentra. — Llegada de Vaca de Cas-
 tro.—Renuévase la guerra civil. — Batalla de Chu-
 pas. — Proceso y suplicio de Almagro.. . . . 142

CAPÍTULO IX.

Leyes y reglamentos promulgados por el emperador
 acerca los asuntos del Perú.—Es enviado á él Nuñez
 Vela en calidad de virey. — Mal efecto producido por
 los nuevos reglamentos.—Violenta conducta del virey
 con Vaca de Castro.. . . . 154

CAPÍTULO X.

Gonzalo Pizarro es nombrado procurador general de los
 indios y comandante en jefe del Perú. — Muerte del
 inca Manco-Capac. — Odio general contra el virey. —
 Sus disidencias con los magistrados de la Audiencia
 real. — Es depuesto y preso por ellos. 167

CAPÍTULO XI.

Desavenencias de los oidores con Gonzalo Pizarro. —
 Entrada de este en Lima.—Se hace nombrar gober-

nador general.—Aparece de nuevo en escena Nuñez Vela.—Levantamiento de Diego Centeno.—Retirada del virey.—Batalla de Quito.—Muerte de Nuñez Vela. 179

CAPÍTULO XII.

Dispersion de la partida de Centeno.—Carta de Carvajal á Pizarro brindándole á que se proclamara rey del Perú.—Cepeda le aconseja en el mismo sentido.—Negativa de Pizarro.—Su entrada triunfal en Lima. 197

CAPÍTULO XIII.

Planes propuestos en el Consejo en España para terminar las revueltas del Perú.—Es enviado á él Pedro de la Gasca.—Sus primeros actos.—Carta del rey á Gonzalo Pizarro.—Indecision del gobernador. . . . 205

CAPÍTULO XIV.

Preparativos de Pizarro y de Gasca.—Sale de nuevo á campaña Diego Centeno.—Es derrotado en la batalla de Huarina.—Hermoso rasgo de Carvajal. . . . 219

CAPÍTULO XV.

Situacion de los dos partidos.—Batalla de Xaguixaguana.—Caída definitiva de Pizarro y de los suyos. 238

CAPÍTULO XVI.

Muerte de Carvajal y de Gonzalo Pizarro. — Reflexiones acerca las guerras civiles del Perú. — Prudente administracion del presidente Gasca.—Su vuelta á España.—Conclusion. 256

FIN DEL INDICE.

245

INDEX

TABLE OF CONTENTS

History of the Republic and the National Library - 10
 The National Library - 10
 Administration of the National Library - 10
 The National Library - 10

246

TABLE OF CONTENTS

247

248

ERRATA NOTABLE.

En la página 222, línea 8, donde dice : « cinco mil escudos, » léase « quinientos mil escudos. »

BRITISH MUSEUM

BRITISH MUSEUM
LONDON

